COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 154 y 155

TORRES VILLARROEL

Vida

MEMORIAS

TOMO I



MADRID-BARCELONA

MCMXX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

TORRES VILLARROEL

—

Vida

MEMORIAS



MADRID-BARCELONA

MCMXX

Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí, Madrid.

Don Diego de Torres Villarroel nació «en una casa breve del barrio de los libreros de la ciudad de Salamanca» el año de 1693, y murió, rodeado de todos los suyos, en el palacio de Monterrey, de la misma ciudad, el 19 de junio de 1770. En la presente VIDA *refiere el propio Torres los sucesos de su existencia con gran desenfado y desenvoltura, desnudándose constantemente ante el público con sinceridad rayana en el cinismo, si bien exagera en algunos momentos, particularmente al relatar sus travesuras y picardías infantiles, y sus correrías y aventuras de mozo.*

Fué compuesta esta VIDA *en tres etapas. Escribió primero (1742-43) los cuatro primeros trozos, que son los mejores, y se publicaron en Madrid el año 1743. Poco antes de 1752 debió escribir y publicar suelto el trozo quinto, incorporado a los demás en el tomo XIV de la edición de sus obras completas, hecha en Salamanca, en la imprenta de Pedro Ortiz Gómez, año de 1752. Y por último, en 1758 escribió y publicó suelto el trozo sexto, de escaso valor literario.*

La producción de Torres Villarroel es multiforme y variadísima. Además de su VIDA, *compuso:* a) *obras semicientíficas, semiliterarias, como la* ANATOMÍA DE LO VISIBLE E INVISIBLE, *la* VIDA NATURAL Y CATÓLICA, *y una multitud de escritos más breves*

en los que se tratan los asuntos más diversos y extraños; b) *biografías tan interesantes y bien escritas como la* VIDA DE LA VENERABLE MADRE GREGORIA DE SANTA TERESA; c) *comedias de escaso valor literario, y romances, seguidillas y otros versos líricos llenos de donaire, gracia y naturalidad;* d) *los* SUEÑOS MORALES, *su obra mejor pensada y más igual, que son una serie de cuadros de la vida de Madrid, de indudable valor histórico y de gran atractivo literario, y* e) *los célebres* PRONÓSTICOS, *publicados anualmente bajo el nombre de* EL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA, *de gran interés como pintura variadísima de las costumbres de la época.*

La filiación literaria de Torres se encuentra en la literatura anterior, debiendo considerársele como uno de los últimos retoños del arte nacional. Quevedo, sobre todo, ejerció una gran influencia en su espíritu, aunque el mismo Torres lo negase. Los defectos de Quevedo, el retorcimiento de la forma y del concepto, están atenuados en Torres; pero también lo están las buenas cualidades de aquel gran escritor.

La educación literaria y científica de Torres fué muy desordenada y superficial, debido a las condiciones de su vida y de su carácter; conoció la literatura castellana del siglo XVII; adquirió rudimentos de lógica y teología; aprendió matemáticas, astronomía y medicina. Estos conocimientos — mejor o peor aprendidos — y, sobre todo, su contacto incesante con las realidades nacionales, su vagabundear por ciudades, aldeas y caminos, le hicieron adquirir

conciencia de la miseria intelectual de la España de su siglo, y a su modo, en sus libros y en su cátedra, trabajó por la reforma de los estudios y luchó contra la ignorancia y la superstición. Fué, en suma, un hombre representativo de nuestro siglo XVIII.

A la Excelentísima Señora Doña María Teresa Alvarez de Toledo, Haro, Silva, Guzmán, etc.
Duquesa de Alba,
Marquesa del Carpio, Duquesa de Huéscar, etc.

Excma. Señora:

En el breve y humilde bulto de estas planas están resumidos, excelentísima señora y única veneración de mi respeto, los torpes pasos, las culpables quietudes y las melancólicas desventuras de mi miserable vida. Refiero en ellas el ocio, los empleos, los afanes, los descuidos y las malicias que han pasado por mí, desde que entré en el mundo hasta ahora que estoy bien cercano a salir de él. Descubro, entre poquísimas felicidades, las persecuciones con que me ha seguido la fortuna, las miserias a que me condenó mi altanería, los precipicios adonde me asomaron mis costumbres, y los más de los errores que dieron justamente a mi vida el renombre de mala vida. Lo más que contiene este angustiado (1) compendio, son perversas locuras, sucesos viciosos y tristísimas casualidades; y siendo tan escandaloso este culto, ni me avergüenzo de sacrificarlo a los

(1) *Angustiado:* «apocado miserable».

pies de V. Exc., ni desespero de que su discretísima compasión deje de admitir mis ansias reverentes; porque no los dedico como dones de sacrificante presuntuoso, sino como promesas de un infelice delincuente, que busca en el delicioso sagrado de vuestra excelencia, su patrocinio, su honor y sus seguridades.

Tiene este humildísimo cortejo el semblante de malhechor; mas no le faltan venturosas desgracias que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un resumen de culpas, infortunios, escándalos, castigos y desazones; pero yo no sacrifico a V. Exc. mis delitos, sino mis trabajos; no retiro a su sagrado mis locuras, sino mis aflicciones, y, finalmente, no pongo en el clementísimo altar de V. Exc. lo que he pecado, sino lo que he padecido. Por estas razones, y la de haberse fabricado en casa de V. Exc. este voto, en aquellas horas en que —con sentimiento de mi veneración— me retiraba de sus pies, creo que no es indigno de las aceptaciones, y más cuando lo acompaña mi rendimiento, mi gratitud y mi fidelísima servidumbre.

Suplico a V. Exc., rendidamente, se digne de recibir la vida que gozo y la vida que escribo, pues sobre una y otra han puesto las honras de V.Exc. un dominio apetecible y una esclavitud inexcusable; de modo que no le ha quedado a mi elección, a mi afecto, ni a mi codicia, la libertad de pensar en otro dueño para patrono del desdichado culto de esta obrilla. V. Exc. lo es sólo de todas mis acciones, y en reconocimiento a sus graciosísimas piedades, ofrezco

mi vida, obras y trabajos, lo que he sido, lo que soy y lo que pueda valer y vivir.

Nuestro Señor guarde a V. Exc. muchos años, como se lo ruego y nos importa. De esta casa de V. Exc. Madrid y mayo 12 de 1743.

EXCMA. SEÑORA:

B. L. P. de V. Exc. su rendidísimo siervo

EL DOCTOR DON DIEGO DE TORRES.

PRÓLOGO AL LECTOR

Tú dirás —como si lo oyera—, luego que agarres tu mano este papel (1), que en Torres no es virtud, humildad ni entretenimiento escribir su vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida y filosofía insolente de un picarón, que ha hecho negocio en burlarse de sí mismo, y gracia estar haciendo zumba y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo diré que tienes razón, como soy cristiano. Prorrumpirás también, después de haberlo leído —si te coge de mal humor—, en decir que no tiene doctrina deleitable, novedad sensible, ni locución graciosa, sino muchos disparates, locuras y extravagancias, revueltas entre las brutalidades de un idioma cerril, a ratos sucio, a veces basto, y siempre desabrido y mazorral. Y yo te diré, con mucha cachaza, que no hay que hacer ascos; porque no es más limpio el que escucho salir de tu boca, y casi casi tan hediondo y pestilente el que, después de muy fregado y relamido, pone tu vanidad en las imprentas. Puede ser que digas —por meterte a doctor como acostumbras— que porque se me han acabado las ideas, los apodos y las sátiras, he querido pegar con mis huesos, con los de mis difuntos y con los de mi padre y madre, para que no quede, en este mundo ni en el otro,

---

(1) *Papel*: «impreso que no llega a libro».

vivo ni muerto que no haya baboseado la grosera boca de mi pluma. Y yo te diré que eso es mentira; porque yo encuentro con las ideas, los apodos y los equívocos cuando los he menester, sin más fatiga que menearme un poco los sesos; y si te parece que te engaño, arrímate a mí, que juro ponerte de manera que no te conozca la madre que te parió. Maliciarás acaso —yo lo creo— que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con la confesión de cuatro pecadillos, queriendo vender por humildad rendida lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal; y yo, si no hago bien, hago a lo menos lo que he visto hacer a los más devotos, contenidos y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embocaos (1) vosotros —pese a vuestra alma— mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demás es irremediable. Dirás, últimamente, que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la invención de venderme la vida. Y yo diré que me haga buen provecho; y si te parece mal que yo gane mi vida con mi vida, ahórcate, que a mí se me da muy poco de la tuya. Mira, hombre, yo te digo la verdad; no te aporrees ni te mates por lo que no te importa, sosiégate, y reconoce que das con un bergante, que desde ahora se empieza a reír de las alabanzas que le pones y de las tachas que le quitas; y ya que murmures, sea blandamente, de modo que no te haga mal al pecho ni a los livianos,

---

(1) *Embocar*: «Hacer creer a uno lo que no es cierto».

que primero es tu salud que todo el mundo. Cuida de tu vida y deja que yo lleve y traiga la mia donde se me antojare, y vamos viviendo, sin añadir pesadumbres excusadas a una vida, que apenas puede con los petardos que sacó de la naturaleza. En las hojas inmediatas, que yo llamo Introducción, pongo los motivos que me dieron la gana y la paciencia de escribir mi vida; léelos, sin prevenir antes el enojo, y te parecerán, si no justos, decentes, y disimula lo demás, porque es lo de menos. Yo sé que cada día te bruman (1) otros escritores con estilos y voces, unas tan malas y otras tan malditas como las que yo te vendo, y te las engulles sin dar una arqueada; conmigo solamente guardas una ojeriza irreconciliable, y juro por mi vida que no tienes razón. Seamos amigos, vida nueva, dejemos historias viejas, y aplicate a esta reciente de un pobretón, que ha dejado vivir a todo el mundo sin meterse en sus obras, pensamientos, ni palabras. En este prólogo no hay más que advertir. Quédate con Dios.

---

(1) *Brumar*: «abrumar».

INTRODUCCION

Mi vida, ni en su vida ni en su muerte, merece más honras ni más epitafios que el olvido y el silencio. A mí sólo me toca morirme a obscuras, ser un difunto escondido y un muerto de montón, hacinado entre los demás que se desvanecen en los podrideros. A mis gusanos, mis zancarrones y mis cenizas deseo que no me las alboroten, ya que en la vida no me han dejado hueso sano. A la eternidad de mi pena o de mi gloria no la han de quitar ni poner trozo alguno los recuerdos de los que vivan; con que no rebajándome infierno ni añadiéndome bienaventuranza sus conmemoraciones, para nada me importa que se sepa que yo he estado en el mundo. No aspiro a más memorias que a los piadosísimos sufragios que hace la Iglesia, mi madre, por toda la comunidad de los finados de su gremio. Cogeráme el torbellino de responsos del día 2 de noviembre, como a todo pobre, y me consolaré con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi esperanza y la liberalidad de mi deseo. Yo me imagino desde acá ánima del purgatorio, porque es lo mejor que me puede suceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra y me empuja a lo más hondo del infierno; pero hasta ahora no he caído en él,

ni en la desesperación. Por la gracia de Dios espero temporales los castigos; y confiando en su misericordia, aún me hago las cuentas más alegres. Su Majestad quiera que este último pronóstico me salga cierto, ya que ha permitido que mienta en cuantos tengo derramados por el mundo.

A los frailes y a los ahorcados —antes y después de calaveras— los escribe el uso, la devoción, o el entretenimiento de los vivientes, las vidas, los milagros y las temeridades. A otras castas de hombres, vigorosos en los vicios o en las virtudes, también les hacen la caridad de inmortalizarlos un poco con la relación de sus hazañas. A los muertos, ni los sube ni los baja, ni los abulta ni los estrecha, la honra o la ignominia con que los sacan segunda vez a la plaza del mundo los que se entrometen a historiadores de sus aventuras; porque ya no están en estado de merecer, de medrar, ni de arruinarse. Los aplausos, las afrentas, las exaltaciones, los contentos y las pesadumbres, todas se acaban el día que se acaba. A los vivos les suele ser lastimosamente perjudicial el cacareo de sus costumbres; porque a los buenos los pone la lisonja disimulada en una entonación desvanecida y en un amor interesado, antojadizo y peligroso. Regodéanse con los chismes del aplauso y con las memorias de la vanagloria, y dan con su alma en una soberbia intolerable. Los malos se irritan, se maldicen y tal vez se complacen en la abominación o las acusaciones de sus locuras. Un requiebro de un adulador desvanece al más humilde. Una advertencia de un bienintencionado enco-

loriza (1) al menos rebelde. En todo hay peligro; es ciencia dificultosa la de alabar y reprehender. Todos presumen que la saben, y ninguno la estudia, y es raro el que no la practica con satisfacción.

A los que leen, dicen que les puede servir, al escarmiento o la imitación, la noticia de las virtudes o las atrocidades de los que con ellas fueron famosos en la vida. No niego algún provecho; pero también descubro en su lectura muchos daños, cuando no lee sus acciones el ansia de imitar las unas y la buena intención de aborrecer las otras, sino el ocio impertinente y la curiosidad mal empleada. Lo que yo sospecho es, que si este estilo produce algún interés, lo lleva sólo el que escribe; porque el muerto y el lector pagan de contado, el uno con los huesos, que le desentierran, y el otro con su dinero. Yo no me atreveré a culpar absolutamente esta costumbre, que ha sido loable entre las gentes; pero afirmo que es peligroso meterse en vidas ajenas, y que es difícil describirlas sin lastimarlas. Son muchas las que están llenas de nimiedades, ficciones y mentiras. Rara vez las escribe el desengaño y la sinceridad, si no es la adulación, el interés y la ignorancia. Lo más seguro es no despertar a quien duerme. Descansen en paz los difuntos, los vivos vean cómo viven, y viva cada uno para sí, pues para sí solo muere cuando muere.

Las relaciones de los sucesos gloriosos, infelices o temerarios, de infinitos vivientes y difuntos, podrán

---

(1) *Encoloriza*, por encoleriza.

ser útiles, importantes y aun precisas. Sean enhorabuena para todos; pero a mí por lado ninguno me viene bien, ni vivo ni muerto, la memoria de mi vida; ni a los que la hayan de leer les conduce para nada el examen ni la ciencia de mis extravagancias y delirios. Ella es tal, que ni por mala ni por buena, ni por justa ni por ancha, puede servir a las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. Yo soy un mal hombre; pero mis diabluras, o por comunes o por frecuentes, ni me han hecho abominable ni exquisitamente reprehensible. Peco, como muchos, emboscado y hundido, con miedo y con vergüenza de los que me atisban. Mirando a mi conciencia soy facineroso; mirando a los testigos soy regular, pasadero y tolerable. Soy pecador solapado y delincuente obscuro, de modo que se sospeche y no se jure. Tal cual vez soy bueno; pero no por eso dejo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan únicos que no los hayan ejecutado otros infinitos antes que yo. Ellos se confunden, se disimulan y pasan entre los demás. El uso plebeyo los conoce, los hace y no los extraña, ni en mí, ni en otro; porque todos somos unos y, con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soy medianamente loco, algo libre y un poco burlón, un mucho holgazán, un si es no es presumido y un perdulario incorregible; porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso a los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias y zalamerías del mundo. La urgen-

cia de mis necesidades, que han sido grandes y repetidas, jamás me pudo arrastrar a las antesalas de los poderosos; sus paredes siempre estuvieron quejosas de mi desvío, pero no de mi veneración. Nunca he presentado un memorial, ni me he hallado bueno para corregidor, para alcalde, para cura, ni para otro oficio, por los que afanan otros tan indispuestos (1) como yo. A este dejamiento (2) —que en mi juicio es mal humor o filosofía— han llamado soberbia y rusticidad mis enemigos: puede ser que lo sea; pero como soy cristiano, que yo no la distingo o la equivoco con otras desórdenes. Unas veces me parece genio, y otras altanería desvariada. Lo que aseguro es, que cuando se me ofrece ser humilde, que es muchas veces al día, siempre encuentro con las sumisiones y con el menosprecio de mi mismo, sin el más leve reparo ni retiro de mi natural orgullo. Sujeto, con facilidad y con alegría, mis dictámenes y sentimientos a cualquiera parecer. Me escondo de las porfiadas conferencias (3), que son frecuentes en las conversaciones. Busco el asiento más obscuro y más distante de los que presiden en ellas. Hablo poco, persuadido a que mis expresiones ni pueden entretener ni enseñar. Finalmente, estoy en los concursos cobarde, callado, con miedo y sospecha de mis palabras y mis acciones. Si esto es genio, política, negociación o soberbia, apúrelo el que va leyendo, que yo no sé más que confesarlo.

---

(1) *Indispuestos:* «mal preparado, inepto».
(2) *Dejamiento:* «desasimiento, desapego de una cosa».
(3) *Conferencias:* «discusión».

Sobre ninguna de las necedades y delirios de mi libertad, pereza y presunción, se puede fundar ni una breve jácara (1), de las que para el regodeo de los picaros componen los poetas tontos, y cantan los ciegos en los cantones y corrillos. Yo estoy bien seguro que es una culpable majadería poner en crónica las sandeces de un sujeto tan vulgar, tan ruin y tan desgraciado, que por extremo alguno no puede servir a la complacencia, al ejemplo, ni a la risa El tiempo que se gaste en escribir y en leer, no se entretiene ni se aprovecha, que todo se malogra; y no obstante estas inutilidades y perdiciones, estoy determinado a escribir los desgraciados pasajes, que han corrido por mi, en todo lo que dejo atrás de mi vida. Por lo mismo que ha tardado mi muerte, ya no puede tardar; y quiero, antes de morirme, desanecer, con mis confesiones y verdades, los enredos y las mentiras, que me han abultado los criticos y los embusteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehensión, lo ridiculo de mi estudio, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos, me han hecho hombre de novela, un estudiantón extravagante y un escolar, entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero. Los tontos, que pican en eruditos, me sacan y me meten en sus conversaciones; y en los estrados y las cocinas, detrás de un aforismo del calendario, me ingieren

(1) *Jácara:* «composición poética, que se forma en el que llaman Romance, y regularmente se refiere en ella algún suceso particular o extraño. Usase mucho el cantarla entre los que llaman jaques, de donde pudo tomar el nombre».

una ridícula quijotada y me pegan un par de aventuras descomunales; y, por mi desgracia y por su gusto, ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el sayo que se les antoja, y con los parches e hisopadas de sus negras noticias. Paso, entre los que me conocen y me ignoran, me abominan y me saludan, por un Guzmán de Alfarache, un Gregorio Guadaña y un Lázaro de Tormes; y ni soy éste, ni aquél, ni el otro; y por vida mía, que se ha de saber quién soy. Yo quiero meterme en corro; y ya que cualquiera monigote presumido se toma de mi mormuración, mormuremos a medias, que yo lo puedo hacer con más verdad, y con menos injusticia y escándalo que todos. Sígase la conversación, y crea después el mundo a quien quisiere.

No me mueve a confesar en el público mis verdaderas liviandades, el deseo de sosegar los chismes y las parlerías con que anda alborotado mi nombre y foragida mi opinión (1); porque mi espíritu no se altera con el aire de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dejo garlar (2) y decidir sobre lo que sabe, o lo que ignora, sobre mí, o sobre quien agarra al vuelo su voluntad, su rabia o su costumbre. Desde muy niño conocí que de las gentes no se puede pretender ni esperar más justicia ni más misericordia, que la que no le haga falta a su amor propio. En los empeños, de poca o mucha consideración, cada uno sigue su comodidad y sus

(1) *Opinión:* «fama».
(2) *Garlar*: «hablar mucho, sin intermisión y poco discretamente».

ideas. Al que me alaba, no se lo agradezco; porque, si me alaba, es porque le conviene a su modestia o su hipocresía, y a ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige, le oigo y lo dejo descabezar; ríome mucho de ver cómo presume de consejero muy repotente (1), y gustoso con sus propias satisfacciones. Así me compongo con las gentes, y así he podido llegar con mi vida hasta hoy, sin especial congoja de mi espíritu, y sin más trabajos que las indispensables corrupciones y lamentos, que para el rey y el labrador, el pontífice y el sacristán, tiene la naturaleza reposados en su misma fábrica y vitalidad.

Dos son los especiales motivos que me están instando a sacar mi vida a la vergüenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre y el atrevimiento de los escritores agonizantes y desfarrapados (2), que se gastan por la permisión de Dios en este siglo. Escriben de cuanto entra. pasa y sale en este mundo y el otro, sin reservar asunto ni persona; y temo que, por la codicia de ganar cuatro ochavos, salga algún tonto, levantando nuevas maldiciones y embustes a mi sangre, a mi flema y a mi cólera. Quiero adelantarme a su agonía, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano son más tolerables los azotes. Y finalmente, si mi vida ha de valer dinero, más vale que lo tome yo que no otro; que mi vida hasta ahora es mía, y pue-

---

(1) *Repotente:* «engreído, orgulloso».

(2) *Desfarrapados*: «desharrapados».

do hacer con ella los visajes y transformaciones que me hagan al gusto y a la comodidad; y ningún bergante me la ha de vender mientras yo viva; y para después de muerto, les queda el espantajo de esta historia, para que no lleguen sus mentiras y sus ficciones a picar en mis gusanos. Y estoy muy contento de presumir que bastará la diligencia de esta escritura, que hago en vida, para espantar y aburrir (1) de mi sepulcro los grajos, abejones y moscardas, que sin duda llegarían a zumbarme la calavera y roerme los huesos.

El segundo motivo que me provoca a poner patentes los disparatorios (2) de mi vida, es para que de ellos coja noticias ciertas y asunto verdadero el orador que haya de predicar mis honras a los doctores del reverente claustro de mi Universidad. A mi opinión le tendrá cuenta que se arreglen las alabanzas a mis confesiones, y a la del predicador le convendrá no poco predicar verdades. Como he pasado lo más de mi vida sin pedir ni pretender honores, rentas ni otros intereses, también deseo que en la muerte ninguno me ponga ni me añada más de lo que yo dejare declarado que es mío. Materiales socrados contiene este papel para fabricar veinte orabiones fúnebres; y no hará demasiada galantería el orador en partir con mi alma la propina (3), porque

(1) *Aburrir*: «desechar, abandonar definitivamente».

(2) *Disparatorio*: «conversación, discurso o tratado lleno de disparates y cosas fuera de propósito».

(3) *Propinas:* «estipendios que recibían los claustrales por su asistencia a los diferentes actos que celebraba la Universidad».

le doy hecho lo más del trabajo. Acuérdese de la felicidad que se halla el que recoge junto, distinguido y verdadero el asunto de los funerales; que es una desdicha ver andar a la rastra —en muriendo uno de nosotros— al pobre predicador, mendigando virtudes y estudiando ponderaciones, para sacar con algún lucimiento a su difunto. Preguntan a unos, examinan a otros, y, al cabo de uno, dos o más años, no rastrean otra cosa que ponderar del muerto, si no es la caridad; y ésta la deduce, porque algún día lo vieron dar un ochavo de limosna. Empéñanse en canonizarlo y hacerle santo, aunque haya sido un Pedro Ponce; y es preciso que sea en fuerza de fingimientos, ponderaciones y metafísicas. A mí no me puede hacer bueno ninguno, después de muerto, si yo no lo he sido en vida. Las bondades que me apliquen, tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga y lo que yo trabaje, es lo que me ha de servir, aunque no me lo cacareen. Ruego desde ahora al que me predique, que no pregunte por más ideas ni más asuntos que los que encuentre en este papel. Soy hombre claro y verdadero, y diré de mí lo que sepa, con la ingenuidad que acostumbro. Agárrese de la misericordia de Dios, y diga que de su piedad presume mi salvación; y no se meta en el berengenal de hacerme virtuoso, porque más ha de escandalizar que persuadir con su plática. Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras honras, yo deseo que empiece por mí, y que me cambie a misas y responsos, el sermón, el túmulo, las candelillas y los epitafios. Gaste con

otros sujetos, más dignos y más acreedores a las pompas, sus exageraciones y el bullaje de los sentimientos enjutos (1); que yo moriré muy agradecido, sin la esperanza de más honras, que las especiales que me tiene dadas en vida. Estos son los motivos que tengo para sacarla a luz, de entre tantas tinieblas; y antes de empezar conmigo, trasplantaré a la vista de todos el rancio alcornoque de mi alcurnia, para que se sepa de raíz cuál es mi tronco, mis ramos y mis frutos.

ASCENDENCIA DE DON DIEGO DE TORRES

Salieron de la ciudad de Soria, ni sé si arrojados de la pobreza o de alguna travesura de mancebos, Francisco y Roque de Torres, ambos hermanos, de corta edad y de sana y apreciable estatura. Roque, que era el más bronco, más fornido y más adelantado en días, paró en Almeida de Sayago, en donde gastó sus fuerzas y su vida en los penosos afanes de la agricultura y en los cansados entretenimientos de la aldea. Mantúvose soltero y celibato (2); y el azadón, el arado y una templada dieta, especialmente en el vino, a que se sujetó desde mozo, le alargaron la

(1) *Sentimientos enjutos:* «secos, sin lágrimas, de pura ceremonia».

(2) *Celibato:* «hombre célibe».

vida hasta una larga, fuerte y apacible vejez. Con los repuestos (1) de sus miserables salarios y alguna ayuda de los dueños de las tierras que cultivaba, compró cien gallinas y un borrico, y con este poderoso asiento y crecido negocio empezó la nueva carrera de su ancianidad. Siendo ya hombre de cincuenta y ocho años, metido en una chia (2) y revuelto en su gabán, se puso a arriero de huevos y trujimán (3) de pollos, acarreando esta mercaduría al Corrillo de Salamanca y a la plaza de Zamora. Era en estos puestos la diversión y alegría de las gentes, y en especial de las mozas y los compradores. Fué muy conocido y estimado de los vecinos de estas dos ciudapes, y todos se alegraban de ver entrar por sus puertas al sayagués, porque era un viejo desasquerado (4), gracioso, sencillo, barato y de buena condición. Con la afabilidad de su trato y la tarea de este pobre comercio, desquitaba las resistencias del azadón y burló los ardides y tropelías de la ociosidad, la vejez y la miseria. Vivió noventa y dos años, y lo sacó de este mundo —según las señas que dieron los de Sayago— un cólico convulsivo. Dejó a su alma por heredera de su borrico, sus gallinas, sus zuecos

---

(1) *Repuestos:* «prevención que se tiene para cuando sea necesario».

(2) *Chia:* «manto corto negro, regularmente de bayeta, que se ponía sobre el capuz y cubría hasta las manos, usado en los lutos antiguos».

rujimán: «tratante».

(4) *Desasquerado:* «muy limpio, lucido, de aspecto agradable».

y gabán, que eran todos sus muebles y raíces; y hasta hoy, que se me ha antojado a mí hacer esta memoria, nadie en el mundo se ha acordado de tal hombre.

Francisco, que era más mozo, más hábil y de humor más violento, llegó a Salamanca, y después de haber rodado todas las porterías de los conventos, asentó en casa de un boticario; recibióle para sacar agua del pozo, lavar peroles, machacar raíces y arrullar a ratos un niño que tenía. Fuese instruyendo insensiblemente en la patarata (1) de los rótulos, entrometióse en la golosina de los jarabes y las conservas, y con este baño y algunas unturas que se daba en los ratos ociosos con los cánones del Mesué, salió en pocos días tan buen gramático y famoso farmacéutico como los más de este ejercicio. Fué examinado y aprobado por el reverendo tribunal de la Medicina, y le dieron aquellos señores su cedulón para que, sin incurrir en pena alguna, hiciese y despachase los ungüentos, los cerotes, los julepes y las demás porquerías que encierran estos oficiales en sus cajas, botes y redomas. Murió su amo pocos meses después de su examen, y antes de cumplir el año de muerto se casó, como era regular, con la viuda, la que quedó moza, bien tratada y con tienda abierta, y entre otros hijos tuvieron a Jacinto de Torres, quien, por la pinta, fué mi legítimo abuelo. Fué Francisco un buen hombre, muy asistente a su casa,

---

(1) *Patarata*: «ficción, mentira o patraña».

retirado y limosnero; murió mozo, y creo piadosamente que goza de Dios.

Quedó mi abuelo Jacinto en poder de su madre, y crióse, como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente y vicioso. La libertad de la crianza y la violencia de su genio lo echaron de su casa, y después de muchas correrias y estaciones paró en Flandes. Sirvió al rey de poco (1), porque a los dos años del asiento de su plaza, que fué de soldado raso, le envaró el movimiento de una pierna un carbunco que le salió en una corva. Cojo, inválido y sin sueldo se hallaba en Flandes, y, acosado de la necesidad, discurrió en elegir un oficio para ganar la vida. Aprendió el de tapicero, y salió en él primoroso y delicado, como lo juran varias obras suyas que se mantienen hoy en Salamanca y otras partes. Ya maestro y hombre de treinta y cuatro años, se volvió a su patria, asentó su rancho (2) y puso sus telares, su tabla a la puerta, con las armas reales, y su rotulón: *Del rey nuestro señor, tapicero*. Casó con Maria de Vargas, que fué mi abuela, y vivieron muchos años con envidiable serenidad y moderada conveniencia, porque su oficio, su economia y su paz les multiplicaba los bienes y el trabajo. De este matrimonio salió Pedro de Torres, mi buen padre; Maria de Torres y Josef de Torres. Éste murió carmelita descalzo en Indias, con opinión de escogido religioso, y mi padre en Salamanca, habiendo vivido del modo que diré brevemente.

---

(1) *De poco*: «poco tiempo».
(2) *Asentar su rancho*: «quedarse de asiento en una parte».

Mi padre, Pedro de Torres, estaba estudiando la Gramática latina cuando murieron mis abuelos. Entraba en el estudio con desabrimiento, como todos los muchachos, y luego que se vió libre y sin obediencia se deshizo de Antonio de Nebrija (1), aburrió (2) a su patria y fué a parar a la Extremadura. Sirvió en Alcántara a un caballero llamado don Sancho de Arias y Paredes, de quien hay larga generación, buena memoria y loables noticias en aquel reino. Tres años estuvo en su casa, sin otro cuidado que acompañar al estudio a dos hijos de este caballero. Aficionóse, como niño, a hacer lo que los otros, y, al mismo tiempo que sus amos, se instruyó en los sistemas filosóficos de Aristóteles. Marchó a Madrid, no sé si voluntario o despedido; sólo supe que sus amos sintieron tiernamente su ausencia porque le amaban como a hijo. Cansado de solicitar conveniencias, ya para servir, ya para holgar, como hacen todos los que se hallan sin medios en la corte, se puso al oficio de librero. Aprendióle brevemente y volvió a Salamanca, en donde asentó su tienda, que en aquel tiempo fué de las más surtidas y famosas. Casóse con Manuela de Villarroel, y salimos de este matrimonio diez y ocho hermanos, y sólo estamos hoy en el mundo mis dos hermanas, Manuela y Josefa de Torres, y yo, que todavía estoy medio vivo. El caudal y el trabajo de mis padres sostenía con templanza y con limpieza la numerosa porción de hijos que Dios

(1) *Antonio de Nebrija:* de su Gramática latina, del estudio del latín.

(2) *Aburrir:* «dejar, abandonar».

les había dado, hasta que, por los años de setecientos y tres, se empezó a desmoronar la tierda con las frecuentes faltas que mi padre hacía de su amostrador y sus andenes. Fué la causa haberle nombrado por procurador del Común, y poner en su desvelo la ciudad de Salamanca la asistencia de los almacenes de pólvora, armas y otros pertrechos, y dejar sólo a su cuidado los alojamientos de la tropa que por aquellas cercanías transitaba a la guerra de Portugal. Acabóse de arruinar la librería con la duración de los nuevos encargos a que acudía mi honradísimo padre; y el real Consejo de Castilla, informado de la lealtad, celo, prontitud y desperdicio de bienes y trabajo con que había servido al rey, mandó a la ciudad que le diesen cuatrocientos ducados anuales y trescientos doblones para que por una vez se reforzase de sus pérdidas. Con esta ayuda de costa vivíamos estrechos; pero sin trampas ni sensible miseria. Hechas las paces con Portugal, reformaron con otros el triste sueldo de mi padre, y quedó pobre, viejo y sin el recurso a sus libros y tareas.

Era yo a la sazón un mozote de diez y ocho años, que sólo servía de estorbo, de escándalo y de añadidura a la pobreza; y viendo que la extrema necesidad estaba ya a los umbrales de nuestras puertas, dejé la compañía de mis padres con la deliberación de no permitir que la miseria y los desconsuelos se apoderasen de su cansada vida. La piedad de Dios premió mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fué el caso que marché a Madrid, y a pocos días lo-

gré amistad con don Jacobo de Flon, superintendente entonces de la renta del tabaco de la corona, y la piedad de este caballero me dió cuatrocientos ducados con un título postizo de visitador de los estancos de Salamanca para que mi padre comiese sin las zozobras en que yo le dejé amenazado. Pude agregar a este anual socorro la administración de los estados de Acevedo, del excelentísimo señor conde de Miranda, mi señor; y con su producto, y los forzosos repuestos de mis tareas, logró una feliz y descansada vejez.

Fué mi padre hombre muy gracioso, de agradable trato y de conversación entretenida y variamente docta. No salía de su tienda, comprado o vendido, libro alguno, antiguo o moderno, que no lo leyese antes con cuidado e inteligencia. En la historia fué famoso y puntualísimo, y en las facultades escolásticas entendía más que lo que regularmente se presume de un lego, con atención a otros cuidados. Gozó de unos humores apacibles, un ánimo suave, sosegado y continuamente festivo. Fué verdadero en sus tratos, humilde en sus obras y palabras, y pacífico y conforme en todas las adversidades. Murió de sesenta y ocho años, con ayuda de los médicos, de una calentura ustiva (1), que declinó en unas parótidas, que ellos llaman sintomáticas, y en todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegría y la gracia del genio, pues hasta última hora no dejó las preciosas agudezas de su buen humor.

---

(1) *Ustiva:* «ardiente».

Mi madre, Manuela de Villarroel, vive hoy cargada con setenta y cuatro años; pero la fortaleza de sus humores y la robustez del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga ni desazón desesperada. La memoria se le ha hundido un poco; pero las demás potencias las usa con prontitud y con deleite. Mi madre fué hija de Francisco Villarroel, y éste sustentó una dilatada familia con una tienda de lienzos que tenia en la plaza de Salamanca, unas viñas y una casa-bodega en el lugar de Villamayor, que son las únicas raices que conocí en toda mi generación.

Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia; no dudo que en registrando más rincones se encontrará más basura y más limpieza; pero ni lo más sucio me dará bascas, ni lo más relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos y mis alegrías no están en el arbitrio de los que pasaron, ni en as elecciones de los que viven. Mi afrenta o mi respeto están colgados solamente de mis obras y de mis palabras; los que se murieron nada me han dejado, a los que viven no les pido nada, y en mi fortuna o en mi desgracia no tienen parte ni culpa los unos ni los otros. Lo que aseguro es, que pongo lo más humilde, y que he entresacado lo más asqueroso de mi generación, para que ningún soberbio presumido imagine que me puede dar que sentir en callarme o descubrirme los parientes. Algunos tendrían, o estarán ahora, en empleos nobles, respetosos y ricos: el que tenga noticia de ellos, cállelos o descúbralos, que a mí sólo me im-

porta retirarme de las persuasiones de la vanagloria y de los engreimientos de la soberbia. Los hombres todos somos unos: a todos nos rodea una misma carne, nos cubren unos mismos elementos, nos alienta una misma alma, nos afligen unas mismas enfermedades, nos asaltan unos mismos apetitos y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones que producen nuestra locura, no nos diferenciamos cuasi nada. El paño que me cubre es un poco más gordo de hiladura que el que engalana al príncipe; pero ni a él le desfigura de hombre lo delgado ni lo libra de achaques lo pulido, ni a mí me descarta del gremio de la racionalidad lo burdo del estambre. Nuestra raza no es más que una; todos nos derivamos de Adán. El árbol más copetudo tiene muchos pedazos en las zapaterías, algunos zoquetes en las cardas (1) y muchos estillones y mendrugos en las horcas y los tablados; y al revés, el tronco más rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos oráculos en los tribunales y muchas imágenes en los templos. Yo tengo de todo, y en todas partes, como todos los demás hombres; y tengo el consuelo y la vanidad de que no siendo hidalgo ni caballero, sino villanchón (2) redondo, según se conoce por los cuatro costados que he descosido al sayo de mi alcurnia, hasta ahora ni me ha desamparado la estimación ni me ha hecho dengues ni gestos la honra, ni me han

(1) *Carda:* «además del instrumento que usan los pelaires u oficiales de pañería, significa embarcación semejante a la galeota (galera pequeña)».

(2) *Villanchón:* «término despectivo de «villano».

escupido a la cara ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias y las fortunas. Otros, con tan malos y peores abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderosos y temidos; y muchos de los que tienen sus raíces en los tronos andan infames, pobres y despreciados. Lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que éstas valen más que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indómito, hace justicia a lo que tiene delante. Los abuelos ricos suelen valer más que los nobles; pero ni de unos ni otros necesita el que se acostumbra a honrados pensamientos y virtuosas hazañas. Un cristiano viejo, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre desengañado de estas fantasmas de la soberbia; que sea procurador, abujetero (1) o boticario, todo es droga (2). Yo, finalmente, estoy muy contento con el mío, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes, que, a la hora que esto escribo, a ninguno han ahorcado ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia de modo alguno, la obediencia al rey, a la ley y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardías. Esta descendencia me ha dado Dios, y esta es la que me conviene y me importa. Y ya que he dicho de dónde vengo, voy a decir lo que ha permitido Dios que sea.

---

(1) *Abujetero:* «el oficial que hace abujetas o agujetas».
(2) *Droga:* «embuste, mentira disfrazada y artificiosa».

NACIMIENTO, CRIANZA Y ESCUELA
DE
DON DIEGO DE TORRES
Y SUCESOS HASTA LOS PRIMEROS DIEZ AÑOS DE SU VIDA, QUE ES EL PRIMER TROZO DE SU VULGARÍSIMA HISTORIA

Yo nací entre las cortaduras del papel y los rollos del pergamino en una casa breve del barrio de los libreros de la ciudad de Salamanca; y renací por la misericordia de Dios en el sagrado bautismo en la parroquia de San Isidoro y San Pelayo, en donde consta este carácter, que es toda mi vanidad, mi consuelo y mi esperanza. La retahila del abolorio, que dejamos atrás, está bautizada también en las iglesias de esta ciudad, unos en San Martín, otros en San Cristóbal y otros en la iglesia catedral, menos los dos hermanos, Roque y Francisco, que son los que trasplantaron la casta. Los Villarroeles, que es la derivación de mi madre, también tiene de trescientos años a esta parte asentada su raza en esta ciudad; y en los libros de bautizados, muertos y casados, se encontrarán sus nombres y ejercicios.

Crieme, como todos los niños, con teta y moco, lágrimas y caca, besos y papilla. No tuvo mi madre, en mi preñado (1) ni en mi nacimiento, antojos,

---

(1) *Preñado:* «preñez».

revelaciones, sueños ni señales, de que yo había de ser astrólogo o sastre, santo o diablo. Pasó sus meses sin los asombros o las pataratas que nos cuentan de otros nacidos, y yo salí del mismo modo, naturalmente, sin más testimonios, más pronósticos ni más señales y significaciones que las comunes porquerías en que todos nacemos arrebujados y sumidos. Ensuciando pañales, faldas y talegos, llorando a chorros, gimiendo a pausas, hecho el hazme reir de las viejas de la vecindad y el embelesamiento de mis padres, fuí pasando, hasta que llegó el tiempo de la escuela y los sabañones. Mi madre cuenta todavía algunas niñadas de aquel tiempo: si dije este despropósito o la otra gracia, si tiré piedras, si embadurné el vaquero (1), el papa, caca y las demás sencilleces que refieren todas las madres de sus hijos; pero siendo en ellas amor disculpable, prueba de memoria y vejez referirlas, en mí será necedad y molestia declararlas. Quedemos en que fuí, como todos los niños del mundo, puerco y llorón, a ratos gracioso y a veces terrible, y están dichas todas las travesuras, donaires y gracias de mi niñez.

A los cinco años me pusieron mis padres la cartilla en la mano, y, con ella, me clavaron en el corazón el miedo al maestro, el horror a la escuela, el susto continuado a los azotes y las demás angustias que la

(1) *Vaquero:* «vestido exterior, que cubre todo el cuerpo y se ataca por una abertura que tiene atrás, en lo que sirve de jubón».

buena crianza tiene establecidas contra los inocentes muchachos. Pagué con las nalgas el saber leer, y con muchos sopapos y palmetas el saber escribir; y en este Argel (1) estuve hasta los diez años, habiendo padecido cinco en el cautiverio de Pedro Rico, que así se llamaba el cómitre que me retuvo en su galera. Ni los halagos del maestro, ni las amenazas, ni los castigos, ni la costumbre de ir y volver de la escuela, pudieron engendrar en mi espíritu la más leve afición a las letras y las planas. No nacía este rebelión de aquel común alivio que sienten los muchachos con el ocio, la libertad y el esparcimiento, sino de un natural horror a estos trastos, de un apetito proprio a otras niñerías, más ocasionadas y más dulces a los primeros años. El trompo, el reguilete y la matraca eran los ídolos y los deleites de mi puerilidad; cuanto más crecía el cuerpo y el uso de la razón, más aborrecía este linaje de trabajo. Aseguro que, habiendo sido mi nacimiento, mi crianza y toda la ocupación de mi vida entre los libros, jamás tomé alguno en la mano, deseoso del entretenimiento y la enseñanza que me podían comunicar sus hojas. El miedo al ocio, la necesidad. y la obediencia a mis padres, me metieron en el estudio, y sin saber lo que me sucedía me hallé en el gremio de los escolares, rodeado del vade y la sotana. Cuando niño, la ignorancia me apartó de la comunicación de las lecciones; cuando mozo, los paseos y las altanerías no me dejaron pensar en sus utilida-

(1) *Argel:* «esclavitud».

des; y cuando me sentí barbado, me desconsoló mucho la variedad de sentimientos la turbulencia de opiniones y la consideración de los fines de sus autores. A los libros ancianos aún les conservaba algún respeto; pero después que vi que los libros se forjaban en unas cabezas tan achacosas como la mía, acabaron de poseer mi espíritu el desengaño y el aborrecimiento. Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes, son unas alhajas que entretienen y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entretenido; el que los trata mucho, está muy cerca de ser loco; el que no los usa, es del todo necio. Todos están hechos por hombres, y, precisamente, han de ser defectuosos y obscuros, como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la solicitud de los aplausos, y es rarísimo el que para el bien público se escribe. Yo soy autor de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confesar; pero atisbemos a todos los hipócritas, melancólicos embusteros, que suelen decir en sus prólogos, que por el servicio de Dios, el bien del prójimo y redención de las almas, dan a luz aquella obra, y se hallará que ninguno nos la da de balde, y que empieza el petardo desde la dedicatoria, y que se espiritan (1) de coraje contra los que no se la alaban e introducen. Muchos libros hay buenos, muchos malos e infinitos inútiles. Los buenos son los que dirigen las almas a la salvación por me-

(1) *Espiritarse:* «agitarse, conmoverse, irritarse».

dio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios y pasiones; los malos son los que se llevan el tiempo sin la enseñanza ni los avisos de esta utilidad, y los inútiles son los más de todas las que se llaman facultades. Para instruirse en el idioma de la Medicina y comer sus aforismos, basta un curso cualquiera, y pasan de doce mil los que hay impresos, sin más novedad que repetirse, trasladarse y maldecirse los unos a los otros; y lo mismo sucede entre los oficiales y maestros que parlan y practican las demás ciencias. Yo confieso que para mi perdieron el crédito y la estimación los libros, después que vi que se vendían y apreciaban los míos, siendo hechuras de un hombre loco, absolutamente ignorante y relleno de desvaríos y extrañas inquietudes. La lástima es, y la verdad, que hay muchos autores tan parecidos a mí, que sólo se diferencian del semblante de mis locuras en un poco de moderación afectada; pero en cuanto a necios, vanos y defectuosos no nos quitamos pinta. Finalmente, la natural ojeriza, el desengaño ajeno y el conocimiento propio me tienen días ha desocupado y fugitivo de su conversación; de modo, que no había cumplido os treinta y cuatro años de mi edad, cuando derreneguė de todos sus cuerpos; y una mañana, que amaneció con más furia en mi cerebro esta especie de delirio, repartí entre mis amigos y contrarios mi corta librería, y sólo dejé sobre la mesa, y sobre un sillón que está a la cabecera de mi cama, la tercera parte de Santo Tomás, Kempis, el padre Croiset, Don Francisco de Quevedo y tal cual devocionario de los que

aprovechan para la felicidad de toda la vida y me pueden servir en la ventura de la última hora.

En los últimos años de la escuela, cuando estaba yo aprendiendo las formaciones y valor de los guarismos, empezaron a hervir a borbotones las travesuras del temperamento y de la sangre. Hice algunas picardigüelas, reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor a mis iguales y de temor y respeto a mis mayores. Creo que en estas osadias no tuvieron toda la culpa la simplicidad, la destemplanza de los humores ni la natural inquietud de la niñez; tuvo la principal acción, en mis revoltosas travesuras, la necedad de un bárbaro oficial de un tejedor, vecino a la casa de mis padres; porque este bruto —era gallego— dió en decirme que yo era el más guapo y el más valiente entre todos los niños de la barriada, y me ponia en la ocasión de reñir con todos, y aun me llevaba a pelear a otras parroquias. Azuzábame, como a los perros, contra los otros muchachos, ya iguales, ya mayores y jamás pequeños; y lo que logró este salvaje fué llenarme de chichones la cabeza, andar puerco y roto, y con una mala inclinación pegada a mi genio; de modo que, ya sin su ayuda, me salia a repartir y a recoger puñadas y mojicones sin causa, sin cólera y sin más destino que ejercitar las malditas lecciones que me dió su brutal entretenimiento. Esta inculpable descompostura puso a mis padres en algún cuidado, y a mí en un trabajo riguroso; porque asi su obligación, como el cariño de los parientes y los vecinos que amaban antes mis sencille-

ces, procuraron sosegar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos sopapos y azotes, que, añadidos a los que yo me ganaba en las pendencias componían una pesadumbre, ya casi insufrible a mis tiernos y débiles lomos. Esta aspereza y la mudanza del salvaje del tejedor, que se fué a su país, y, sobre todo, la vergüenza que me producía el mote de *Piel del diablo*, con que ya me vejaban todos los parroquianos y vecinos, moderaron del todo mis travesuras, y volví, sin especial sentimiento, a juntarme con mi inocente apacibilidad.

Salí de la escuela leyendo, sin saber lo que leía; formando caracteres claros y gordos, pero sin forma ni hermosura; instruído en las cinco reglillas de sumar, restar, multiplicar, partir y medio partir; y, finalmente, bien alicionado en la doctrina cristiana, porque repetía todo el Catecismo sin errar letra, que es cuanto se le puede agradecer a un muchacho y cuanto se le puede pedir a una edad en la que sólo la memoria tiene más discernimiento y más acciones que las demás potencias. Con estos principios, y ya enmendado de mis travesurillas, pasé a los generales (1) de la Gramática latina en el colegio de Trilingüe, en donde empecé a trompicar nominativos y verbos, con más miedo que aplicación. Los provechos, los daños, los sentimientos y las fortunas que me siguieron en este tiempo, los diré en el segundo trozo de mi vida; pues aquí acabaron mis diez años primeros, sin haber padecido en esta estación más

(1) *Generales:* «aulas».

incomodidades que las que son comunes a todos los muchachos. Salí, gracias a Dios, de las viruelas, el sarampión, las postillas y otras plagas de la edad, sin lesión reprehensible en mis miembros. Entré crecido, fuerte, robusto, gordo y felizmente sano en la nueva fatiga; la que seguí y finalicé, como verá el que quiera leer u oír.

TROZO SEGUNDO DE LA VIDA
DE
DON DIEGO DE TORRES
EMPIEZA DESDE LOS DIEZ AÑOS
HASTA LOS VEINTE

Don Juan González de Dios, hoy doctor en Filosofía y catedrático de Letras Humanas en la Universidad de Salamanca, hombre primoroso y delicadamente sabio en la Gramática latina, griega y castellana, y entretenido con admiración y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fué mi primer maestro y conductor en los preceptos de Antonio de Nebrija. Es don Juan de Dios un hombre silencioso, mortificado, ceñudo de semblante, extático de movimientos, retirado de la multitud, sentencioso y parco en las palabras, rigido y escrupulosamente reparado en las acciones, y, con estas modales y las que tuvo en la enseñanza de sus discípulos, fué un venerable, temido y prodigioso maes-

tro. Para que aprovechase sin desperdicios el tiempo, me entregaron totalmente mis padres a su cuidado, poniéndome en el pupilaje virtuoso, esparcido y abundante de su casa. Poco aficionado y felizmente medroso, cumplía con las tareas del estudio y los demás ejercicios que tenía impuestos la prudencia del maestro para hacer dichosos y aprovechados a los pupilos. Procuraba poner en la memoria las lecciones que me señalaba su experiencia, con bastante trabajo y porfía, porque mi memoria era tarda, rebelde y sin disposición para retener las voces. El temor a su aspecto y a la liberalidad del castigo vencía en mi temperamento esta pereza o natural aversión, que siempre estuvo permanente en mi espíritu a esta casta de entretenimientos o trabajos. La alegría, el orgullo y el bullicio de la edad me los tenía ahogados en el cuerpo su continua presencia. Interiormente hallaba yo en mí muchas disposiciones para ser malo, revoltoso y atrevido; pero el miedo me tuvo disimuladas y sumidas las inclinaciones. La rigidez y la opresión importan mucho en la primera crianza; el gesto del preceptor, a todas horas sobre los muchachos, les detiene las travesuras, les apaga los vicios, les sofoca las inconsideraciones y modera aun las inculpables altanerías de la edad. A la vista del maestro, ningún muchacho es malo, ninguno perezoso; todos se animan a parecer aplicados y liberales, y la repetición y el vencimiento les va trocando las inclinaciones y haciendo que tomen el gusto a las virtudes. Regañando interiormente, lleno de hastío y disimulando

la inapetencia a los estudios y a la doctrina, tragué tres años las lecciones, los consejos y los avisos; y a pesar de mis achaques salí bueno de costumbres, y medianamente robusto en el conocimiento de la Gramática latina. De muchos niños se cuenta que estudiaron esta Gramática en seis meses, y en menos tiempo. Yo doy gracias a Dios por la crianza de tan posibles penetraciones; pero creo lo que me parece. Lo que aseguro es que en mi compañía cursaban cuatrocientos muchachos las aulas de Trilingüe, y a todos nos tocó ser tan rudos, que el más ingenioso se detuvo al mismo tiempo que yo, y otros permanecieron por muchos días. Es verdad que estos adelantamientos y milagros se los he oído referir a sus padres, y como éstos son partes tan apasionadas de sus hijos, se puede dudar de sus ponderaciones. Adelanta poco un niño en saber la Gramática, de corta edad; es gracia que sirve para el entretenimiento; pero es muy poca la disposición que adquiere para la inteligencia de las facultades superiores. No pierde tiempo el que gasta tres o cuatro años entre los Horacios, los Virgilios, los Valerios y los Ovidios; entretanto, crece la razón, se dilata el conocimiento, se madura el juicio, se reposa el ingenio y se preparan, sin violencia, el deseo, la atención y la porfía, para vencer las dificultades. Más allá del uso de la razón ha de pasar el que toma la tarea de los estudios. El silogizar no es para niños. Nada malogra el que se detiene hasta los quince o diez y seis años entretenido en las construcciones de los poetas. Hasta aquí hablo con los que han de

seguir los estudios para oficio y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades, en cualquiera tiempo, edad y ocasión que las soliciten, caminan con ventura; porque es todo adelantamiento cuanto emprenden, gracia cuanto saben y virtud cuanto trabajan.

Salí del pupilaje detenido, dócil, cuidadoso y poco castigado, porque viví con temor y reverencia al maestro. Gracias a Dios, no mostré entonces más inquietudes que tal cual fervor de los que se perdonan con facilidad a la niñez. Fuí bueno, porque no me dejaron ser malo; no fué virtud, fué fuerza. En todas las edades necesitamos de las correcciones y los castigos; pero en la primera son indispensables los rigores. Una de las más felices diligencias de la buena crianza es coger a los muchachos un maestro grave, devoto y discreto, a quien teman e imiten. Muchos mozos hay malos, porque no tienen a quien temer; y muchos viejos delincuentes, porque están fuera de la jurisdicción de los azotes. El maestro y la zurriaga debían durar hasta el sepulcro, que hasta el sepulcro somos malos; y de otro modo no se puede hacer bondad con el más bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra y la dignidad, son maestros muy apacibles, muy descuidados y muy parciales de nuestros antojos y apetitos; el zurriago es el maestro más respetuoso y más severo, porque no sabe adular, y sólo sabe corregir y detener. Murió, pocos años ha, el maestro de mis primeras letras, y lo temí hasta la muerte; hoy vive el que me instruyó en la Gramática, y aun

le temo más que a las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladrones y los pedigüeños, porque imagino que aun me puede azotar; estremecido estoy en su presencia, y a su vista no me atreveré a subir la voz a más tono que el regular y moderado. Ello (1), parece disparate proferir que se hayan de criar los viejos con azotes, como los niños; pero es disparate apoyado en la inconstancia, soberbia, rebeldía y amor proprio nuestro, que no nos deja hasta la muerte. Ahora me estoy acordando de muchos sujetos que si los hubieran azotado bien de mozos y los azotaran de viejos, no serían tan voluntariosos y malvados como son. En todas edades somos niños y somos viejos, mirando a lo antojadizo de las pasiones; en todo tiempo vivimos con inclinación a las libertades y a los deleites foragidos, y valen poco para detener su furia las correcciones ni las advertencias. El palo y el azote tiene más buena gente que los consejos y los agasajos; finalmente, en todas edades somos locos, y el loco por la pena es cuerdo.

Pasé desde mi pupilaje al colegio de Trilingüe, en donde me vistieron una beca, que alcanzó mi padre de la Universidad de Salamanca. Fui examinado, como es costumbre, en el claustro de diputados de aquella Universidad; y, según la cuenta, o me suplieron como a niño, o correspondí a satisfacción de los examinadores, porque no me faltó voto. Empecé la tarea de los que llaman estudios mayores, y la

---

(1) *Ello:* «en verdad, en efecto, realmente».

vida de colegial, a los trece años, bien descontento y enojado, porque yo quería detenerme más tiempo con el trompo y la matraca, pareciéndome que era muy temprano para meterme a hombre y encerrarme en la melancolía de aquel caserón. Estaba de rector del colegio, en la coyuntura de mi entrada, un clérigo virtuoso, de vida irreprehensible; pero ya viejo, enfermo, y aburrido de lidiar con los jóvenes, que se crían encerrados en aquella casa. Sus achaques, la vejez y los anteriores trabajos, le tenían sujeto a la cama muchas horas del día y muchos meses del año; y con esta seguridad y el ejemplo de otros colegiales, amigos del ocio, la pereza y las diversiones inútiles, iba insensiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una población de vicios y desórdenes en el alma. Halléme sin guardián, sin celador y sin maestro, y empezó mi espíritu a desarrebujar las locuras del humor y las inconsideraciones de la edad, con increíble desuello (1) e insolencia. El gusto de mis padres y el apoyo del clérigo Rector, me destinaron para que estudiase la Filosofía; y señalándome el maestro a quien había de oír, que fué el padre Pedro Portocarrero, de la compañía de Jesús, comencé esta carrera descuidado y menos medroso, porque ya me consideraba libre de los castigos, dueño de mi voluntad, y señor absoluto de mis acciones y disparates. Acudía tarde e ignorante a las conferencias, miraba sin atención las lecciones, retozaba y reñía con mis condiscípulos —no

(1) *Desuello:* «desvergüenza, descaro, osadía».

obstante las reverendas (1) de la beca colorada—, metíme a bufón y desvergonzado con los nuevos, y profesé de truhán, descocado y decidor con todos, sin reservar las gravedades del maestro. Seguia en el aula, a pesar de las correcciones, avisos y asperezas del lector (2), este género de alegrías peligrosas, y en el colegio continuaba con mis compañeros otros desórdenes y libertades, que bastaron para hacerme holgazán y perdulario.

Huyendo muchos dias de la aula, y no estudiando ninguno, llegué, arrastrando, hasta las últimas cuestiones de la Lógica. Viendo el lector que perdía el tiempo y que no me enmendaban los consejos, ni me contenían las correcciones ni las amenazas, citó una tarde a mi padre y al rector del colegio, para argüirme, avergonzarme y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevención por un condiscípulo; y antes que llegasen a cogerme en la junta, rompí delante del lector los cartapacios que le había mal escrito, y le dije, con osada deliberación, que no quería estudiar. Apretóme en respuesta unas cuantas manotadas, y mandó que me agarrasen los demás muchachos, los que me tuvieron asido hasta que llegaron el rector y mi padre. Metiéronme a empujones en un apartamiento (3) de la sacristía, que llaman la trastera, y allí me hicieron los cargos y las datas. Aconsejábanme a coces, y

(1) *Reverendas:* «calidad, prendas o títulos del sujeto que le hacen digno de estimación y reverencia».

(2) *Lector:* «catedrático o maestro».

(3) *Apartamiento:* «habitación, vivienda».

advertíanme a gritos; yo recogía de mala gana los unos y los otros. Hice el sordo, el sufrido y el enmendado; y, después que salí de sus uñas, hice también el propósito de no volver a la aula, y, como era malo, lo cumplí puntualmente. Y éstas han sido todas las lecciones, los actos, los cursos y los ejercicios, que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos lógicos, muy mal vistos, fueron todos los adornos y elementos de mis estudios. Considere el que ha llegado hasta aquí leyendo, la materia de que se hacen los doctores, y los hombres que escriben libros de moralidades y doctrinas; y verá que la necedad del vulgo y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus créditos y sus exaltaciones. Yo sé de mí que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicación, los libros, los maestros, y de todo cuanto debe concurrir a formar un hombre medianamente erudito; y me han cacareado las obras y las palabras, a pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos, y las continuas burlas y desprecios con que las he satirizado. Arrimé (1) desde este suceso la Lógica, y cogí nuevo horror a las ciencias; de modo que en cinco años no volví a ver libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las novelas, las comedias y los autores romancistas (2) me entretuvieron la ociosidad y el retiro forzado; y

(1) *Arrimar:* «dejar, abandonar».

(2) *Autores romancistas:* «los que trataban de materias no literarias en castellano por contraposición a los que trataban de ellas en latín».

éstos me dejaron descuidadamente en la memoria tal cual estilo y expresión castellana, con que me bandeo, para darme a entender en las conversaciones, los libros y las correspondencias.

Hundido en el ocio y la inquietud escandalosa, y sin haberme quedado con más obligación que la de asistir a la cátedra de Retórica, que era la advocación de mi beca, proseguí en el colegio, sufrido y tolerado de la lástima y del respeto a mis pobres padres. En este arte no adelanté más que la libertad de poder salir de casa, y algún bien que a mi salud le pudo dar el ejercicio. Era el catedrático el doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna. Los que conocieron al maestro, y han tratado al discipulo, podrán discurrir lo que él me pudo enseñar, y yo aprender. Acuérdome que nos leia a mí y a otros dos colegiales por un libro castellano, y éste se le perdió una mañana viniendo a escuelas; puso varios carteles, ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no pareció, con que nos quedamos sin arte y sin maestro, gastando la hora de la cátedra en conversaciones, chanzas y novedades inútiles y aun disparatadas.

Los años me iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, diversiones y disparates, y yo empecé con furia implacable a meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean a los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí a bailar, a jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos; y paré todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos, para li-

brarme de la reclusión y las tareas en que se deben emplear los buenos colegiales de aquella casa. Abría puertas, falseaba llaves, hendía candados, y no se escapaba de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pusiese las disposiciones de falsearla, romperla o escalarla. Era grave delito en mi tiempo romper de noche la clausura y tomar de día la capa y la gorra (1); y todas las noches y los días quebrantaba a rienda suelta estos preceptos. Mi cuarto más parecía garito de ladrón que aposento de estudiante; porque en él no había más que envoltorios de sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos y estacones. Di en hurtar al rector y colegiales las frutas, los chorizos y otros repuestos comestibles que guardaban en la despensa y en sus cuartos. Gracias a Dios, que me contuve en ser ratero de estas golosinas, porque los deseos de enredar, reir y burlarme eran desesperados; que fué providencia del cielo no acabar en vicio execrable lo que empezó por huelga tolerada. Las trazas, las ideas y las invenciones de que yo usé para hacer estos hurtillos y abrir las puertas para huír de la sujeción y la clausura, no las quiero declarar, porque el manifestarlas, más sería proponer vicios que imitasen los lectores incautos, que referir pueriles travesuras. Lo que puedo asegurar es que, en las vidas de Domingo Cartujo, Pedro Ponce y otros ahorcados, no se cuentan ardides ni mañas, tan extravagantes ni tan risibles, como las que inventaba mi ociosidad y mi malicia.

---

(1) Vestirse de seglar.

En la memoria de mis coetáneos duran todavía muchos sucesos, que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber, acuda a sus noticias; que las relaciones pasajeras de una conversación, no dejan tan perniciosos deseos en los espíritus, como las que introducen las hojas de un impreso.

Acompañábanme a estas picardigüelas unos amigos forasteros y un confidente de mi propio paño, tan revoltosos, maniáticos y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque ya están tan enmendados, que unos se sacrificaran a ser obispos y otros a ser consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra la crianza que tuvieron conmigo, treinta años ha. En todo cuanto tenía aire de locura, descuaderno y disolución ridícula, nos hallábamos siempre unidos, prontos, alegres y conformes. Hicimos compañía con los toreros; y, amadrigados (1) con esta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas y torerías, que son frecuentes en las aldeas de Salamanca. Profesé de jácaro (2), y me hice al traje, al idioma y a la usanza de la picaresca, con tal conformidad, que más parecía hijo de Pedro Arnedo, que de Pedro de Torres. Para todos los desconciertos de los que siguen tan licenciosa y airada vida, tuve disposiciones en mi genio y en mi salud; y menos el vino —que hasta ahora no lo he probado— y el tabaco de hoja, todos los demás

---

(1) *Amadrigados:* «favorecidos y amparados».
(2) *Jácaro:* «el guapo, temerón y baladrón».

vicios, que componen un desvergonzado jifero (1), los miraba y padecia en el último grado de la disolución. Pasaba en el desorden de los viajes, y en el matadero, muchos dias; y por la noche era el primer convidado a los bailes, los saraos y las bodas de todas castas. Entretenia a los circunstantes con la variedad de muchas bufonadas y tonterias, que se dicen vulgarmente habilidades, y aventajaba en ellas a cuantos concurrian en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios y funciones. Disfrazábame treinta veces en una noche, ya de vieja, de borracho, de amolador francés, de sastre, de sacristán, de sopón (2), y me revolvia en los primeros trapos que encontraba, que tuviesen alguna similitud a estas figuras. Representaba varios versos que yo componia a este propósito, y arremedaba, con propiedad ridiculamente extraordinaria, los modos, locuciones y movimientos de estas y otras risibles y extravagantes piezas. Tenia bolsa de titiritero, y jugaba, con prontitud y disimulado, las pelotillas, los cubiletes y los demás trastos de embobar los concursos. Acompañaba con la guitarra un gran caudal de tonadillas graciosas y singulares, y danzaba con ligereza y con aire toda la escuela española, ya con la castañeta, ya con la guitarra, ya con la espada y el broquel, dando sobre estos trastos variedad y multi-

(1) *Jifero:* «matachin, y por extensión pícaro, rufián».

(2) *Sopón:* «la persona que vive de limosna y va a la sopa a las casas y conventos; estudiantes que van a la providencia y a pie a las Universidades».

tud de vueltas, que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andaban entonces en la maroma de las locuras, deseosos de parecer bien con estas gracias, habilidades o desenfados. Finalmente, yo olvidé la gramática, las súmulas, los miserables elementos de la lógica que aprendí a trompicones, mucho de la doctrina cristiana, y todo el pudor y encogimiento de mi crianza; pero salí gran danzante, buen toreador, mediano músico, y refinado y atrevido truhán.

Revuelto en estas malas costumbres y distracciones, gasté cinco años en el colegio, y al fin de ellos volví a la casa de mis padres. Un mes poco más estuve en ella, mal contento con la sujeción, atemorizado del respeto y escasamente corregido. Pero a pesar de los gritos que me daban mis camaradas y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivía más contenido y retirado. Leía, por engañar al tiempo y entretener la opresión, tal cual librillo de los que por inútiles se habían quedado del remate y desbarato de la tienda de mis padres; y especialmente me deleitó con embeleso indecible un tratado de la esfera del padre Clavio, que creo fué la primera noticia, que había llegado a mis oidos, de que había ciencias matemáticas en el mundo. Algunas veces, a hurtadillas de la vigilancia de mis padres y de mi obediencia, hice algunas salidas y escapatorias, que se ordenaban a correr (1) las cazuelas y cubiletes (2)

(1) *Correr:* «robar a la carrera».

(2) *Cubilete*: «especie de pastel redondo y alto, lleno de carne picada, manjar blanco y otras cosas».

de las pastelerías, a hurtar las copiosas cenas de la capilla de Santa Bárbara, a introducirme con mis amigotes en las casas de cualquiera de los barrios extraviados, donde sonaba el panderillo o la guitarra, y a hacer burlas, embelecos y bufonadas con todo género de gentes y personas. Desde este tiempo tomaron miedo a estos hurtos, y tan soberbio temor a los palos y pedradas que se levantaban entre los hurtados y ladrones, que los graduados y ministros de la Universidad, por acuerdo suyo, repartían las cenas a las tres de la tarde, quedándose sólo con los huevos, el jigote y la ensalada, para cumplir con la ceremonia y el hambre de la noche. Omito el referir y particularizar las trazas y espantajos de que nos valíamos para lograr las presas, por no hacer más prolija esta historia, y por no recordar, con las relaciones, los sentimientos y los enojos de muchos, que hoy viven, de los que padecieron tan pesadas burlas. Parecíale a mi espíritu que eran pocas y muy llenas de susto las libertades que se tomaba mi industria escandalosa, aprovechándose del sueño, el descuido y las ocupaciones de mi padre, y traté en mi interior de entregarme a todas las anchuras y correrías, a que continuamente estaba anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones, una tarde que salieron mis padres y hermanas, y quedé yo en casa apoderado de los pocos ajuares de ella, tomé una camisa, el pan que pudo caber debajo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del día siguiente; y, sin pensar en paradero, vereda,

ni destino, me entregué a la majadería de mis deseos y a la necedad de la que llaman buena ventura; y una y otra, acompañadas de la soltura de mis pies, me pusieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomé posada en las gavillas de las eras; tumbado entre las pajas, empecé a sacar pellizcos de la provisión que llevaba en la maleta de mi sobaco, y, con el pan en la boca, me agarró un sueño apacible y dilatado. Dormí hasta que el sol me caldeó los hocicos con alguna aspereza, y desperté, arrepentido de haber dejado la acomodada pobreza de la casa de mis padres, por la cierta desgracia del que camina sin conocimiento y sin dinero. Estuve un breve rato, mientras me sacudía de las pajas, lidiando contra las razones y los aciertos de volverme; pero quedé vencido, o del temor a las reprehensiones que se me proponían, o de los consejos de mi bribón apetito; y rompiendo por los trabajos, calamidades y miserias que me pintó de repente la consideración de mi corta edad y poca industria para buscar la comida, me encaminé a Portugal, sin proponérseme descanso, parada ni oficio, a que me había de poner.

Entré por Almeida, y por el camino iba discurriendo parar en Braga, en donde residía un paisano, en cuya franqueza ya libraba (1) mi antojo el sustento, el ocio y la diversión. Pasada la Ponte de Coba encontré a un ermitaño, que había algunos años que rodaba por aquel pedazo de tierra que llaman los portugueses *Detras de os montes*; y oliéndo-

---

(1) *Librar*: «fundar, confiar, cifrar».

me éste, en la conversación que emprehendimos y en los humos de mi bagaje, que yo iba, como suelen decir, a buscar la vida, me convidó con las solicitudes y mañas que él había encontrado para sostener la suya. Propúsome el descanso, quietud, libertad y provechos de la tablilla (1), la independencia de las gentes y peligros del mundo, los intereses y seguridades de la soledad y el retiro; y sus ponderaciones y unos trozos de pernil que se asomaban por las roturas de una alforja que llevaba su borrico me arrastraron a probar la vida de santero (2). A ratos espoleando arena, y a veces subido sobre el burro, caminaba yo con mi nuevo y primero amo hacia las cuestas de Mundín, donde me dijo que tenía su habitación y, no lejos de ella, la ermita que cuidaba. Era el ermitaño un hombre devoto, de buen juicio, desengañado, discreto, humilde, de corazón arrogante y liberal, y de un espíritu tan valiente, que nunca vió al miedo, ni entre la multitud, ni entre la soledad, ni entre las relaciones ni los asombros. Fué en Barcelona guarda mayor y administrador de rentas reales, y fué el hombre temido entre las asperezas de Cataluña por su valor, su cortesía y su buen modo. Retiráronlo del bullicio del mundo las tiranías de una ingratitud; y cuerdamente piadoso consigo, temiendo las continuaciones y las cautelosas asechanzas que le había empezado a poner la fortu-

---

(1) *Tablilla de santero:* «insignia con que se piden las limosnas para los santuarios y ermitas».

(2) *Santero:* «el que cuida de un santuario y pide limosna para él».

na para derribarlo, se ocultó de sus reveses en las olvidadas situaciones del despoblado. Libraba el sustento a los trabajos de su demanda (1), y ganaba el pan con escasa fatiga y dichosa recreación. Los ratos que le sobraban, después de buscar el alimento, los lograba (2) rezando, leyendo y meditando con despejada ternura, devota y atenta alegría. Venerábanle en todos los pueblos vecinos con honrados aprecios; porque además de no ser enfadoso como los regulares demandantes, ni pedigüeño importuno, sino un pobre garbosísimo y desinteresado, era cortesanamente apacible y muy gracioso en la conversación, la que seguía en cualquiera asunto de los civiles, limpia de adulaciones, hipocresías, embustes y necias lisonjas. Estuvo aprovechando la vida algunos años este venerable hombre en la quietud de la soledad, hasta que lo sacó de ella una carestía y hambre común en aquellos países, a la que se siguió la pestilencia y la muerte de muchas personas y ganados. Llegó a guarecerse a Salamanca, en donde tuve la honra y el gusto de verle segunda vez, y él el consuelo de encontrarme menos loco, más acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde nací. Viéndole viejo, fatigado e inútil para proseguir los afanes de la demanda, le rogué que se quedase hasta morir en mi casa; y habiendo aceptado un breve rincón de ella para su retiro, lo llamó

---

(1) *Demanda:* «limosna que se pide para una iglesia, imagen u obra pía».

(2) *Lograr:* «aprovechar».

Dios a otro apartamiento más conforme, más santo y más oportuno para su costumbre y devoción. Llámase este humildísimo hombre Don Juan del Valle, vive hoy y asiste en la portería de San Cayetano de Salamanca, en donde sirve de ejemplo y alegría a cuantos ven su afable y devoto rostro. Los padres de este observantísimo colegio le aman, conocen y tratan con respeto cariñoso. Vive contentísimo, porque le dan la comida y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni más alhajas que alguna chupa, capa o calzones viejos, cuando ha tenido gran necesidad de cubrirse. Yo le guardo un amor paternal y una reverencia respetosa, sin atreverme a hacerle más ruegos que los que le encargo de que me encomiende a Dios.

Llegamos a la ermita, y sacando de un arcón un saco viejo, capilla (1) y alpargatas, mandó que lo trocase por mi ropa, lo que hice prontamente, y la guardó en el mismo paraje donde había sacado los atavíos de santero. Me encargó las obligaciones de atizar la lámpara, barrer la ermita y cuidar del borrico; dióme un par de desengaños y muchos consejos, los que remató con la saetilla de «haz aquello que quisieras haber hecho cuando mueras»; y quedé una fantasma de beato tan propria, que me podía equivocar con el más pajizo padre del yermo. Cobré con su presencia el ru or y la humildad, que habían

---

(1) *Capilla:* «pieza de tela que se pone a la espalda de al capa, de una tercia de largo y un palmo de ancho, y cosida por todas partes».

arrojado de mi corazón los malos ejemplos y mis cavilaciones. A su vista respiraba cobarde, confundido y respetoso. Le amaba y le temía con especial inclinación y cuidado. Trabajaba con gusto, y deseaba dárselo con todas mis operaciones y trabajos. Los ratos que me dejaban libre la lámpara, la escoba y el borrico, los entretenía leyendo varios libros devotos, que repasaba muy a menudo mi padre ermitaño. Y en estos oficios permanecí cuatro meses, sin haberme disgustado ni los recuerdos de mis travesuras ni la mudanza de mis libertades a estas solitarias opresiones. Agradable con mis correspondencias y satisfecho de mi conducta, me enviaba a la recaudación de las limosnas mensuales, con que le socorrían algunas personas aficionadas a la ermita y al ermitaño. Tratábame con mucho amor y con total confianza, y ambos vivíamos contentos, pagados y dichosos, porque el trabajo no era mucho, la diversión bastante, la comida más que moderada, y el descanso regular, porque la noche toda la pasábamos en quietud y suspensión, sin más fatiga que leer o rezar dos horas y dormir seis o siete. Toda la reparación de mi vida y la cobranza de mis perdidos talentos había encontrado en la presencia, en el trato y ejemplares acciones de este desengañado varón; y todo me lo volvió a quitar mi desdicha, mi flaqueza y mi poco juicio. Descuidóse en relinchar un poco mi juventud en una ocasión que habían venido a visitar el santuario unas familias portuguesas, estando ausente mi amo y mi maestro; y medroso de que descubriese la incontinencia de unas li-

cenciosas, indiferentes y equivocas palabras que le solté a una muchachuela que venía en la tropa, traté de huir de la aspereza con que ya me presumía reñido de la cordura de mi maestro y castigado del terrible rigor con que me pintaba su semblante mi conocimiento, mi delito y su prudente queja; y antes de que se restituyese a la ermita, saqué mi ropa del arcón donde estaba depositada, y, dejando el reverendo saco, marché acelerado con los temores de que no me encontrase en el camino de Coimbra, adonde me prometían mis ignorancias y antojos alegre paradero.

Sin el susto del encuentro que temía, y sin haber padecido más descomodidades que las que por fuerza ha de pasar el que camina a pie y sin dinero, llegué a la celeberrima Universidad de Coimbra. Presenté a mi persona en los sitios más acompañados del pueblo, y, ensartándome en las conversaciones, persuadí en ellas que yo era químico, y mi primer ejercicio el de maestro de danzar en Castilla. Contaba mil felicidades de mis aplicaciones en una y otra facultad. Mentía a borbollones, y la distancia de los sucesos y mi disimulo y las buenas tragaderas de los que me oían, hicieron creíbles y recomendables mis embustes. Confiado en las lecciones que había tomado en Salamanca del arte de danzar, y en unas recetas desparramadas de un médico francés, que tenía en la memoria, me vendí por experimentado en uno y otro arte.

El ansia de ver el hombre nuevo —que es general en todas gentes y naciones— me juntó alegres discí-

pulos, desesperados enfermos y un millón de aclamaciones necias, hijas de la sencillez, de la ignorancia y del atropellamiento de la novedad. Yo sembraba unturas, plantaba jarabes, injería cerotes y rociaba con toda el agua y los aceites de mi recetario a los crónicos, hipocondriacos y otros enfermos impertinentes, raros y cuasi incurables. Recogía el mismo fruto que los demás doctores sabios, afortunados y estudiosos, que era la propina, el crédito, la estimación, el aplauso y todos los bienes e inciensos que les da la inocencia y la esperanza de la sanidad. En orden a los sucesos tuve mejor ventura o más seguro modo, para lograrlos favorables, que el Hipócrates; porque a éste, y cuantos siguieron y siguen sus aforismos y lecciones, se les murieron muchos de los que curaban, otros salían a puerto y otros se quedaban con los achaques; de mis emplastados y ungidos ninguno se murió. porque las recetas no tenían virtud para sanar ni para hacer daño; algunos sanaban con la providencia de la naturaleza, y a los más se les quedaba en el cuerpo el mal y la medicina, y la aprehensión les hacía creer algún alivio. Fuí, no obstante mi necesidad, mi arrojo e ignorancia, un empírico (1) considerado y más prudente que lo que se podía esperar de mi cabeza y mis pocos años; porque no me metí con enfermo alguno de los agudos, ni tuve el atrevimiento de administrar purgantes, ni abonar ni maldecir las sangrías. Bien

---

(1) *Empírico:* «el médico que cura por sola la experiencia sin haber estudiado la facultad de la Medicina».

penetraba mi poca filosofía lo peligroso de éstos y lo poco importante de mis apósitos; y con esta seguridad y conocimiento vivíamos todos, mis dolientes con sus achaques y yo con sus alabanzas y dineros.

En la danza también tuve que trabajar; pero en ésta con más satisfacción y sin ningún peligro, porque era más diestro en los compases que los médicos en sus curaciones, y vivía fuera de las congojas de que me capitulasen (1) de necio en el ejercicio. A pocos días era ya la celebridad y conversación de los melancólicos, los desocupados y noveleros. Y con sus solicitudes y aprehensiones, arribé (2) a juntar algunas monedas de oro, buenas camisas y un par de vestidos que me engalanaban y prometían mi poco seso. La ridícula historia de unos indiscretos celos de un destemplado portugués, cuya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio y el olvido, me obligó a dejar a Coimbra y tomar seguridad en la ciudad de Oporto, adonde me mantuve gastando en figura de caballero lo que había ganado en ocho meses a hacer cabriolas con los pies y las manos.

Aunque procuraba gastar el dinero con alguna dieta, llegó el caso de aniquilarse mi caudal y de verme en la congoja de elegir nuevo camino para buscar la vida, con la que andaba de perdición en perdición. No discurría en vereda en que no contemplase mil estorbos, enfados, opresiones y desco-

(1) *Capitular:* «acusar, acriminar».
(2) *Arribar:* «llegar».

modidades; y pareciéndome más libre y más holgona la de soldado, asenté plaza en el regimiento de los ultramarinos, en la compañia de don Félix de Sousa; pagáronme razonablemente la entrada; tomó un sargento las señas de mi figura con distinción bastante y menudencia, y le dije que mi nombre era Gabriel Gilberto, y con este fingimiento corri la temporada que anduve vestido con la librea verde. El miedo a los palos, a las baquetas (1), al potro y a los demás castigos con que se reprehenden las faltas menudas en la milicia, me hizo cumplir exactamente con las obligaciones de soldado. Queriame mucho mi capitán, y yo le pagaba el cariño con singular respeto y pronta asistencia a cuanto se le ofrecia. Trece meses estuve bastantemente gustoso en este ejercicio, y me parece que hubiera continuado esta honrada carrera si no me hubieran arrancado del camino las persuasiones de unos toreros, hijos de Salamanca, que pasaron a Lisboa a torear en unas fiestas reales que se hicieron en aquella corte. Facilitaron los medios de la deserción, disfrazándome con la xaquetilla (2), el sombrero a la chamberga, y los demás arneses de la bribia (3); yo consenti porque, aunque vivia gustoso, deseaba ver a mis

---

(1) *Baquetas:* «castigo que se daba a los soldados delincuentes en la milicia, desnudándolos y pegándoles con unas varillas».

(2) *Xaquetilla:* «especie de xaqueta más corta, con sus mangas, las que suelen traer sueltas, para cuyo fin sólo están pendientes de un lado de los hombros de ella».

(3) *Bribia:* «picardía y mendiguez».

padres y los muros de mi patria. En el convento de San Francisco, de Lisboa, me despojé del uniforme, y, vestido con las sobras de un torero llamado Manuel Felipe, me encuaderné en la tropa, y juntos todos tomamos el camino de Castilla, sin habernos sucedido acaso alguno digno de ponerse en esta relación. Al paso que me iba acercando a Salamanca, iba creciendo en mi corazón el miedo y la vergüenza y otros embarazos que me dificultaban la entrada a la casa y la vista de mis padres. Nunca me resolví a que me viesen con la gentecilla con quien venía incorporado; y fingiendo con mis camaradas que tenía precisión de detenerme algunas semanas en Ciudad Rodrigo, me dejaron como a una legua distante de Valdelamula, libre del riesgo que amenazaba a mi vida si me mantuviera en las posesiones de Portugal. Entré en Ciudad Rodrigo, y me volví a la ropa de estudiante, prestándome por entonces, en la confianza de que se lo pagarían mis padres, don Juan de Montalvo lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razón. Escribí a Salamanca a varios intercesores para que templasen el justo enojo de mis padres y les persuadiesen lo desengañado que volvía de mis aventuras y delirios; y el amor, la necesidad y la consideración de los peligros a que me volvería a arrojar, y los ruegos de los interlocutores, me facilitaron con suavidad y con dulzura su cariño y acogimiento. Recibiéronme gustosos; yo me eché a sus pies avergonzado y con propósitos de no darles más pesadumbres, y juré nuevamente mi obediencia. Las raras

gentes que traté en las ridículas aventuras de químico, soldado, santero y maestro de danza, el crecimiento de los años y la mayor edad de la razón, me pasmaron un poco el orgullo, de modo que ya tomaba algún asco a las desenvolturas y libertades que había aprendido en la escuela de mi ociosidad y en las maestrías de mis amigotes. Ya conocía yo que iban faltando de mi celebro muchas de aquellas cavilaciones y delirios que me aguijoneaban a los disparates y los despropósitos. Desamparado, pues, mi seso de algunas turbaciones, y libre del mal ejemplo de mis compatriotas—que ya faltaban de Salamanca—, empecé una vida más segura, y menos rodeada de enredos, bufonadas y desvergüenzas. No fuí bueno; pero a ratos disimulaba mis malicias. No dejé de ser muchacho; pero ya era un mozo más tolerable y menos aborrecido de las gentes de buena crianza. Era atento y cortesano, exquisitamente, con los mayores y los iguales; y, con esta diligencia y la de mi serenidad, fuí ganando el cariño de los que antes me aborrecían con razón y con extremo. Con estas disposiciones volví de Portugal a mi patria; las aventuras que fueron sucediendo a mi vida las verá el que leyere u oyere el tercer trozo que se sigue.

TROZO TERCERO DE LA VIDA E HISTORIA

DE

DON DIEGO DE TORRES

EMPIEZA DESDE LOS VEINTE AÑOS, POCO MÁS O MENOS, HASTA LOS TREINTA, SOBRE MESES MENOS O MÁS

Por desarmar de las maldiciones, de los apodos y las cuchufletas con que han acostumbrado morder los satíricos de estos tiempos a cuantos ponen alguna obra en público; por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia; por burlarme sin escrúpulo y con sosiego descansado de la enemistad de algunos envidiosos carcomidos, y por reírme, finalmente, de mí proprio y de los que regañan por lo que no les toca ni les tañe, puse en mi cuerpo y en mi espíritu las horribles tachas y ridículas deformidades que se pueden notar en varios trozos de mis vulgarísimos impresos. Muchas torpezas y monstruosidades están dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores y potencias; pero las corcovas, los chichones, tiznes, mugres y lagañas que he plantado en mi figura, las más son sobrepuestas y mentirosas, porque me ha dado la piedad de Dios una estatura algo más que mediana, una humanidad razonable y una carne sólida, magra, enjuta, colora-

da y extendida con igualdad y proporción, la que podía haber mantenido fresca más veranos que los que espero vivir, si no la hubieran corrompido los pestilentes aires de mis locuras y malas costumbres. Pues para que sea verdad cuanto se vea en esta historia —que hoy tiene tantos testigos como vivientes—, pondré en este pedazo de mi vida la verdadera facha, antes de proseguir con las revelaciones de mis sucesos, acasos y aventuras. Pintaréme como aparezco hoy, para que el que lea rebaje, añada y discurra cómo estaría a los veinte años de mi edad. Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen una simetría sin reprehensión; la piel del rostro está llena, aunque ya me van asomando hacia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso, pecas ni otros manchones desmayados. El cabello —a pesar de mis cuarenta y seis años— todavía es rubio; alguna cana suele salir a acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños y retirados hacia el colodrillo. Las cejas y la barba, bien rebutidas (1) de un pelambre alazán, algo más pajizo que el bermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo más reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones: remata sobre la mandíbula superior en figura de coroza (2), apaga

(1) *Rebutidas:* «rellenas, embutidas».

(2) *Coroza:* «capirote o cucurucho de papel engrudado que se ponía en la cabeza por castigo; subía en diminución, poco más o menos, de una vara; pintadas en él diferentes figuras referentes al delito».

humos de iglesia, rabadilla de pavo o cubilete de titiritero; pero, gracias a Dios, no tiene trompicones ni caballete, ni otras señales farisaicas. Los labios, frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria y rasgados con rectitud. Los dientes, cabales, bien cultivados, estrechamente unidos y libres del sarro, el escorbuto y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna y la mano son correspondientes a la magnitud de mi cuerpo; éste se va ya torciendo hacia la tierra, y ha empezado a descubrir un semicírculo a los costillares, que los maldicientes llaman corcova. Soy, todo junto, un hombrón alto, picante en seco, blanco, rubio, con más catadura de alemán que de castellano o extremeño. Para los bien hablados soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasia, algo tartamudo de movimientos y un si es no es derrengado de portante. Mirado a distancia, parezco melancólico de fisonomía, aturdido de facciones y triste de guiñaduras; pero, examinado en la conversación, soy generalmente risueño, humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores y un poco libre y desvergonzado con los iguales. El vestido—que es parte esencialísima para la similitud de los retratos— es negro y medianamente costoso; de manera que ni pica en la profanidad escandalosa, ni se mete en la estrechez de la hipocresía puerca y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetán en el verano y terciopelo en el invierno, han sido las frecuentes telas con que he arropado mi desvaído corpachón. El corte de mi

ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uso y antojo de las gentes y, lo más cierto, el que quiere el sastre. Guardo, en la figura de abate romano, la ley de la reforma clerical, menos en los actos de mis escuelas, que allí me aparezco, con los demás catones, envainado en el bonete y la sotana: que son los apatuscos (1) de doctor, las añadiduras de la ciencia y la cobertera de la ignorancia. A diligencias de los criados, voy limpio por de fuera, y, con los melindres de mis hermanas, por de dentro; porque, a pesar de mi pereza y mi descuido, me hacen remudar el camisón todos los dias. Llevo a ratos todos los cascabeles y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos y los aficionados a su vanidad: reloj de oro con sus borlones, que van besando la ingle derecha; sortijón de diamantes; caja de irregular materia con tabaco escogido; sombrero de Inglaterra; medias de Holanda; hebillas de Flandes, y otros géneros que, por gritones y raros, publican la prolijidad, la locura, el antojo, el uso y el aseo. Mezclado entre los duques y los arcedianos, ninguno me distinguirá de ellos, ni le pasará por la imaginación que soy astrólogo ni que soy el Torres que anda en esos libros siendo la irrisión y el mojarrilla (2) de las gentes. He sido el espanto y la incredulidad de los que buscan y desean cono-

---

(1) *Apatuscos:* «adorno, arreo y compostura. Voz baja, pero muy usada en lo jocoso».

(2) *Mojarrilla:* «persona que siempre está alegre y de chanza».

cer mi figura; porque los más pensaban encontrarse con un escolar monstruoso, viejo, torcido, jorobado, cubierto de cerdones, rodeado de una piel de camello o mal metido en una albarda, como hábito propio de mi brutalidad. Este soy, en Dios y en conciencia, y, por esta copia y la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho que se imprime en la primera hoja de mis almanaques, me entresacará el más rudo, aunque me vea entre un millón de hijos de Madrid.

El genio, el natural o este duende invisible —llámese como quisieren—, por cuyas burlas, acciones y movimientos rastreamos algún poco de las almas, anda copiado con más verdad en mis papeles, ya porque cuidadosamente he declarado mis defectos, ya porque a hurtadillas de mi vigilancia se han salido, arrebujados entre las expresiones, las bachillerías y las incontinencias, muchos pensamientos y palabras, que han descubierto las manías de mi propensión y los delirios de mi voluntad. Desmembrado y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espíritu, y, para cumplir con el asunto que me he tomado, juntaré en breves párrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo junto el que quisiere quedar informado de lo que soy por dentro y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adán, hígado, bazo, corazón, tripas, hipocondrios, mesenterio y toda la caterva de rincones y escondrijos que asegura y demuestra la docta Anatomía. Estos son —según aseguran los filósofos naturales— los nidos y las chozas donde se esconden

y retiran los apetitos revoltosos, los afectos inescrutables y las pasiones altaneras y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo dócil y lo destemplado, lo arguyen de la disposición, textura, cualidad y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es que, salga del hígado, del bazo o del corazón, yo tengo ira, miedo, piedad, alegría, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre y todos los buenos y malos afectos y loables y reprehensibles ejercicios que se pueden encontrar en todos los hombres juntos y separados. Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinación a llorar y a reír, a dar y a retener, a holgar y a padecer, y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más o menos, porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración. A la mayor o menor altura de los afectos y a la más furiosa o sosegada expresión de las pasiones, llaman genio, natural o crianza, la mayor parte de la comunidad de las gentes; y si el mío se ha de conocer por las más repetidas exaltaciones del ánimo, aquí las pondré con la brevedad que las examino, apartando por este breve rato el sonrojo que se va viniendo a mi semblante.

Soy regularmente apacible, de trato sosegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños

y, las más veces, desahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo y moderado, y nunca tuve valor para meterme a gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equívocos, los apodos y otras sales con que sazonan los más políticos sus pláticas. Hállome felizmente gustoso entre toda especie, sexo y destino de personas; sólo me enfadan los embusteros, los presumidos y los porfiados; huyo de ellos luego que los descubro; con que (1) paso generalmente la vida dichosamente entretenido. Tal cual resentimiento padece el ánimo en las precisas concurrencias, donde son inexcusables los pelmazos, los tontos y otras mezclas de majaderos, que se tropiezan en el concurso más escogido; pero este es el mal de muchos y consuelo mío: sufro sus disparates con conformidad y tolerancia, y me vengo de sus desatinos con la pena que presumo que les darán mis desconciertos. Soy dócil y manejable en un grado vicioso y reprehensible; porque hago y concurro a cuanto me mandan, sin examinar los peligros ni las resultas infelices; pero bien lo he pagado, porque las congojas y desazones que he padecido en este mundo no me las han dado mis émulos, mis enemigos ni la mala fortuna, sino es mi docilidad y mi franqueza. Mi dinero; mis súplicas; mi representación, tal cual es; mi casa y mis ajuares, los he franqueado a todos, sin exceptuar a mis desafectos. Lo más de mi vida, ya en los pasajes de mis venturas y ya en las avenidas de mis abati-

---

(1) *Con que:* «con lo cual».

mientos, la he pasado comiendo a costa ajena, huésped honrado y querido en las primeras casas del reino, y, pudiendo ser rico con estos ahorros y las producciones de mis tareas, siempre andan iguales los gastos y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas más de cuarenta mil ducados que me han puesto en casa mis afortunados disparates. En veinte años de escritor he percibido más de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias a Dios, sin tener a la hora que esto escribo más repuestos que algunos veinte doblones, que guardará mi madre, que ha sido siempre la tesorera y repartidora de mis trabajos y caudales. Si a algún envidioso o mal contento de mis fortunas le parece mentira o exageración esta ganancia, véngase a mí, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya y las de los demás libreros, que todavía existen ellas y vivo yo y mis administradores. Es público, notorio y demostrable mi desinterés; tanto, que ha tocado en perdición, desorden y majadería. He trabajado de balde y con continuación para muchos que han hecho su fama y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Habiendo sido el número de mis tareas bastantemente copioso, son más las que están en la lista de las regaladas que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis pronósticos y mis necedades ha tenido letra abierta el más retirado de mi amistad y el más extraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depositario de mis mercadurías y disparates, jurará que le tengo dada orden para que no recatee

mis papeles y que los dé graciosamente al que llegare a su tienda, sin más recomendación que la de una buena capa. Siendo —como diré más adelante, además de lo dicho—el escritor más desdichado y pobre de esta era, me he conducido, en las ciento y veinte dedicatorias que se pueden ver en mis libros, con bizarría tan gloriosa, que he desmentido los créditos de petardo con que regularmente se miran estos cultos. Nunca miré a más fines ni a más esperanzas que al agradecimiento, la veneración y el adorno de la obra. Al tiempo que expresaba mis rendimientos, escondía mi persona, y, las más veces, dedicaba a los héroes más elevados, a los ausentes o a quien yo contemplaba que estuviese muy fuera de la retribución y que la ausencia o el retiro dificultasen las comunes satisfacciones. Mis deseos y mis sacrificios fueron siempre puros, atentos, cortesanos y libres de las infecciones del interés mecánico y la lisonja abominable. He puesto esta menudencia impertinente para que se sepa que no tengo todas las condiciones de mal autor, pues me falta la codicia con que muchos se sujetan a hacer las obras, confiados alegremente en que el héroe a quien dedican les ha de pagar, a lo menos, la impresión, y éstos no cortejan, que roban —hablo gordo entre los que me tratan y conocen—. Grite ahora el satírico que quisiere; ponga los manchones que le elija su rabiosa infidelidad a mi pobreza y mi desasimiento, que aquí estoy yo, que sabré limpiarme y desmentirle con mis operaciones y los testigos más memorables de la España.

Trato a mis criados como a compañeros y amigos, y, al paso que los quiero, me estoy lastimando de que los haya hecho la fortuna la mala obra de tener que servirme. Jamás he despedido a ninguno; los pocos que me han acompañado, o murieron en mi casa o han salido de ella con doctrina, oficio o conveniencia. Los actuales que me asisten no me han oido reñir ni a ellos ni a otros de los familiares, y el más moderno tiene ocho años en mi compañia. Todos comemos en un mismo guisado y de un mismo pan, nos arropamos (1) en una misma tienda, y mi vestido, ni en la figura ni en la materia, se distingue de los que yo les doy. El que anda más cerca de mí es un negro sencillo, cándido de buena ley y de inocentes costumbres; a éste le pongo más de punta en blanco, porque en su color y su destino no son reparables las extravagancias de la ropa; yo me entretengo en bordar y en ingreir (2) sus vestidos, y logro que lo vean galán y a mí ocupado. Ni a éste ni a los demás les entretengo en las prolijidades y servidumbres que más autorizan la vanidad que la conveniencia; y aun siendo costumbre por acá, entre los amos de mi carácter y grado, llevar a la cola un sirviente en el traje de escolar, en ningún tiempo he querido que vayan a la rastra. Yo me llevo y me traigo solo donde he menester; me visto y me desnudo sin edecanes; escribo y leo, sin amanuenses ni lectores; sirvo más que mando; lo que puedo hacer

(1) *Arroparse:* «vestirse».

(2) *Ingreir* por engreir: «componer, adornar, engalanar».

por mí, no lo encargo a nadie, y, finalmente, yo me siento mejor y más acomodado conmigo que con otro. Si éste es buen modo de criar sirvientes o de portarse como servidos, ni lo disputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que pasa por mí, que es lo que he prometido, y lo demás revuélvanlo los críticos como les parezca.

La valentía del corazón, la quietud del espíritu y la serenidad de ánimo, que gozo muchos años ha, es la única parte que se le puede envidiar a mi naturaleza, mi genio o mi crianza. De niño tuve algún temor a los cuentos espantosos, a las novelas horribles y a las frecuentes invenciones, con que se estremecen y se espantan las credulidades de la puerilidad y los engaños de la juventud y la vejez; pero ya ni me asustan los calavernarios, ni me atemorizan los difuntos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones. Crea el que lee, que según sosiega la tranquilidad de mi espíritu, sospecho que no me inquietaría mucho ver ahora delante de mí a todo el purgatorio. Este valor —que más parece desesperado despecho— aseguro que es hijo de una resignación cristiana; pues, siendo Dios el único dueño de mi vida, sé que estoy debajo de sus disposiciones y providencias, y es imposible rebelarme a sus decretos; para el día que determine llamarme a juicio, estoy disponiendo, con su ayuda, mi conformidad, y no me acongoja que el aviso sea a palos, a pedradas, a médicos, a cólicos o difuntos; sea como Su Majestad fuere servido, que a todo estoy pronto y resignado. Por la soledad, la noche, el campo y las

crujías melancólicas, me paseo sin el menor recelo, y nunca se me han puesto delante aquellas fantasmas, que suele levantar en estos sitios la imaginación corrompida o el ocio y el silencio, grandes artífices de estas fábricas de humo y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados (1), y sus relaciones, historias y chistes, me arrullan, me entretienen y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones, que traigo siempre en mi bolsillo un doblón de a ocho, que en esta era vale más de trescientos reales, para dárselo a quien me quiera hechizar, o regalárselo a una bruja, a una espiritada que yo examine, o al que me quisiere meter en una casa donde habite un duende: me he convidado a vivir en ella sin más premio que el ahorro de los alquileres; y hasta ahora he pagado las que he vivido, y discurro que mi doblón me servirá para misas, porque ya creo que me he de morir sin verme hechizado ni sorbido (2). Yo me burlo de todas estas especies de gentes, espíritus y maleficios, pero no las niego absolutamente; las travesuras que he oído a los historiadores crédulos de mi tiempo, todas han salido embustes; yo no he visto nada, y he andado a montería de brujos, duendes y hechiceros lo más de mi vida. Algo habrá; sea en hora buena, y haya lo que hubiere; para que no me

(1) *Espiritado:* «poseído del espíritu maligno, endiablado endemoniado».

(2) *Sorbido:* «absorbido por el espíritu maligno».

coja el miedo, le sobra a mi espíritu la contemplación de lo raro, lo mentiroso de las noticias y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado que me toque a mí la mala ventura y el mochuelo; y cuando sea tan infeliz que me pille el golpe de alguna de las dichas desgracias, me encaramo en mi resignación católica; y mientras llega el talegazo, me río de todos los chismes y patrañas que andan en la boca de los crédulos y medrosos y en la persuasión de algunos que comercian con este género de drogas. Tengo presente al Torreblanca, al padre Martín del Río en sus *Desquisiciones mágicas*, y muy en la memoria los actos de fe que se han celebrado en los santos tribunales de la Inquisición, en los que regularmente se castigan más majaderos, tontos y delincuentes en el primer mandamiento de la Ley de Dios, que brujos y hechiceros; y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta y castiga a los diablos y los espíritus; y todo me sirve para creer algo, disputar poco y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco espantajo que me asuste. Los jácaros de capotillo y guadajeño (1), y el zuizo (2) con los bigotones, el sable y las pistolas, son hombres con miedo; y el que justamente presumo en ellos, me quita a mí el que me pudieran persuadir sus apatuscos, sus armas y sus juramentos. Los mormuradores, los maldicientes

---

(1) *Capotillo*: «especie de casaquilla hueca y abierta por los costados». *Guadajeño:* «guadijeño, cuchillo de un jeme de largo y cuatro dedos de ancho».

(2) Soldado de Infantería.

y los satíricos, que son los gigantones que aterrorizan los ánimos más constantes, son la chanza, la irrisión y el entretenimiento de mi desengaño y de mi gusto. El mayor mal que éstos pueden hacer es hablar infamemente de la persona y las costumbres; esta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mí y con ellos, y no he conocido la menor molestia en el espíritu; y después de tantas blasfemias, injurias y maldiciones, me ha quedado sana la estimación; tengo, bendito sea Dios, mis piernas y mis brazos enteros y verdaderos; no me han quitado nunca la gana del comer, ni la renta para comprarlo; con que es disparate y necedad acoquinada vivir temiendo a semejantes fantasmones. En la cofradía de los ladrones, que es dilatadísima, hay muchos a quien temer; pero anda regularmente errado el temor, de modo, que estamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo a los lugares en que no hay robos ni a quien robar. En los caminos, en los montes y en los despoblados habita todo nuestro espanto y nuestro miedo, y allí no hay que hurtar, ni quien hurte. Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo más de España, y cada mes paso los puertos de Guadarrama y la Fonfría, y hasta ahora no he tropezado un ladrón. Algunos hurtos veniales suceden en los montes; pero los granados, los sacrílegos y los más copiosos se hacen en las poblaciones ricas, que en ellas están los bienes y los ladrones. Y a los pocos que ruedan los caminos, y a los muchos que trajinan en las ciudades, jamás los temí; porque astrólogo ninguno ha perecido en sus manos, ni hay

ejemplar de que se les antoje acometer a gente tan pelona. Finalmente, digo, con ingenuidad, que no conozco al miedo, y que esta serenidad no es bizarría del corazón, sino es desengaño y poca credulidad en las relaciones y en los sucesos, y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos ni los hombres se burlen tan a todo trapo de las criaturas. Los que producen en mi espiritu un temor rabioso, entre susto y asco, enojo y fastidio, son los hipócritas, los avaros, los alguaciles, muchos médicos, algunos letrados y todos los comadrones; siempre que los veo me santiguo, los dejo pasar, y al instante se me pasa el susto y el temor. Con estas individualidades, y las que dejo descubiertas en los sucesos pasados, y las que ocurrirán en adelante, me parece que hago visible el plan de mi genio. Ahora diré brevemente del ingenio, que también es pieza indispensablc en esta vida.

Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetración y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal y lo mecánico. Aunque han salido al público tantas obras que pudieran haber demostrado con más fidelidad lo rudo o lo discreto, lo gracioso o lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dar verdaderas y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria o de su abundancia; porque todas están escritas sin gusto, con poco asiento, con algún enfado y con precipitación desaliñada. Yo bien sé que alcanzo más y discurro mejor que lo que

dejó escrito, y que si mi genio hubiera tenido más codicia a los intereses, más estimación a la fama o lo que se dice aura popular, y si mi pobreza no hubiera sido tan porfiada y revoltosa, serían mis papeles más limpios, más doctrinales, más ingeniosos y más apetecibles. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete a las imprentas, y jamás corregí pliego alguno de los que me volvían los impresores; con que todos se pasean rodeados de sus yerros y mis descuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y, si hoy me fuese posible recogerlos, los entregaría gustosamente al fuego, por no dejar en el mundo tantos testigos de mi pereza y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altanería y extravagante condición. Sólo me consuela en esta aflicción, en que espero morir, la inocencia de mis disparates; pues aunque son soberbios y poderosamente plenarios, parece que no son perjudiciales, cuando la vigilancia del Santo Tribunal y el desvelo de los reales ministros los ha permitido correr por todas partes, sin haber padecido ellos la más pequeña detención, ni yo la más mínima advertencia. Doy gracias a Dios que, habiendo sido tan loco que me arrojé a escribir en las materias más sagradas y más peligrosas, y profesando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despeñaron mis atrevimientos en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia o el extravío de los preceptos de Dios, de las ordenanzas del rey y de los establecimientos de la política y la naturaleza. Todo lo debo a Su Majestad y al respeto

con que he mirado a sus sustitutos en la tierra. Basta de ingenio, y volvamos a atar el hilo de las principales narraciones.

Dejé esta ridícula historia en el lance de la vuelta de Portugal a Salamanca, y prosigo afirmando que volví menos crédulo y menos obediente a los fáciles e infelices consejos de la juventud y más medroso de las calamidades que se expone a padecer el que se entrega a los derrumbaderos de su ignorante y antojadiza imaginación. Pasaba en casa de mis padres la vida, escondido y retirado muchas horas, sin padecer resentimiento alguno en el ánimo, ni con la mudanza a la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres travesuras. Insensiblemente me hallé aborreciendo las fatigas de la ociosidad y muy mejorado en el uso y descompostura de las huelgas y las diversiones; porque asistía solamente a los festejos de las personas de distinción y de juicio, y bailaba en los saraos y concursos que disponía el motivo honesto y la celebridad prudente, graciosa y comedida. Ajustaba en ellos mis acciones a una severidad agradable, de modo que se conociese que mi asistencia tenía más de civilidad y de política que de esparcimiento grosero y voluntario. Di en el extraño delirio de leer en las facultades más desconocidas y olvidadas, y, arrastrado de esta manía, buscaba en las librerías más viejas de las comunidades a los autores rancios de la Filosofía natural, la Crisopeya, la Mágica, la Transmutatoria, la Separatoria, y, finalmente, paré en la Matemática, estudiando aquellos libros que viven enteramente descono-

cidos o que están por su extravagancia despreciados. Sin director y sin instrumento alguno —de los indispensables en las ciencias matemáticas—, lidiando sólo con las dificultades, aprendí algo de estas útiles y graciosas disciplinas. Las lecciones y tareas a que me sujetó mi destino y mi gusto, las tomé al revés, porque leí la Astronomía y Astrología, que son las últimas facultades, sin más razón que haber sido los primeros librillos que encontré unos tratados de Astronomía escritos por Andrés de Argolio y otros de Astrología impresos por David Origano. A estos cartapacios y a las conferencias y conversaciones que tuve con el padre D. Manuel Herrera, clérigo de San Cayetano y sujeto docto y aficionado a estos artes, debí las escasas luces que aun arden en mi rudo talento y los relucientes antorchones que hoy me ilustran maestro, doctor y catedrático en Salamanca, cuando menos. A los seis meses de estudio salí haciendo almanaques y pronósticos, y detrás de mí salieron un millón de necios y maldicientes blasfemando de mi aplicación y de mis obras. Unos decían que las había hecho con la ayuda del diablo; otros, que no valían nada, y los más aseguraban que no podían ser hechura de un ingenio tan perezoso y escaso como el mío. La coyuntura desgraciada en que salieron a luz mis pronósticos, la brevedad del tiempo en que yo me impuse en su artificio, la ignorancia y el olvido común que se padecía de estas ciencias en el reino, y, sobre todo, la indisposición y el aborrecimiento a los estudios, que contemplaban en mí cuantos interiormente me trataban, te-

nian por increible mi adelantamiento, por sospechosa mi fatiga y por abominable mi paciencia. Estaban veinte y cuatro años ha persuadidos los españoles que el hacer pronósticos, fabricar mapas, erigir figuras y plantar épocas, eran dificultades invencibles, y que sólo en la Italia y en otras naciones extranjeras se reservaban las llaves con que se abrian los secretos arcones de estos graciosos artificios. Estaban mucho antes que yo viniera al mundo gobernándose por las mentiras del gran Sarrabal, adorando sus juicios, y, puestos de rodillas, esperaban los cuatro pliegos de embustes que se tejian en Milán —con más facilidad que los encajes—, como si en ellos les viniera la salud de balde y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el reino, de los ocultos en las comunidades ni de los patentes en las escuelas públicas, que, como aficionado o como maestro, se dedicase a esta casta de predicciones y sistemas. Todas las cátedras de las Universidades estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerias y las tentaciones de San Antón, y en cada circulo se les antojaba una caldera donde hervian a borbollones los pactos y los comercios con el demonio. Esta rudeza, mis vicios y mis extraordinarias libertades me hicieron infelices mis trabajos y aborrecidas con desventura mis primeras tareas.

Para sosegar las voces perniciosas que contra mi aplicación soltaron los desocupados y los envidiosos, y para persuadir la propiedad y buena condición

de mis fatigas, pedi a la Universidad la substitución de la cátedra de Matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años y sin enseñanza más de ciento cincuenta, y concedida lei y enseñé dos años a bastante número de discipulos. Presidi al fin de este tiempo un acto de conclusiones (1) geométricas, astronómicas y astrológicas; y fué una función y un ejercicio tan raro, que no se encontró la memoria de otro en los monumentos antiguos que se guardan en estas felicisimas escuelas. Dediqué las conclusiones al excelentisimo señor principe de Calamar, duque de Jovenazo, que a esta sazón vivia en Salamanca, gobernando de capitán general las fronteras de Castilla. El concurso fué el más numeroso y lucido que se ha notado, y el ejercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia y otros frutos que iban saliendo de mi retiro y de mi estudio, acallé a los ignorantes, que se escandalizaron de la brevedad y extrañeza de mi aprovechamiento; pero empezó a revolverse contra mis producciones otra nueva casta de vocingleros, de tan poderosos livianos, quo hasta ahora no se han cansado de gritar y gruñir, ni yo he podido taparles las bocas con más de cuatro mil resmas de papel que les he tirado a los hocicos. Rompiendo con mis desenfados por medio

(1) *Acto de conclusiones*: «solemnidades que celebraban las diversas facultades y que consistian en la discusión de dos proposiciónes o *conclusiones* que habían de ser defendidas por el actuante y combatidas por los doctores y maestros que quisieran tomar parte en la discusión».

de sus mormuraciones, sátiras y majaderías, continuaba en escribir papelillos de diferentes argumentos y en leer los tomos que la casualidad y la solicitud me traía a las manos. Traveseaba con las musas muchas veces, sin que me estorbasen sus retozos la lección de la Teología Moral, la que estudiaba —más por precepto que por inclinación— en los padres salmanticenses y en el compendio del padre Larraga, de los que todavía podré dar algunas señas y bastantes noticias.

Acometióle a mi padre a este tiempo la dichosa vocación de que yo fuese clérigo, y, porque no se le resfriasen los propósitos, solicitó una capellanía en la parroquia de San Martín, de Salamanca, cuya renta estaba situada en una casa de la calle de la Rúa, y sobre esta congrua, que eran seiscientos reales al año, recibí, luego que yo cumplí los veinte y uno de mi edad, el orden de subdiácono. En él he descansado, porque, después de recibido, paré más a mi consideración sobre las obligaciones en que me metía, los votos y pureza que había de guardar y los cargos de que había de ser responsable delante de Dios; y atribulado y afligido, me resolví a no recargarme—hasta tener más seguridad y satisfacción de mis talentos— con más oficios que los que abracé con poco examen de mis fuerzas y ninguna reflexión sobre las duraciones de su observancia. Hasta ahora no he sentido en mi alma aquella mansedumbre, devoción, arrebatamiento y candidez que yo imagino que es indispensable en un buen sacerdote. Todavía no me hallo con valor ni con serenidad

para ascender al altísimo ministerio, cuyas primeras escalas estoy pisando indignamente, ni tampoco me ha acometido el atrevimiento y la insolencia de meterme a desventurado oficial de misas. He tenido hasta hoy un seso altanero, importuno, desidioso y culpablemente desahogado. La vigilancia y la prudencia, que contemplo por precisa para conducirse en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreveré a solicitarlas sin tenerlas. Nació también a pereza del ascenso a las demás órdenes, de un pleito que me puso un tristísimo codicioso sobre la naturaleza de la congrua con que me había ordenado; y por no lidiar con el susto y con el enojo de andar en los tribunales, siendo el *susodicho* de los procuradores y los escribanos, hice dejación gustosa de la renta. Encargóse del purgatorio el avariento litigante, y yo me quedé con el voto de castidad y el breviario, sin percibir un bodigo del altar. Por estos temores y el de no parar en sacerdote mendicante, tuve por menos peligroso quedarme estrellado entre la Epístola y el Evangelio, que atropellar hasta el sagrado sacerdocio para vivir después más escandalosamente, sin la moderación, el juicio, el recogimiento, decencia y severidad que deben tener los eclesiásticos. Mis enemigos y los maldicientes han cacareado otras causas: el que pudiere probarlas, hágalo mientras yo viva, y discurra y hable lo que quisiere, que por mí tiene licencia y perdón para inquirirlas y propalarlas, que, gracias a Dios, no soy espantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad prescrita por el Conci-

lio de Trento para obtener los beneficios curados, hice dos oposiciones a los del obispado de Salamanca. Confieso que la intención fué poco segura, porque no me opuse por devoción ni por la permitida solicitud de las conveniencias temporales, sino por contentar a mi soberbia, desvaneciendo las voces de mis enemigos, que publicaban que yo no conocía más facultad que la de hacer malas coplas y peores calendarios, y por obedecer a mis padres, que ya me consideraban beneficiado de una de las mejores aldeas del país. No obstante mi torpe disposición, quiso la piedad de Dios o la caritativa diligencia de los padres examinadores disponer que yo correspondiese en la Teología Moral con satisfacción suya y honor mío; y logré que ambas veces me honrasen con la primera letra (1). Todavía se refieren como dignas de alguna memoria algunas respuestas mías; porque el ilustrísimo obispo y los padres examinadores, informados de mi buen humor y prontitud, me hicieron algunas preguntas—después del serio examen—, o por probar mi ingenio, o por divertirse un poco; y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remítome a las noticias que duran en los curiosos de mis ridiculeces, porque yo no sé declararlas sin confusión y sin sonrojo.

Aparecióse en este tiempo en la Universidad de Salamanca la ruidosa pretensión de la alternativa de

---

(1) *Letra:* «se calificaba por letras como en las Universidades».

las cátedras (1). y como novedad extraordinaria y espantosa en aquellas escuelas, produjo notables alteraciones y tumultuosos disturbios entre los profesores, maestros y escolares de todas ciencias y doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de sus valedores, y con él, atraso de sus conveniencias y otros daños desgraciadamente molestos a la quietud y a la reputación. A mí, por más desvalido, por más mozo o por más inquieto, me tocaron —además de otros disgustos— seis meses de prisión, padeciendo, por el antojo de un juez mal informado, los primeros dos meses tristísimamente en la cárcel, y los otros cuatro con mucha alegría, sobrada comodidad, crecido regalo y provechoso entretenimiento en el convento de San Esteban, del orden del gloriosísimo Santo Domingo de Guzmán. El motivo fué haber hecho caso de una necia y mentirosa voz—sin poderse descubrir la voraz boca por donde había salido—, que me acusaba autor de unas sátiras que se extendieron en varias coplas, y su argumento era herir a los que votaron en favor de la dicha alternativa. En los seis meses de mi prisión se informó el Real Consejo, con exquisita diligencia y madurez, de todos los sucesos de este caso; y después de examinada una gran muchedumbre de testigos, y de un largo reconocimiento de letras y papeles, encontró con la tropelía anticipada del juez, y, con él, la escondida

(1) *Alternativa de las cátedras:* «pretensión de las diversas escuelas teológicas vinculadas en las diferentes Ordenes religiosas para que hubiera diferentes cátedras privativas de cada una de ellas».

verdad de mi inocencia. Salí, por real decreto, libre y sin costas, añadiéndome, por piedad o por satisfacción, la honra de que fuese vicerrector de la Universidad todo el tiempo que faltaba hasta la nueva elección, por San Lucas. Así la practiqué e hice todos los oficios pertenecientes al rectorado, con gusto de pocos, y especial congoja y resentimiento de muchos. No quiero descubrir más los secretos de esta aventura, porque viven hoy infinitos interesados, a quienes puede producir algún enojo la dilatada relación de este suceso.

La caudalosa conjuración que corrió contra mí después de este ruidoso caso, y las dificultades que puso a mis conveniencias la astucia revoltosa de los que ponderaban con demasiada fuerza los ímpetus de mi mocedad y los disculpables verdores de mi espíritu, me hicieron segunda vez insolente, libre y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor y enmienda venturosa. Enojado con aspereza de las imprudentes correcciones, del odio mal fingido y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones, que se sueñan con facultades para atajar y destruir las venturas de los pretendientes, di en el mal propósito de burlarme de su respeto, de reírme de sus promesas y de abandonar sus esperanzas. Di, finalmente, en la extrema locura de fiar en mí, y aburrir a éstas y a toda especie de personas. Volvíme loco rematado y festivo, pero nada perjudicial; porque nunca me acometió más furia que la manía de reírme y de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presunción con

que vivian otros, y de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Neguéme a la solicitud de los beneficios, capellanías y asistencias, por no pasar por las importunidades y sonrojos de las pretensiones; derrenegué de las cátedras y los grados, y absolutamente de todo empleo, sujeción y destino, deliberado a vivir y comer de las resultas de mis miserables tareas y trabajos. Los despropósitos y necedades que haría un mozo zumbón, de achacoso seso, desembarazado, robusto, sin miedo ni vergüenza, y sin ansia a pedir ni a pretender, se las puede pintar el que va leyendo; porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, además de que ya se me han escapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Ahora me acuerdo que, saliendo una tarde del general de Teología, abochornado de argüir, un reverendo padre y doctor, a quien yo miraba con algún enfado, porque era el que menos motivo tenía para ser mi desafecto, le dije: «Y bien, reverendísimo, ¿es ya *lumen gloriæ tota ratio agendi*, o no? ¿Dejaron decidida las patadas y las voces esa viejísma cuestión?» (1) «Vaya noramala —me respondió—, que es un loco.» «Todos somos locos—acudí yo—, reverendísimo: los unos por

---

(1) Se refiere esta proposición a una de las cuestiones teológicas que fueron causa de la división entre dominicos y jesuítas, y es la de la gracia, el libre albedrío y la predestinación. Los jesuítas trataban de armonizar la gracia con la libertad humana, y los dominicos eran partidarios de la que llamaban *física premoción* o predeterminación.

adentro y los otros por afuera. A vuestra reverendísima le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y a mí por la de afuera; y sólo nos diferenciamos en que vuestra reverendísima es maniático triste y mesurado, y yo soy delirante de gresca y tararira.» Volvió a reprehender con priesa y con enojo mi descompostura; y mientras su reverendísima se desgañitaba con desentonados gritos, estaba yo anudando en los pulgares unas castañuelas, con bastante disimulo, debajo de mi roto manteo; y sin hablarle palabra, lo empecé a bailar, soltando en torno de él una alegrísima furia de pernadas. Fuimos disparados bastante trecho: él, menudeando la gritería con rabiosas circunspecciones, y yo, deshaciéndome en mudanzas y castañetazos, hasta que se acorraló en otro general de las escuelas menores (1), que por casualidad encontró abierto. Allí lo dejé aburrido y escandalizado, y yo marché con mi locura a cuestas a pensar en otros delirios, en los que —por algunos meses— anduve ejercitado y ejercitando a todos la paciencia.

De esta burlona casta eran las travesuras con que me entretenía y me vengaba del aborrecimiento y entereza de mis enemigos; y ya, cansado de ser loco y lo principal, afligido de ver a mis padres en desdichada miseria y acongojados con la poca esperanza de la corrección de mi indómito juicio y mis malas costumbres, determiné dejar para siempre a Sala-

---

(1) *Escuelas menores:* «el edificio donde se daban las cátedras de Artes, Gramática y Música».

manca, y buscar en Madrid mejor opinión, más quietud y el remedio para la pobreza de mi casa. Omito referir la fundación y extravagancias del colegio del cuerno, porque no son para puestas al público tales locuras. Sólo diré que esta ridícula travesura dió que reir en Salamanca y fuera de ella; porque los colegiales eran diez o doce mozos escogidos, ingeniosos, traviesos y dedicados a toda huelga y habilidad. Los estatutos de esta agudísima congregación están impresos. El que los pueda descubrir tendrá que admirar; porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son útiles, entretenidas y graciosas. Hoy viven todavía dos colegiales que después lo fueron mayores, y hoy son sabios, astutos y desinteresados ministros del rey; otro está siendo ejemplar de virtud en una de las cartujas de España; otro pasó al Japón con la ropa de la Compañía de Jesús; seis han muerto dichosamente corregidos, y yo sólo he quedado por único índice de aquella locura, casi tan loco y delincuente como en aquellos disculpables años. Omito también las narraciones de otros enredos y delirios, porque para su extensión se necesitan largos tomos y crecida fecundidad, y paso a referir que dejé a mi patria, saliendo de ella sin más equipajes que un vestido decente y sin más tren que un borrico que me alquiló por pocos cuartos un arriero de Negrilla. Entré en Madrid, y como en pueblo que había ya conocido otra vez, no tuve que preguntar por la posada de los que llevan poco dinero. Acomodéme los tres o cuatro días primeros entre las jalmas del borrico en el mesón de la Media Luna

de la calle de Alcalá, que fué el paradero de mi conductor; y, en este tiempo, hice las diligencias de encontrar casa, y planté mi rancho en el escondite de uno de los caserones de la calle de la Paloma. Alquilé media cama, compré un candelero de barro y una vela de sebo, que me duró más de seis meses, porque las más noches me acostaba a obscuras, y la vez que la encendía me alumbraba tan brevemente, que más parecía luz de relámpago que iluminación de artificial candela. Añadí a estos ajuares un puchero de Alcorcón y un cántaro, que llenaba de agua entre gallos y media noche en la fuente más vecina, y un par de cuencas, que las arrebañaba con tal detención la vez que comía, que jamás fué necesario lavarlas; y este era todo mi vasar, porque las demás diligencias las hacía a pulso y en el primer rincón donde me agarraba la necesidad. No obstante esta desdichada miseria, vivía con algún aseo y limpieza; porque en un pilón común que tenía la casa para los demás vecinos, lavaba de cuatro en cuatro días la camisa, y me plantaba en la calle tan remilgado y sacudido, que me equivacaban con los que tenían dos mil ducados de renta. Padecí —bendito sea Dios— unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me desmayó la flaqueza; y me tenía tan corrido y acobardado la necesidad, que nunca me atreví a ponerme delante de quien pudiese remediar los ansiones (1) de mi estómago. Huía a las horas de comer y de cenar de las casas en donde tenía ganado el co-

(1) *Ansión*: «deseo, nostalgia».

nocimiento y granjeada la estimación; porque concebía que era ignominia escandalosa ponerme hambriento delante de sus mesas. Yo no sé si esto era soberbia u honradez; lo que puedo asegurar es que, de honrado o de soberbio, me vi muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza y veneración, que traté en Madrid, fué la de don Bartolomé Barbán de Castro, hoy contador mayor de millones. En ésta hacían una tertulia virtuosa y alegre los criados del excelentísimo señor duque de Veragua, y otros prudentes y devotos sujetos, de los que fui tomando la doctrina de aborrecer el mal hábito de mis locuras y desenfados. Aseguraba en esta casa, en el agasajo de la tarde, la jícara de chocolate, y me servía de alimento de todo el día; y con este socorro y el que hallé después en casa de don Agustín González, médico de la real familia, que fué el desayuno de la mañana, pasé algún tiempo, sin especial molestia, las rabiosas escaseces en que me había puesto mi maldita temeridad. Aconsejóme este famoso físico, viéndome vago y sin ocupación alguna, que estudiase medicina; y condescendiendo a su cariñoso aviso, madrugaba a estudiar y a comer en su casa, porque a la mía el pan y los libros se asomaban muy pocas veces. Estudié las definiciones médicas, los signos, causas y pronósticos de las enfermedades, según las pinta el sistema antiguo, por un compendio del doctor Cristóbal de Herrera. Parlaba de las especulaciones, que leía, con mi maestro; y desde su boca, después que

recogía en la conferencia lo más escogido de su explicación, partía al hospital y buscaba en las camas el enfermo sobre quien había recargado aquel día mi estudio y su cuidado. De este modo, y conduciendo, de caritativo o de curioso, el barreñón de sangrar de cama en cama, y, observando los gestos de los dolientes, salí médico en treinta días, que tanto tardé en poner en mi memoria todo el arte del señor Cristóbal. Leí, por Francisco Cypeio, el sistema reciente, y creo que lo penetré con más facilidad que los doctores que se llaman modernos; porque para la inteligencia de esta pintura es indispensable un conocimiento práctico de la Geometría y de sus figuras, y ésta la ignoran todos los médicos de España. Llámanse modernos entre los ignorantes, y han podido persuadir que conocen el semblante de esta ingeniosidad, sin más diligencia que trasladar el recetario de los autores nuevos. El que pensare que escribo sin justicia, hable o escriba, que yo le demostraré esta innegable verdad. El saber yo la medicina y haberme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto y mucha falibilidad, me asustó tanto, que hice promesa a Dios de no practicarla, si no es en los lances de necesidad, y en los casos que juré cuando recibí el grado y el examen. Sólo profesan la medicina los que no la conocen ni la saben, o los que hacen ganancia y mercancía de sus récipes. Esto parece sátira, y es verdad tan acreditada, que tiene por testigos a todos, y los mismos que comen de esta dichosa y facilísima ciencia. Con los socorros diarios de estas dos casas, y con la amistad de

un bordador que me permitía bordar en su obrador gorros, chinelas y otras baratijas que se despachaban a los primeros precios en una tienda portátil de la Puerta del Sol, vivía mal comido; pero juntaba para calzar un par de zapatos y ponerme unos decentes calzones y alguna chupa sacada del portal del mercader. Entre las amistades de este tiempo gané la piedad de don Jacobo de Flon, el que se inclinó a mi con el motivo de hablarme y verme ejercitar algunas habilidades en una concurrencia, donde, por casualidad, nos juntamos. Ofrecióme su poder; y agradecido y deseoso de que mis padres tuviesen por mi mano algún alivio en sus repetidas desgracias, le rogué que se acordase de ellos y que no se lastimase de mis miserias, que yo era mozo y podía resistir los ceños de la fortuna, y que la vejez de los que me criaron no tenía armas con que contrarrestar sus impiedades. Movido de la lástima y de mis honradas súplicas, me dió la patente de visitador del tabaco de Salamanca, que dejo dicha en el resumen de la vida de mi padre, y en ella, todos mis consuelos, descuidos y venturas.

Ya mi inconstancia me traía con la imaginación inquieta y cavilosa, trazando artificios para buscar nuevas tareas, entretenimientos y destino. Pensaba unas veces en retirarme de la corte a ver mundo, otras en meterme fraile, y algunas en volverme a mi casa. Revolvióme los cascos y puso a mi cabeza de peor condición la compañía de un clérigo burgalés, tan buen sacerdote, que empleaba los ratos ociosos en introducir tabaco, azúcar y otros géneros prohi-

bidos; y oliendo éste que mi docilidad estaría pronta para seguir sus riesgos, aventuras y despropósitos, me aconsejó que le acompañase a sus ociosidades y entretenimientos, ofreciendo que me daría una mitad de ganancias, y para salir de Madrid, armas, caballo y capotillo. Yo, sin pararme en considerar el extravío, el riesgo y el fin, le solté la palabra de seguirle, ayudarle y exponer mi vida a las inclemencias, rigores y tropelías que forzosamente se siguen a tan estragado despeño (1). La misericordia de Dios, que la usa con los más rebeldes a sus avisos, estorbó tan infame determinación, apartando mi vida de los insolentes riesgos en que la quiso poner mi loco despecho y maldita docilidad. Por el medio más raro y estupendo que es imaginable, me libró Su Majestad de las galeras, de un balazo, de la cárcel perpetua, del presidio o del castillo de San Antón (2), adonde fué a parar mi devoto burgalés. ¡Bendita sea su benignidad y su paciencia! Escribirélo con la brevedad posible, porque es el caso menos impertinente de esta historia.

Ya estaba yo puesto de jácaro, vestido de baladrón (3) y reventando de ganchoso (4), esperando con necias ansias el día en que había de partir con mi clérigo contrabandista a la solicitud de unas ga-

---

(1) *Despeño:* «ruina que alguno padece en el espíritu, honra y fama».

(2) *Castillo de San Antón*: «prisión que había en Cartagena».

(3) *Baladrón:* «jácaro que, siendo cobarde, blasona de valiente y gasta muchas palabras sin llegar nunca a obrar».

(4) *Ganchoso*: «rufián».

leras o en la horca, en vez de unos talegos de tabaco que —según me dijo— habíamos de transportar desde Burgos a Madrid sin licencia del rey, sus celadores ni ministros; y una tarde, muy cercana al día de nuestra delincuente resolución, encontré en la calle de Atocha a don Julián Casquero, capellán de la excelentísima señora condesa de los Arcos. Venía éste en busca mía, sin color en el rostro, poseído del espanto y lleno de una horrorosa cobardía. Estaba el hombre tan trémulo, tan pajizo y tan arrebatado, como si se le hubiera aparecido alguna cosa sobrenatural. Balbuciente y con las voces lánguidas y rotas, en ademán de enfermo que habla con el frío de la calentura, me dió a entender que me venía buscando para que aquella noche acompañase a la señora condesa, que yacía horriblemente atribulada, con la novedad de un tremendo y extraño ruido que tres noches antes había resonado en todos los centros y extremidades de las piezas de la casa. Ponderóme el tristísimo pavor que padecían todas las criadas y criados, y añadió que su ama tendría mucho consuelo y serenidad en verme y en que la acompañase en aquella insoportable confusión y tumultuosa angustia. Prometí ir a besar sus pies sumamente alegre, porque el padecer yo el miedo y la turbación era dudoso, y de cierto aseguraba una buena cena aquella noche. Llegó la hora; fuí a la casa; entráronme hasta el gabinete de su excelencia, en donde la hallé afligida, pavorosa y rodeada de sus asistentes, todas tan pálidas, inmobles y mudas, que parecían estatuas. Procuré apartar, con la rudeza y

desenfado de mis expresiones, el asombro que se les había metido en el espíritu; ofrecí rondar los escondites más ocultos, y, con mi ingenuidad y mis proezas, quedaron sus corazones más tratables. Yo cené con sabroso apetito a las diez de la noche, y a esta hora empezaron los lacayos a sacar las camas de las habitaciones de los criados, las que tendían en un salón, donde se acostaba todo el montón de familiares para sufrir sin tanto horror, con los alivios de la sociedad, el ignorado ruido que esperaban. Capitulóse a bulto entre los tímidos y los inocentes a este rumor por juego, locura y ejercicio de duende, sin más causa que haber dado la manía, la precipitación o el antojo de la vulgaridad este nombre a todos los estrépitos nocturnos. Apiñaron en el salón catorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexos y de todos estados. Cada una se fué desnudando y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decencia y silencio más posible. Yo me apoderé de una silla; puse a mi lado una hacha de cuatro mechas y un espadón cargado de orín, y, sin acordarme de cosa de esta vida ni de la otra, empecé a dormir con admirable serenidad. A la una de la noche resonó con bastante sentimiento el enfadoso ruido; gritaron los que estaban empanados en el pastelón de la pieza; yo desperté con prontitud y oí unos golpes vagos, turbios y de dificultoso examen en diferentes sitios de la casa. Subí, favorecido de mi luz y de mi espadón, a los desvanes y azoteas, y no encontré fantasma, esperezo ni bulto de cosa racional. Volvieron a mecerse y a repetirse

los porrazos: yo torné a examinar el paraje donde presumí que podían tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento ni el actor. Continuaba, de cuarto en cuarto de hora, el descomunal estruendo, y en esta alternativa duró hasta las tres y media de la mañana. Once días estuvimos escuchando y padeciendo, a las mismas horas, los tristes y tonitruosos golpes; y cansada su excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad y la vigilia, trató de esconderse en el primer rincón que encontrase vacío, aunque no fuese abonado a su persona, grandeza y familia dilatada. Mandó adelantar en vivas diligencias su deliberación, y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, ya de reverentes, ya de horrorizados con el suceso de la última noche, que fué el que diré.

Al prolijo llamamiento y burlona repetición de unos pequeños y alternados golpecillos que sonaban sobre el techo del salón donde estaba la tropa de los aturdidos, subí yo, como lo hacía siempre, ya sin la espada, porque me desengañó la porfía de mis inquisiciones que no podía ser viviente racional el artífice de aquella espantosa inquietud; y al llegar a una crujía, que era cuartel de toda la chusma de librea, me apagaron el hacha, sin dejar en alguno de los cuatro pábilos una morceña (1) de luz, faltando también en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada

---

(1) *Morceña*: «morcella», chispa o centella que salta del moco del candil, velón, etc.

habitación. Retumbaron, inmeditamente que quedé en la obscuridad, cuatro golpes tan tremendos que me dejó sordo, asombrado y fuera de mi lo irregular y desentonado de su ruido. En las piezas de abajo, correspondientes a la crujía, se desprendieron en este punto seis cuadros de grande y pesada magnitud, cuya historia era la vida de los siete infantes de Lara, dejando en sus lugares las dos argollas de arriba y las dos escarpias de abajo en que estaban pendientes y sostenidos. Inmóvil y sin uso en la lengua me tiré al suelo, y ganando en cuatro pies las distancias, después de largos rodeos, pude atinar con la escalera. Levanté mi figura, y, aunque poseído del horror, me quedó la advertencia para bajar a un patio, y en su fuente me chapucé, y recobré algún poco del sobresalto y el temor. Entré en la sala; vi a todos los contenidos en su hojaldre, abrazados unos con otros, y creyendo que les había llegado la hora de su muerte. Supliqué a la excelentísima que no me mandase volver a la solicitud necia de tan escondido portento; que ya no era buscar desengaños, sino desesperaciones. Así me lo concedió su excelencia, y al día siguiente nos mudamos a una casa de la calle del Pez, desde la de Fuencarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable y verdadera historia. Dejo de referir, ya los preciosos chistes y los risibles sustos que pasaron entre los medrosos del salón, y ya las agudezas y las gracias que sobre los asuntos del espanto y la descomodidad se le ofrecieron a don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hospital del

aturdimiento y el espanto; y paso a decir que su excelencia, y su caritativa y afable familia, se agradaron tanto de mi prontitud, humildad y buen modo —fingido o verdadero—, que me obligaron a quedar en casa, ofreciéndome su excelencia la comida, el vestido, la posada, la libertad y, lo más apreciable, las honras y los intereses de su protección. Acepté tan venturoso partido, y al punto partí a rogar a mi clérigo contrabandista que me soltase la palabra que le había dado de ser compañero en sus peligrosas aventuras, porque me prometía más seguridad esta conveniencia, más honor y más duraciones, que las de sus fatales derrumbaderos. Consintió pesaroso a mi instancia; él se fué a sus desdichados viajes, y en uno de ellos lo agarró una ronda, que le puso el cuerpo por muchos años en el castillo de San Antón; yo me quedé en la casa de esta señora, quieto, honrado, seguro y dando mil gracias a Dios, que, por el ridículo instrumento de este duende o fantasma o nada, me entresacó de la melancólica miseria y de las desventuradas imaginaciones en que tenía atollado el cuerpo y el espíritu. Estuve en esta casa dos años, hasta que su excelencia casó con el excelentísimo señor don Vicente Guzmán, y fué a vivir a Colmenar de Oreja. Yo pasé a la del señor marqués de Almarza con el mismo hospedaje, la misma estimación y comodidad, y en estas dos casas me hospedé solamente después que me echó el duende del angustiado caserón de la calle de la Paloma. Vivía entretenido y retirado, leyendo las materias que se me proporcionaban al humor y al gusto, y

escribía algunos papelillos, que se los tiraba al público, para ir conociendo la buena o mala cara con que los recibía.

Pasaron por mí estos y otros sucesos, que es preciso callar, por el año de mil setecientos y veinte y tres y veinte y cuatro, y habiendo puesto, en el pronóstico de éste, la nunca llorada muerte de Luis primero, quedé acreditado de astrólogo de los que no me conocían y de los que no creyeron y blasfemaron de mis almanaques. Padeció esta prolación la enemistad de muchos majaderos, ignorantes de las lícitas y prudentes conjeturas de estos prácticos y prodigiosos artificios y observaciones de la filosofía, astrología y medicina. Unos quisieron hacer delincuente al pronóstico, e infame y mal educado al autor; otros voceaban que fué casualidad lo que era ciencia, y antojo voluntario lo que fué sospecha juiciosa y temor amoroso y reverente; y el que mejor discurría, dijo que la predicción se había alcanzado por arte del demonio. Salieron papelones contra mí, y entre la turba se entrometió el médico Martínez con su *Juicio final de la Astrología*, haciendo protector de su escrito al excelentísimo señor marqués de Santa Cruz. Yo respondí con las *Conclusiones a Martín*, dedicadas al mismo excelentísimo señor, y otros papeles que andan impresos en mis obras; y quedó, si no satisfecho, con muchas señales de arrepentido. Serenóse la conjuración; despreció el vulgo las necias e insolentes sátiras, y salí de las uñas de los maldicientes, sin el menor araño, en un asunto tan triste, reverente y expuesto a una tropelía ri-

gurosa. Quedamos asidos de las melenas Martín y yo, y desasiéndome de sus garras, salí con la determinación de visitar sus enfermos y escribir cada semana, para las gacetas, la historia de sus difuntos, Vióse perdido, considerando mi desahogo, mi razón y la facilidad con que impresionaría al público de los errores de su práctica. en la que le iba la honra y la comida. Echóme empeños, pidió perdones; yo cedí, y quedamos amigos.

Vino a esta sazón a ser presidente del real conseja de Castilla el ilustrísimo señor Herrera, obispo de Sigüenza; y aficionado a la soltura de mis papeles y a lo extraño de mi estudio, o lastimado de mi ociosidad y de lo peligroso de mis esparcimientos, mandó que me llevasen a su casa, y en tono de premio, de cariño y ordenanza, me impuso el precepto de que me retirase a mi país a leer a las cátedras de la Universidad, y que volviese a tomar el honrado camino de los estudios. Díjome que parecía mal un hombre ingenioso en la corte, libre, sin destino, carrera ni empleo, y sin otra ocupación que la peligrosa de escribir inutilidades y burlas para emborrachar al vulgo. Predicóme un poco. poniéndome a la vista su desagrado y mi perdición, y me remató la plática con el pronóstico de una ruin y desconsolada vejez, si llegaba a ella, porque la fama, la salud y el buen humor se cansarían, y, a buen librar, me quedaba sin más arrimos que una muleta y una mala capa, expuesto a los muchos rubores y escaso alivio que produce la limosna. Medroso a su poder, asustado del posible paradero en una mala ventura

y resentido de perder la alegre y licenciosa vida de la corte, prometí la restitución a mi patria y oponerme a cualquiera de las siete cátedras raras (1), que entonces estaban todas vacantes, por hallarme sin medios ni modo para seguir las eternas oposiciones de las otras. Dióme muchas gracias, muchas honras y muchas promesas con su favor y su poderío; besé su mano, me echó su bendición y partí de sus pies, asustado y agradecido, triste y temeroso, impaciente y cobarde, y, finalmente, lleno de sustos, confusiones y esperanzas. Los nuevos sucesos, acciones y aventuras que pasaron por mí en la nueva vida a que me sujeté en Salamanca, lo verá en el siguiente, y penúltimo trozo de ella, el que no esté cansado de las insipideces de esta lección.

---

(1) *Cátedras raras:* «las de Cirugía, Música, Astrología y Hebreo».

CUARTO TROZO DE LA VIDA
DE
DON DIEGO DE TORRES
QUE EMPIEZA DESDE LOS TREINTA AÑOS HASTA LOS CUARENTA POCO MÁS O MENOS

Cuando yo empezaba a estrenar las fortunas, los deleites, las abundancias, las monerías y los dulcísimos agasajos, con que lisonjean a un mozo mal entretenido y bien engañado los juegos, las comedias, las mujeres, los bailes, los jardines y otros espectáculos apetecidos; y cuando ya gozaba de los antojos del dinero, de las bondades de la salud y de las ligerezas de la libertad, poseyendo todos los ídolos de mis inclinaciones sin el menor susto, estorbo ni moderación, porque ni me acordaba de la justicia, las enfermedades, las galeras, la horca, los hospitales, la muerte, ni de otros objetos de los que ponen la tristeza, el dolor, la fatiga y otros sinsabores en el ánimo, salí de la corte para entretejerme segunda vez en la nebulosa piara de los escolares, adonde sólo se trata del retiro, el encogimiento, la esclavitud, la porquería, la pobreza y otros melancólicos desaseos, que son ayudantes conducentes a la pretensión y la codicia de las honores y las rentas. Vivía mal hallado y rabioso con esta inútil abstracción, y muy aburrido con las consideraciones de lo empalagoso y durable de esta vida; pero por no faltar a mi palabra ni a la manía de los hombres que juzgan

por honor indispensable el cautiverio de una ocupación violenta, en la que muchas veces ni se sabe ni se puede cumplir, juré permanecer en ella contra todos los impetus de mi inclinación.

Desenojaba muchos días a mis enfados, huyendo de las molestas circunspecciones del hábito talar a las anchuras y libertades de la aldea; trataba con agasajo, pero sin confianza, a los de mi ropaje. Iba paladeando a mi desabrimiento, con las huelgas del país, los ratos que vacaba de mis tareas escolásticas, y, en los asuetos, marchaba a Madrid a buscar los halagos de las diversiones en que continuamente se hundía mi meditación. Con estos pistos y otros muerdos que le tiraba al curso, fui pasando hasta que la costumbre me hizo agradable lo que siempre me proponía aborrecible.

Luego que entré en Salamanca, hice las diligencias de leer a la cátedra de Humanidad; y sabiendo que estaba empeñado en su lectura y en su posesión mi primer maestro, el doctor don Juan González de Dios, desistí del gusto y la conveniencia que habia aprehendido en mi instancia. Yo quería esconder el hediondo nombre de astrólogo con el apreciable apellido de catedrático de otra cualquiera de las disciplinas liberales; pero contemplando utilidad más honrada la de no-servir de estorbo al que me ilustró con los primeros principios de la latinidad y las buenas costumbres, me rendí a quedarme atollado en el cenagoso mote del *Piscator* (1). Por este

(1) *Piscator:* «sobrenombre que solían usar los autores de Pronósticos».

cortesano motivo determiné leer (1) a la cátedra de Matemáticas (2); hice mi pretensión con irregularidad y sin apetito a quedarme por maestro, porque me gritaban las dulces grescas, las sabrosas bullas, los deleites urbanos y las licencias alegres de la corte, que las apetecia en aquel tiempo con más ansia que todos los honores y comodidades del mundo. Salió otro opositor a dicha cátedra, y éste esperaba más felicidad en la multitud de los votos, persuadido a que por sus años maduros, su encogimiento, su moderación y sus acciones juiciosas o impedidas, y a la vista de mis inquietudes, escándalos y libertades, sería más justo acreedor al premio y a las aceptaciones.

Trabajaron sobradamente mis enemigos, ya ponderando las virtudes del uno, ya las malicias y los vicios del otro, y ya asegurando que la tropelía de mi genio y la poca sujeción de mi espíritu produciría notables inquietudes en la pacífica unión de los demás doctores; y temiendo que yo podía aventajarle en las noticias de la ciencia o en los lucimientos de los ejercicios, intentaron que no se leyese en público, sino que nos comprometiésemos los dos opositores a las serenidades de un examen secreto. Resistíme poderosamente a esta novedad, diciendo con soberbia cautelosa, que no había examinadores tan oportunos que pudiesen sentenciar en nuestras habilidades y aptitudes; además de que mi intención no era la de ser catedrático, sino la de ha-

(1) *Leer:* «enseñar una disciplina».
(2) *Cátedra de Matemáticas:* «estudios de Aritmética, Geometría, Astronomía, Agrimensura, Astrología».

blar en público para desmentir a los que me habían marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los edictos, que éstos pedían una hora de lección de puntos en el *Almagesto* de Ptolomeo, argumento de los opositores, y sufrir tercer examen en el claustro pleno de la Universidad; que esto se había de ejecutar, y faltando al cumplimiento de alguna de estas circunstancias, o a la más venial providencia o costumbre de la escuela en orden a la oposición de cátedras, daría parte al rey y le suplicaría que me permitiese leer en los patios, ya que se trataba de cerrar los generales. Serenóse, con mi resistencia y mi razón, la mañosa novedad que quiso introducir la débil congregación de algunos miembros descarriados de aquel robustísimo y sapientísimo senado. Tomé puntos la víspera de Santa Cecilia del año mil setecientos y veinte y seis; elegí de los tres, que se encargan a la suerte y ventura, explicar el segundo, que fué el movimiento de Venus en el Zodíaco, y al día siguiente, al cumplir las veinticuatro horas del término prescipto por las leyes de la Universidad, marché a las escuelas mayores (1) con algún miedo, mucha desvergüenza y culpable satisfacción.

Para expresar con alguna viveza los extremados regocijos, los locos aplausos y las increíbles aclamaciones que hizo Salamanca en esta ocasión en honra del más humilde de sus hijos, era más decente otra

---

(1) *Escuelas mayores:* «edificios donde se leían las facultades de Teología, Cánones, Leyes, Medicina, Matemáticas, Filosofía natural y moral, Lenguas y Retórica».

pluma más libre, menos sospechosa y más autorizada que la mia; pues aunque ninguna de las que hoy vuelan en el público es más propensa a la claridad de las verdades que la que yo gobierno, no obstante en las causas tan propias, se descuida insensiblemente el amor interesado. Pero, pues este lance es el más digno y más honrado de mi vida, y no es oportuno solicitar a otro autor que lo escriba, lo referiré con la menor jactancia y vanagloria que pueda. A las nueve de la mañana fui a entrar en el general de cánones de las escuelas mayores, y a esta hora estaban las barandillas ocupadas de los caballeros y graduados del pueblo, y los bancos tan cogidos de las gentes, que no cabia una persona más. En este dia faltaron todas las ceremonias que se observan indefectibles en estos concursos y ejercicios. Los rectores de las comunidades mayores y menores y sus colegiales estaban en pie en los vacios que encontraron. Los plebeyos y los escolares ya no cabian en la linea del patio frontero al general, y los demás ángulos y centro estaban cuajados de modo que llegaba la gente hasta las puertas que salen a la iglesia catedral. El auditorio seria de tres a cuatro mil personas, y los distantes, que no podian oir ni aun ver, otros tantos. Nunca se vió en aquella Universidad, ni en función de esta ni otra clase, un concurso tan numeroso ni tan vario. A empujones de los ministros y bedeles entré a esta hora, condenado a estar expuesto a los ojos y a las murmuraciones de tantos hasta las diez en punto, que era la hora de empezar. Subi a la cátedra, en la que tenia una es-

fera armiliar de bastante magnitud, compases, lápiz, reglas y papel, para demostrar las doctrinas. Luego que sonó la primera campanada de las diez, me levanté, y sin más arengas que la señal de la cruz y un dístico a Santa Cecilia, cuya memoria celebraba la Iglesia en aquel día, empecé a proponer los puntos que me había dado la suerte, los que extendí con alguna claridad y belleza, no obstante de estar remotísimo de las frases de la latinidad. Concluí la hora sin angustia, sin turbación y sin haber padecido especial susto, encogimiento ni desconfianza; al fin de la cual resonaron repetidos vítores, infinitas alabanzas y amorosos gritos, durando las entonaciones plausibles y la alegre gritería casi un cuarto de hora: celebridad nunca escuchada ni repetida en la severidad de aquellos generales. Serenóse el rumor del aplauso; y en la proposición de títulos y méritos, que es costumbre hacer, mezclé algunas chanzas ligeras —que pude excusar—, pero las recibió el auditorio con igual gusto y agasajo. Arguyóme mi coopositor, y entre los silogismos se ofrecieron otros chistes, que no quiero referir, por lo repetidos y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mías sin incurrir en el necio deleite de una lisonja risible y una vanidad muy desgraciada. Finalizóse el acto, y volvió a sonar descompasadamente la vocería de los vítores; y continuando con ella, me llevó sobre los brazos hasta mi casa una tropa de estudiantes que asombraban y aturdían las calles por donde íbamos pasando. Esta aceptación y universal

aplauso hizo desmayar a mis enemigos en las diligencias de obscurecer mi estudio y destruir mi opinión y mi comodidad. Pasados tres días tuvo su ejercicio mi coopositor; llenó su hora, y quedó el auditorio en un profundo silencio. Antes de poner el primer silogismo —mirando a la Universidad, que estaba en las barandillas—, dije que me diese licencia para argüir fuera de los puntos, porque no había leído a ellos el que estaba en la cátedra, pues habiéndole tocado leer de los eclipses de la luna, había hecho toda su lección sobre la tierra, disputando de su redondez, magnitud y estabilidad; y añadí que le mandase bajar, que yo leería de repente. Fué locura, soberbia y fanfarronada de mozo; pero lo hubiera cumplido. Argüí, finalmente. a los puntos de su estudiada lección; precipitóme la poca consideración de mancebo a soltar algunos equívocos y raterías (1); y acabado el argumento —porque dijo el opositor que se daba por concluído—, sonaron otra vez muchos vítores a mi nombre y cayeron horrorosos silbos y befas sobre mi desdichado opositor.

La moderación humilde y el disimulo prudente y provechoso que se debe observar en las alabanzas propias, le están regañando a mi pluma las soberbias y presuntuosas relaciones de este suceso; la integridad de la obra y la disculpable ambición a los decentes aplausos me empujan también a describir con alguna distinción la multitud de sus mayores

(1) *Raterías:* «expresiones ruines, bajas y despreciables».

circunstancias; pero, pues, he determinado callar algunas, concluiré las que pertenecen a este asunto con más aceleración y más miseria. Faltó, pues, el examen de las facultades matemáticas en el claustro pleno, para hacer cabal la función. Yo sé el motivo de este defecto, y sé también que es importante no decirlo. Votóse entre setenta y tres graduados, que tanto era el número de los doctores, y tuve en mi favor setenta y uno. Mi coopositor tuvo un voto, y el otro se encontró arrojado de la caja. Estaban las escuelas y las calles vecinas rodeadas de estudiantes gorrones (1), cargados de armas, y esperando con más impaciencia que los pretendientes la resolución de la Universidad; y luego que la declaró el secretario, dispararon muchas bocas de fuego, soltaron las campanas de las parroquias inmediatas, echaron muchos cohetes al aire y me acompañó hasta casa un tropel numeroso de gentes de todas esferas, repitiendo los vivas y los honrados alaridos sin cesar un punto. A la noche siguiente salió a caballo un escuadrón de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera y otras luces un tarjetón en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi nombre, mi apellido, mi patria y el nuevo titulo de catedrático. Pusieron luminarias los vecinos más miserables, y en los miradores de las monjas no faltaron las luces, los pañuelos ni la vocería. Alternaban músicas y vítores por

(1) *Estudiantes gorrones:* «estudiante que en las Universidades anda de gorra, y de esa suerte se entremete a comer sin hacer gasto».

todos los barrios, y pareció la noche un día de juicio. Este fué todo el suceso, y todo este clamor, aplauso, honra y gritería hizo Salamanca por la gran novedad de ver en sus escuelas un maestro rudo, loco, ridículamente infame, de extraordinario genio y de costumbres sospechosas. Cada hora se escuchan en aquellas aulas las doctísimas lecciones y admirables proyectos de escolares prudentes, ingeniosos y aplaudidos, y cada día se ven empleados en las cátedras obispados y garnachas (1), excelentes sujetos de singular virtud, ciencia y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes ni tan repetidas aclamaciones. Averigüen otros la razón o deslumbramiento de este vulgo, mientras yo le doy con esta memoria nuevas gracias y me quedo con singulares gratitudes.

Más dócil, más erguido y más sesudo que lo que yo esperaba de mi cabeza, empecé la nueva vida de maestro, enseñando con quietud, cariño y seriedad a una gran porción de oyentes que se arrimaron a mi cátedra los primeros cursos, quizá presumiendo que, entre las lecciones matemáticas, había de revolver algunas coplas o ingeniosidades del chocarrero espíritu que todos han presumido en mi humor, gobernándose por las violentas y burlonas majaderías de mis papeles. Fuese por esta causa o por la de probar los fundamentos y principios en que estriba un estudio tan misterioso, temido y olvida-

(1) *Garnachas:* «vestidura que usaban los magistrados de justicia, y que llegó a significar la persona misma que por razón de su cargo debía llevarla».

do; yo logré ver muchas veces lleno de curiosos mi general en la hora que explicaba. Los cosarios (1) a escribir la materia siempre fueron pocos; pero en el número de entrantes y salientes puedo contar a todos los mancebos que envian sus padres a seguir otras ciencias que dan más honra y más dinero, pero menos descanso y más peligro. Nunca se oyeron en mi aula las bufonadas, gritos y perdiciones del respeto, con que continuamente están aburriendo a los demás catedráticos los enredadores y mal criados discípulos. A los mios les adverti que aguantaria todos los postes (2) y preguntas que me quisiesen hacer y dar, sobre los argumentos de la tarde; pero que tuviese creido el que se quisiera entrometer a gracioso, que le romperia la cabeza, porque yo no era catedrático tan prudente y sufrido como mis compañeros. Un salvaje ocioso, hombre de treinta años, cursante en Teologia y en deshonestidades, me soltó una tarde un equivoco sucio, y la respuesta que llevó su atrevimiento fué tirarle a los hocicos un compás de bronce —que tenia sobre el tablón de la cátedra—, que pesaba tres o cuatro libras. Su fortuna y la mia estuvo en bajar con aceleración la cabeza; y esta mañosa priesa lo libró de arrojar en tierra la meollada. Este disparate puso a los asistentes y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca volvió otro alguno a argüirme con gracias.

---

(1) *Cosarios:* «cursario o que seguía curso, alumno».

(2) *Aguantar postes:* «ponerse el catedrático después de bajarse de la cátedra a esperar por cierto tiempo si a los discípulos se les ofrece alguna dificultad para desatársela».

Continuaba, sin pesar desacomodado, los cursos en mi Universidad, y los veranos y vacaciones huía de las seriedades de la escuela, a desenojarme del encogimiento y tristeza escolástica, a Madrid, y a Medinaceli, adonde me hospedaba con gusto, con regalo y sin ceremonia mi intimo amigo don Juan de Salazar, que ya descansa en paz. Pasaban sin sentir por mi los dias y los años, dejándome gustoso, sin desazón, sin achaques, y entretenido con las muchas diversiones que se me ofrecían en los viajes, en la corte y en la casa de éste y otros amigos de mi humor, de mi cariño y de todo mi genio. Era don Juan de Salazar—que fué el que me arrastraba entonces, más que otro, todo mi cuidado y amor—un caballero discretísimo, sabio, alegre y aficionado a la varia lectura, inteligente en los chistes de la matemática, en los entretenimientos de la historia, en las delicadezas de la filosofía y en las severidades de la jurisprudencia. Montaba a caballo con arte, con garbo y seguridad; hacia pocos, pero buenos, versos; era muy práctico y muy frecuente en la campiña, en el monte y en la selva; mataba un par de perdices, un jabalí y un conejo con donaire, con destreza y sin fatiga, y era, finalmente, buen profesor de todas las artes de caballero, de político, de rústico y de cortesano. Viviamos muchas temporadas en una sabrosisima amistad y ocupación, ya en su libreria, que era varia, escogida y abundante; ya en el monte en el dulce cansancio de la caza, y en el estrado de su mujer, doña Joaquina de Morales, mi señora, donde sonaban los versos, la conversa-

ción, los instrumentos músicos y toda variedad de gracias y alegrías. Representábanse entre nosotros, los familiares y vecinos, diferentes comedias y piezas cómicas—que algunas están en mi segundo tomo de poesías—, en los días señalados por alguna celebridad eclesiástica, política o de nuestra elección. Escribía también, ya en los ratos que le sobraban a mis deleites, ya por las posadas, por huir siempre del ocio, por burlarme del mundo y por juntar moneda, los papelillos que hoy se van cosiendo en tomos grandes. De las sátiras que arrojaban contra ellos y contra mí hacía también divertimiento, risa y chanzoneta. Burlábame de ver sus autores cargados de envidia y de laceria más que de razón, intentando quitarme el sosiego, la libertad y el aplauso. Alegrábame mucho siempre que me soltaban algunos papelones maldicientes; porque al instante se seguía la mayor venta de mis papeles, y el especial regocijo de ver sus autores encorajados e iracundos contra un mozo picarón, que se le daba un ardite de toda Constantinopla.

Lleno de risa y de desprecio contra la necedad de estos furiosos y provocativos salvajes, rodeado de los requiebros de los aficionados a mis boberías, embebido en la variedad de gustos y festejos, con bastantes abundancias de fortuna, y sin conocer la cara al sinsabor, al mal ni al quebranto, viví cinco años, que fueron los intermedios desde que entré en la cátedra hasta que recibí el grado de doctor. Detúveme en proporcionarme a tan honroso empleo por estar más desatado para mis aventuras; porque considera-

ba como estorbo impertinente a mis correrías la sujeción a los claustros, a las fiestas, a las conclusiones y otros encargos de este apreciabilísimo carácter. Medroso a las leyes y estatutos, que mandan despojar de los títulos y rentas de maestro al que no se gradúa en determinado tiempo, hube de rendirme a las ordenanzas y al cumplimiento de las obligaciones, con bastante dolor de mis altanerías. Tomé el grado el jueves de ceniza del año mil setecientos y treinta y dos, en el que no hubo especialidad que sea digna de referirse; sólo que el martes antes, que lo fué de carnestolendas, salió a celebrarlo con antipación festiva el barrio de los olleros, imitando con una mojiganga en borricos el paseo que por las calles públicas acostumbra a hacer la Universidad con los que gradúa de doctores. Iban representando las facultades, sobrevestidos con variedad de trapajos y colores; llevaban las trompetas y tamborilillos los bedeles, reyes de armas y maestros de ceremonias, y concluyeron la festividad y la tarde con la corrida de toros, con que se rematan los serios y costosos grados de aquella escuela. Díjose entonces que yo iba también entre los de la mojiganga, disfrazado con mascarilla y con una ridícula borla y muceta azul; pero dejémoslo en duda, que el descubrimiento de esta picardigüela no ha de hacer desmedrada la historia.

Con la circunspección en que me metí, y con la mayor quietud a que me sujeté, empezaron a engordar mis humores, a circular la sangre con más pereza, a llenarse de cocimientos errados el estómago y

a rebutirse los hipocondrios de impurezas crudas, de tristísimos humos y de negras afecciones. Subieron a ser males penosos todas estas indisposiciones desde el día veinte de Enero del año de treinta y dos, que pasé a las inclementes injurias del aire y la nieve en el puerto de Guadarrama, en los montes que tiene el conde de Santisteban entre Las Navas y Valdemaqueda. Diré brevemente el suceso. Yo perdí el camino, y, al anochecer, rogué a un pastor, que venía de una de las casas de los guardas de aquel sisio, que me pusiese en la calzada real. Recibí erradas las señas, y después de haber dejado el carril, que seguía a la distancia que el pastor me dijo, entré en otra carretera bastantemente trillada y reducida. Caminábamos sumidos en el rebozo de la capa mi criado y yo, huyendo el azote del aire y la nieve, y a corto trecho de mí oigo un grito suyo, que dijo: «Señor, que me ha tragado la tierra.» Revolvime con prontitud para socorrerle, y, al tomar media vuelta sobre la derecha, se hundió mi caballo con un estruendo terrible y dió conmigo en tierra, lastimándome con curable estrago todo un muslo. Salí como pude, y, a pesar de las obscuridades de la noche, percibí que había sacado mi caballo una pierna atravesada de unos clavos de hierro, introducidos en dos trancas horrorosas de madera, a quien llaman cepos los cazadores de los lobos. Acudí a mi criado y lo hallé tendido debajo de su animal, que estaba también cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para ver si podía quitarles las pesadas cormas, y, como en mi vida había visto semejante artificio, no en-

contré con los medios de librar de él a mis caballos. Medrosos de no caer en otras trampas, y desesperados de no poder levantar del suelo a nuestros animales, hicimos rancho, expuesto toda la larga noche a los rigores y asperezas del frío y el viento. Con los pedernales de las pistolas, pólvora y trapos de una camisa, que saqué de mi maleta, encendiamos lumbre; pero luego se nos volvía a morir con la humedad. En esta tristísima fatiga, y con el desconsuelo de no oir ni un silbo ni un cencerro ni seña alguna de estar cercanos a algún chozo, majada o alquería, nos encontró la luz de la mañana, a la que vimos el estrago y pérdida de nuestros rocinantes. Cargamos con nuestras maletas a pie, y a breve rato dimos con el lobero; sacó éste los pies de los caballos de los cepos; reconocimos que el uno tenía cortados los músculos, nervios y tendones de la pierna, y que el otro solamente los tenía atravesados. Guiónos a la casa de un guarda llamado el Calabrés, y en su chimenea nos reparamos del frío de la noche; nos dió para almorzar una gran taza de leche, puso para comer una estupenda olla con nabos y tocino, y, gracias a Dios, pasamos felizmente el día. Murió el un caballo, y el otro se curó con mucha dificultad en Las Navas; y en dos jacos de alquiler de este lugar proseguimos nuestra derrota hasta Ávila de los Caballeros, y en la casa del marqués de Villaviciosa acabé de convalecer de mi tormenta con sus favores, sus regalos y mi conformidad.

Prólogo fué del libro de mis desgracias esta melancólica aventura; porque detrás de ella se vino

paso a paso mi ruidoso destierro, en el que padecí prolijas desconveniencias, irregulares sustos y consideraciones infelices; pero fuí, al mismo tiempo, tan afortunadamente dichoso, que vi sobre mí una lástima universal de los nacionales y extraños, una aclamación increíble y un amor tan honrado, que jamás aspirara a presumir. Si yo pudiera poner en esta escritura, sin irritar a los actores y testigos que todavía han quedado en el mundo, las particulares menudencias y circunstancias que estoy deteniendo en mi pluma, creo que sería este pasaje el único que pusiese alguna enseñanza, algún gusto y dilatada estimación en esta historia. Yo conozco que es importante que estén ocultos los primeros principios y muchas circunstancias de los medios y fines de este escandaloso suceso; por lo que determino contentar al lector con instruirle de las verdades más públicas, para que pueda entretenerse sin el resentimiento de los fabricantes de mi pasada penalidad. Es cierto que en los libros de las novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances cómicos inciertos o posibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa ni tan honrada como la que me arrojó a padecer los rigores de un largo y enfadoso destierro. El que quisiere quedar instruído, registre algunos papeles míos, que con facilidad se tropiezan en las librerías, y hallará —aunque revueltos con estudiada confusión—los motivos de mi ignominia y mi desgracia. En las dedicatorias a mis almanaques de los años de 34 y 35, hechas a los excelentísimos señores marqués de la Paz y don Josef Patiño, que aún duran en el

libro intitulado *Extracto de los pronósticos de Torres*, está patente mi inocencia, y embozada, con los rodeos de una astucia loable, la raiz principal de las conjuraciones que labraron mis desconsuelos y desdichas. En dos membretes impresos en Bayona de Francia, el uno dictado por don Juan de Salazar, compañero en la conturbación, en la fatalidad, la fuga y la fatiga, y el otro proferido por mi al rey nuestro señor, suplicando a su piedad con lastimosos y rendidos ruegos para que nos oyese su justicia, aparecen también algunas luces de la clara verdad de estos sucesos. En estos papeles, en la representación que los ministros hicieron a su real majestad y en la confesión de don Juan, consta claramente que, provocado este caballero de las injurias de un clérigo poco detenido, se dejó coger de las insolencias de la cólera, y, abochornado de sus azufres, tiró de la espada y abrió con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fué el herido con las manos en la cabeza, no a curarse, sino a solicitar la ira de un contrario poderoso, en cuya confianza y valimiento apoyaba su reprehensible temeridad. Arbitraron —para prevenir con más eficacia sus rencores y nuestras pesadumbres— que con las heridas frescas partiese quejoso a informar al presidente de Castilla. Asi lo hizo el buen sacerdote, y marchó colérico, sanguino, con las dos faltriqueras en los cascos (1), y ante su tribunal dijo que aquellas heridas se las habia impreso don Juan

(1) *Marchó con las dos faltriqueras en los cascos*: «corriendo, a toda prisa».

de Salazar, y añadió, finalmente, que don Diego de Torres había tenido la culpa. Este es todo el hecho público y esta es la historia que se cantaba en aquel tiempo. Los antecedentes, motivos y crueles asechanzas, que pusieron a don Juan en la precisión de examinar ciertas osadías del herido, y otras diligencias de sus alianzas, quedarán encubiertas hasta el fin del mundo. Lo que yo aseguro, ahora que estoy libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que impusieron al ánimo piadoso del rey, es que no consentí la menor tentación ni tuve la más leve culpa en orden a las estocadas del clérigo, ni hablé jamás ni en chanza ni en veras, ni con la insinuación ni con el deseo, en semejante asunto; y en todos los ardides, probanzas y juramentos, con que intentó la malicia destruir mi fidelidad, mi honor y buena correspondencia, juro por mi vida que fueron falsos, y esto juraré a la hora de mi muerte. Deseo con ansia sacar a mi discurso de este atolladero; crea el lector lo que gustare, y véngase conmigo a saber —si le agrada— lo que ya puedo decir con verdad, con descanso, sin peligro y sin ofensa.

Los que tomaron el coraje, la voz y los poderes del herido dieron cuenta al rey, probando el delito sin nuestra confesión, examen ni disculpa; y temerosos de que la providencia regular nos pusiese en prisión, salimos de Madrid al esquileo de Sonsoto y Trescasas, en donde esperamos ocultos la resolución de la consulta. Llegó como mala nueva, breve y compendiosa, sin haber padecido la más leve deten-

ción en el viaje desde Sevilla —donde estaba a esta sazón la corte— hasta el Real Consejo. Contenía el real orden pocas palabras, porque sólo mandaba que, por cierta causa, fuese don Juan de Salazar por seis años al presidio del Peñón, y don Diego de Torres, extrañado sin término de los dominios de España. Nos dió esta buena noticia el clérigo caritativo de la cabeza rota, que a un tiempo le hacía su buen corazón parcial con el arrepentimiento de la injuria y la venganza y con la enemistad furiosa de nuestros contrarios y enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontraran en donde pudiesen notificarnos el Real decreto, huimos, aconsejados del temor y la reverencia, del esquileo de Sonsoto, con la deliberación de no parar hasta Francia. El día 12 de mayo, a las dos de la tarde, salimos del expresado lugar, a caballo y con el alivio de seiscientos doblones y dos criados, que nos servían con puntualidad y con cariño. Llegamos al anochecer a la granja del Paular, de Segovia, donde nos regaló y consoló tres días el venerable padre don Luis Quílez, procurador de aquella silenciosa comunidad de vivientes bienaventurados. Dadas desde allí todas las prevenciones e industrias para lograr los avisos y las cartas, que informasen de nuestra vida y nuestros negocios, y advirtiendo a los criados que nos tratasen como amigos y camaradas, trocados los nombres, el de don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarín, y el mío en Manuel de Villena, tomamos la bendición de aquellos enterrados religiosos, y nuestra derrota (1),

(1) *Derrota:* «camino, vereda o senda de tierra».

con alguna melancolía; pero felizmente conformes con los trabajos, y el paradero con que nos tenía amenazados el odio y la fortuna. Enderezamos nuestro destino a la Francia; eran las ermitas y conventos de frailes nuestro refugio, sagrado y abrigo; y cuando estos lugares no se proporcionaban a la regularidad de las jornadas, se disponía el rancho en las campañas y sobre la tierra de Dios, que estaba bien mullida de las lluvias; asentábamos los catres, los aparadores y los repuestos, que lo eran las mantas y albardones de nuestros caballos, que iban bien almidonados de mataduras y costrones. Los avisos frecuentes que nos dieron de la corte eran que habian salido en nuestra solicitud varias requisitorias, encargando a los intendentes, corregidores o alcaldes de cualquiera pueblo, que nos aprisionasen y detuviesen en el lugar donde pudiésemos ser habidos. En los mesones, en los conventos y otros parajes en donde nos cogía el mediodía, la noche y la gana de comer, se mezclaba nuestra astucia y curiosidad en la conversación de los peregrinos, los arrieros y otros concurrentes, preguntando qué habia de nuevo en Madrid; y entre las novedades salia al punto a danzar nuestra tragedia. Mormurábamos de nosotros mismos con cuantos se nos ponian delante. Afeábanse las ligerezas de los hechos; maldecíanse los escándalos de los delincuentes, y se glosaba sobre el asunto con libertad extraordinaria. Nosotros atizábamos con disimulo importante el fuego de la mormuración, y especialmente cuando el relator era algún crítico aficionado a la poca caridad, o algún

hipócrita de los que quitan los créditos por amor de Dios y las honras por el bien de las almas. Divertía (1) mucha parte de nuestros sustos y desvelos este juguete y la ridícula variedad con que oíamos referir nuestra lastimosa historia. Unos aseguraban que nos vieron ahorcados; otros, que ya comíamos el bizcocho de munición en las Alhucemas, y muchos se mantenían en la verdad de nuestra fuga. El suceso se contaba en cada sitio de diferente modo y substancia. Decíase por unos que una dama principal era el agente y motivo de nuestra desolación; por otros, que una comedia satírica representada contra el gobierno, y los más aseguraban que por haber muerto a un cura y herido a otro; y a estas mentiras las rodeaban de unas circunstancias tan infames e imposibles, que más nos producían la risa que el enfado. La ignorancia de nuestras personas puso también a muchos en una curiosidad aventurada, y a nosotros, en nuevos y evidentes peligros.

En Burgos nos marcaron (2) por frailes apóstatas, porque en un convento de aquella ciudad nos oyeron argüir en filosofía y teología, y como esta acción era extraña del traje corto y picaresco que elegimos para disimularnos, se persuadieron los oyentes a que nuestro estudio y modestia no podía salir de otro lugar que de los claustros religiosos. Entre los que no nos trataban pasamos plaza de contrabandistas, gobernando su presunción por los infor-

(1) *Divertir:* «apartar, separar, alejar».
(2) *Marcar.* «señalar».

mes del vestido, del gesto y de las armas. La pesadumbre con que caminábamos no era mucha, porque la esperanza de que llegaría —aunque tarde— el conocimiento de mi inocencia y el perdón de la destemplanza de mi amigo; el gusto de ir viendo países nuevos y gentes no tratadas; el alivio de los seiscientos doblones que llevábamos en nuestros bolsillos y los buenos caballos que nos sufrían y autorizaban (1), nos iban templando la mayor prolijidad de nuestras penas, enojos y fatigas. No quiero poner aquí el montón de angustias que padecimos a ratos en nuestro viaje, ya producidas del miedo de no dar en una prisión, ya del cuidado que nos acosaba el espíritu con la memoria de nuestras casas y familias, porque no se me aburran los lectores con la vulgaridad de la relación de unos lances tan indefectibles, que se los puede presumir el más rudo; imagínelos el que lea, y quedará menos enojado con su discurso que con la torpeza de mis enfadosas expresiones.

Llegamos a Bayona de Francia, y en esta ciudad nos detuvimos algunos días, esperando en cartas los consuelos de alguna serenidad y arrepentimiento de los conjurados que se habían enardecido contra nuestra quietud. Nos certificaron los avisos de los agentes de Madrid el mal estado de nuestra libertad y las pocas esperanzas que por entonces podíamos tener en orden a reconciliarse los ánimos de los unos y los otros; y mi amigo, que llevaba al cuida-

(1) *Autorizar:* «engrandecer, dar importancia y lustre».

do de su discreción las resoluciones de las dos voluntades, determinó que, al punto, partiésemos a París. Halló pronta mi obediencia, mi amistad y mi gusto; y al dia siguiente marchamos, persuadidos a que el favor del señor marqués de Castelar, que se hallaba embajador de España en aquella corte, sería el único medio y remedio contra las adversidades que nos empezaban a perseguir. Reconociendo con puntualidad las ciudades, caseríos y villajes (1) intermedios, llegamos a Burdeos, en donde nos encontró un criado de don Juan, que traía cartas más recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo en ellas la mala novedad de que le habían embargado sus bienes, y que los enemigos adelantaban a tal extremo sus rencores, que habían irritado sumamente a los jueces: y, por último, le persuadían a volverse a España, a presentarse a la justicia, porque éste sólo era el único modo de volverse a su hacienda, casa y opinión. Con este aviso y este consejo mudó el propósito de continuar las jornadas a París, consultando conmigo sus deliberaciones; y como yo no me había quedado con más obligación ni más voluntad que la de conformarme a sus ideas, asentí en ésta sin la menor repugnancia ni disputa. Cargaron sobre don Juan todas las resoluciones y las diligencias judiciales; porque como era público que mis muebles no podían valer para pagar un alguacil, ni mis raíces para satisfacer un pedimento, ni mi persona podía ser útil sino para añadir un estorbo a la car-

(1) *Villaje*: «pueblo pequeño».

cel y un comedero más a la cofradía de la Misericordia, no se acordaron de ella para nada. Don Juan embargado y yo sin embargo, nos volvimos desde Burdeos para España con el dolor de las malas nuevas de nuestra libertad y con el sentimiento de no ver a París, adonde nos guiaba aún más el gusto que la esperanza de nuestros alivios. A entender en los medios y las astucias de no ser sorprendidos de las rondas de las aduanas, a cuya estratagema y desvelo estaba cometida (1) nuestra prisión, y a imprimir los dos memoriales de que ya hice memoria en las párrafos antecedentes, paramos segunda vez en Bayona. Desde allí remitimos a Sevilla —donde a esta sazón estaba la corte— trescientos memoriales a diferentes señoras, señores, ministros y agentes para que solicitasen el buen despacho de nuestras súplicas; que todas se encaminaban a que el rey nos oyese en justicia y que se nos examinase en el tribunal que su piedad y su rectitud se dignase de elegir. La resulta fué que a don Juan se le oyese en justicia, y mi nombre no pareció para nada en el decreto. Disfrazados en el traje de arrieros —que esta fue la resolución que pensamos por oportuna para escaparnos de las rondas— con los vestidos de unos mercaderes de Fuentelaencina, que casualmente tropezamos en Bayona, salimos de ella, capitulando llegar a un tiempo mismo a su lugar y satisfacer en las aduanas los derechos que se pagan al rey por los géneros extraños. Ellos, galanamente

(1) *Cometer:* «encomendar».

adornados con nuestros vestidos y caballos, y nosotros, sorbidos en unos coletos mugrientos, en mangas de camisa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, gobernando los ramales de seis mulos y gruñendo votos y por vidas, nos desparecimos de Bayona por diferentes carriles, sin más diferencia que una hora de tiempo. Fuimos pasando por los lugares donde paraban las requisitorias, nos encontramos muchas veces con las rondas, y ninguno de los jueces ni los guardas nos pudo descubrir ni aun sospechar, porque es cierto que íbamos discretamente disfrazados. Con dos horas de diferencia —sin habernos acaecido ventura singular en el viaje—llegamos á Fuentelaencina, entregamos los machos, los géneros y la cuenta, y dimos mediana razón de nuestras personas y muchas gracias a los mercaderes. Despedidos de ellos, discurrió mi amigo en que el medio más seguro para empezar a tratar de nuestro negocio era el dividirnos; en esto quedamos, y don Juan se cargó con el cuidado de asistir a mi madre y darla quinientos reales cada mes, lo que cumplió como caballero y hombre de bien, que sabia mi inocencia y la injusticia que los enemigos me habían hecho en quitarme la opinión, la comida y la libertad. Engendró en los contrarios algunos celos esta liberalidad; pero sepan los que hoy viven, que, después que volví de mi destierro a mis honores y a mis conveniencias, pagué a don Juan toda la cantidad con que su garboso genio remedió la desventura en que mi madre quedaba, y aunque no lo dió con el fin de la cobranza yo lo recibí con el deseo de la satisfacción

Tristísimamente desconsolados, sin acertar con las palabras de la despedida ni con las voces de los consuelos. nos dividimos, tomando don Juan el camino de Madrid y yo el de Salamanca. Apenas llegó, se presentó en la cárcel de corte, y desde ella le colocaron en el convento de San Felipe el Real, donde hizo judicialmente una declaración honrosa y verdadera de todos los hechos; y vista por los señores del real consejo de las órdenes de quienes era súbdito, por ser el delincuente caballero de la orden de Santiago, fué absuelto de los seis años del Peñón, y nuevamente sentenciado a un año de residencia en el convento de Uclés, de la misma orden.

Mientras don Juan estaba padeciendo los enfados de los interrogatorios, las comisiones de los alguaciles, los consejos de los impertinentes y la reclusión en aquella venerable casa, estaba yo paseando por Salamanca, lleno de dudas y sospechas, disponiendo la conformidad a cuanto me quisiese remitir la Providencia, la desgracia o la fortuna. Un mes estuve en esta suspensión, sin que mi jefe el maestrescuela, ni el corregidor del lugar, ni otra ninguna persona me hablase una palabra en orden a mis aventuras. Llegué a persuadirme que estaría perdonado o a que fué ficción de mis enemigos la voz tan válida y acreditada del destierro; y una mañana, cuando más olvidado vivía yo de mis desgracias, se entró por mis puertas el alcalde mayor don Pedro de Castilla, y me notificó la orden del rey, en que su majestad se dignaba de que fuese extrañado de sus dominios. Salí en aquella tarde con dos corchetes y un

scribano. y en treinta horas me pusieron en Portugal, sujeto a las leyes del señor don Juan V, el justiciero y piadoso monarca de aquel breve mundo. Ya tengo escrito este pasaje en la dedicatoria al excelentísimo marqués de la Paz, en el pronóstico del año 1734; acudan a él los curiosos, pues es molestia demasiadamente enfadosa repetir en estos pliegos lo que ya tengo escrito en otras planas. Hallé, gracias a Dios, en los políticos y los rústicos de aquel reino piadosísimas atenciones, dádivas corteses, lástimas graciosas y una caridad imponderable. Ni en el escrupuloso genio de los portugueses, ni en la delicadeza de mi estimación, produjo el más leve perjuicio el mal olor de delincuente, con que ya estaban apestados, ni el contagio de infame, con que me presenté a sus ojos, llevando sobre mí el sayo de capitalmente condenado. Recibiéronme, gracias a Dios, con un gozo y un agasajo que jamás pude presumir. Rodando las aldeas, caseríos y ermitas cercanas a las hermosas ciudades de Coimbra, Villa-Real y Lamego, anduve cuatro meses, bien divertido y regalado, en las casas de los curas, los fidalgos, los jueces. los médicos y otras personas de gusto y conveniencias. Repasaba muchos ratos felizmente gustoso, con la memoria y la narración de mis anteriores aventuras. cuando me vieron aquellos montes con el ropón de ermitaño. Los recuerdos del dichoso don Juan del Valle eran frecuentes asuntos de las conversaciones, siendo gozo de los que le trataron y fatiga bien empleada de los que no lo conocieron, la repetición de sus virtudes escondidas. Parlaba

con los abades y los hidalgos instruídos —de que hay abundancia en aquel reino— de los sistemas de la filosofía reciente; componíamos el mundo de los átomos, de la materia sutil, de la estriada y globulosa; regañábamos con Aristóteles, y se decía, entre nosotros, que no supo explicar un fenómeno de la naturaleza; y con la repetición de los disparates de Cartesio (1), de las presunciones de Regis, y las vanidades de los que hoy garlan en el mundo, con sus librillos repletos de rayas, círculos y figuras, los tenía ansiosamente embelesados. Resollaba (2) con los médicos muchas pataratas astrológicas, disculpaba los embustes, astucias y engaños de su facultad y lo dudoso de sus juicios y recetas; pero con tal advertencia, que no los enojase mi poca fe y el escarnio con que me quedo contra la credulidad de los que no piensan que hay muerte y que para todo hay remedio. Echaba mis párrafos de política, de áulica, de guerra y de cuanto imaginaba oportuno a la inclinación de los oyentes. Aseguro al que lee, que en mi vida he hablado ni tan varia ni tan disparatadamente como entonces; pero era disculpable mi garrulidad, porque la precisión de tenerlos gustosos y parciales, hizo alborotar con demasía a mi natural silencio.

Con este trato humilde, agradable y astuto vivía en aquellos cortos lugares, hasta que, cansado de su brevedad me mudé a Coimbra, adonde no pude de-

---

(1) *Cartesio:* «Descartes».
(2) *Resollar:* «hablar».

tenerme sino muy poco tiempo, por causa de que aun vivía —aunque muy viejo y postrado— el majadero celoso que me dió motivo para dejar, la vez primera que la pisé, aquella hermosísima ciudad. No obstante este ridículo estorbo, y persuadido a que la mudanza de mi nombre y traje le habrían ya borrado de su memoria los accidentes de mi figura, quise alicionarme con el trato y la conferencia de algunos de los doctores de aquella grande, por todos modos, Universidad. Baptizado tercera vez con el nombre de Francisco Bermúdez, hablé de mi verdadero nombre y persona con varios sujetos de la primera distinción, gobierno y sabiduría de aquella escuela; y me significaron el especial honor que lograrían en que el doctor D. Diego de Torres fuese a servir la cátedra de Matemáticas. que tenían vacante por muchos años por falta de opositor y pretendiente. Yo les aseguraba que conocía a Torres, y que estaba, olvidándose del mundo, en uno de los lugares de la raya, obedeciendo al real decieto de su rey, qne le tenía extrañado de sus dominios. Prometí que le significaría lo mucho que tenía que agradecer a sus buenos deseos, manifestando las honradas proposiciones con que procuraban premiar sus fatigas y desvanecer sus desconsuelos. Añadieron a estas favorables promesas, que perdonarían los gastos de la incorporación del grado, el examen y ejercicios, y consultarían al rey para que, sin ejemplar, aumentase los salarios de la cátedra. Antes que pudiese la casualidad o la malicia descubrir que yo era el Torres que solicitaban, dejé a Coim-

bra, y vine a parar por otro par de semanas a Mirandela y a la Torre de Moncorvo, y de este lugar escribí a los doctores de la comisión, que D. Diego de Torres sólo atendía a los cuidados de manifestar al rey su veneración, su inocencia y todas las operaciones de fidelísimo vasallo, y que perdería todas las esperanzas y comodidades de honra y de riqueza que le pudiese dar el mundo hasta demostrar su fidelidad, su celo y su inalterable esclavitud. Persuadílos en la carta lo agradecido que quedaba a la altísima honra de tan gloriosa universidad, y otras expresiones muy rendidas, muy reverentes y muy verdaderas.

Vago y ocioso, de uno en otro pueblo, vivía yo, esperando en el examen de los jueces y en la piedad del rey la restitución a mi patria; pero mi mala suerte me retardaba los alivios. Muchas veces me vi acometido de los pensamientos de ponerme en Lisboa, ya agasajado de los deseos de volver a instruirme en aquella gran corte, ya incitado de las cartas y las proposiciones con que me llamaron algunos príncipes; pero conociendo que me exponía a la infamia de ser ingrato o a la angustia de hacer imposible la vuelta a Castilla, no me determiné a consentir ni a los honrosos llamamientos de los próceres ni a los alegres gritos de mi curiosidad.

Mientras que yo andaba desocupado, sin destino seguro y lleno de indeliberaciones, ideas, arrepentimientos y propósitos, cumplió don Juan su reclusión de Uclés; y, habiéndose restituido a Madrid, continuaba con fervor incansable las diligencias y ofi-

cios de mi libertad y restitución. Escribióme que sería oportuno que alguna de mis hermanas se apareciese en la corte a besar los pies del rey y a suplicar a su real ánimo por mi libertad, por su alivio y el de mi pobre madre; y en pocos días se pusieron desde Salamanca en el camino de Valsaín —adonde estaba la corte— mi hermana Manuela, mi sobrina Josefa de Ariño y mi primo Antonio Villarroel. Encontraron en el ministro un agrado piadoso, en los grandes sujetos de la corte una lástima cariñosa, y en los más ignorados una inclinación favorable y una prontitud increíble, llena de consuelos, alivios y breves esperanzas. El puro llanto de mis inconsolables parientes y la porfiada asistencia a las puertas del ministro, y la general misericordia con que todos miraban a mi pobre hermana y sobrina, me sacaron del tristísimo cautiverio al puerto de la felicidad y la ventura. El eminentísimo señor cardenal de Molina, mi señor, de orden del rey, me volvió mejorada la libertad y la honra, en una carta, que guardo para mi confusión, mi gratitud y mi seguridad. Volví a mi patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con desazón, y los más con una indiferencia sospechosa y aun fuga reparable, porque juzgaban que lo desterrado era enfermedad pestilente, y que el odio de los enemigos podía introducirse en sus deseos, esperanzas y conveniencias. No me admiré, porque este es un temor común en los espíritus desdichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años duró la privación de mi libertad; y

aunque tuve en ellos la paciencia y alivios que dejo expresados, también padecí en este intermedio otra conjuración, no tan poderosa, pero más terrible y abominable que la que fué causa del destierro. Callaré su naturaleza, los productores y el lugar del delito, porque la caridad que debo tener con el prójimo me estorba la queja y la noticia. Viven muchos que pudieran ofenderse de mi descubrimiento; y no es justo dar que sentir a ninguno, cuando no importa a mi opinión ni a mi quietud que se queden en el silencio su arrojo y mi conformidad. Sólo puedo decir, para mi confusión, que el real consejo de las órdenes tomó la providencia de averiguar la torpeza de la acción; y examinada con muchos testigos, desengaños y papeles, halló al reo oculto, encontró con mi inocencia ahogada, y fué sobrecogido de una lastimosa compasión de ver los crueles enojos y facinerosas asechanzas con que daba en aborrecerme la fortuna.

Padecí en este tiempo, en extrema soledad, con mucha pobreza y riguroso desabrigo, dos enfermedades agudas, que me asomaron a la boca del sepulcro. Fué la una un soberbio garrotillo, que me agarró bien descuidadamente en una miserable aldea de Portugal, en la casa de un pobre pescador, honrado, piadoso y diligente. En el angosto cubierto de su estrecha habitación, resumida toda a un negro portal y a una cocina poco ahumada, y sobre un desmembrado jergón, compuesto de los destrozos de sus viejas redes, estuve lidiando con las zozobras de tan maligna y traidora enfermedad. Fui, en un

tomo, el dotor, el cirujano y el enfermo; y quiso la providencia de Dios que, en un sitio tan retirado, tan mísero y tan inculto, nó me faltase lo conducente para detener las atrevidas prontitudes del afecto. Tenía mi ángel pescador, arrojadas sobre unos tablones, muchas simientes de calabaza y de melón, que reservaba su economía y su industria para sembrar en un pedazo de terreno que tenía arrendado, y una cazuela barrigona de barro zamorano, más que mediada de azúcar—provisión indispensable en la casa más pobre de aquel reino—; y con estas simientes me disponía unas horchatas, medianamente frescas, en la garapiñera del sereno (1), las que bebía por tarde y por mañana. Dábame en las horas oportunas unos caldos de coles y tocino; y con aquella golosina y remedio, estas substancias y seis sangrías que repartí entre los brazos y las piernas, me libré de morir ahorcado entre las garras de tan violento e implacable verdugo. Nunca fuí tan agradecido ni tan apasionado a los cortos elementos de la medicina como en esta ocasión; y el haber leído que a esta idea de achaque se ocurre con las sangrías y los refrescos, me sirvió de un notable alivio y una confianza saludable. Para que al lector no le quede confusión alguna en orden al modo y la prontitud de ejecutar las evacuaciones de sangre, sepa que ha muchos años que llevo en mi bolsillo, y especialmente a los viajes, un estuche con herramientas de ci-

---

(1) *Garapiñera del sereno:* «vasija para garapiñ helar los líquidos, que se ponía al sereno».

rugía, pluma, tintero, hilo y aguja, y otros trastos con que divertir y remendar la vida y el vestido.

Fué la otra enfermedad una calentura ardiente, que me asaltó en el convento de San Francisco de Trancoso, en la que fui asistido dichosamente de un confesor sabio y devoto y de un médico necio e ignorante. En este peligro libró con más ventajas mi conciencia que mi cuerpo; porque en aquélla no quedó rastro ni reliquia de escrúpulo, y de mi humanidad aun no he podido ver sacudidas las maldades que dejó en ella o plantó de nuevo, con sus malaventuradas zupias y brebajes. Después de diferentes recaídas vino a parar en una destilación al pecho, que me puso en las agonías de una ptísica (1) incipiente; y hubiera pasado a la tercera especie, a no haber escapado de sus uñas. Desesperado con la asistencia y la ignorancia de este bruto dotor, determiné que un lego enfermero de la casa me diese un botón de fuego entre tercera y cuarta vértebra del espinazo, para que, abriendo una fuente en este sitio, se viniese a este conducto la destilación que corría precipitada a los pulmones. Con la esperanza de esta medicina, dictada por mi antojo, y sin temor a mi flaqueza ni a las injurias del temporal, me mudé a Ponte de Abad, lugar en donde, por la misericordia de Dios, no había médico ni boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia, y el consuelo de ir palpando las buenas noticias que me daba mi albañal, me vi libre en pocos

---

(1) *Ptísica:* «tísica, tisis».

días de tan rebelde y desesperada dolencia. Otros trabajos y desdichas sufrí en esta larga y penosa temporada; pero los suavizó mucho mi conformidad y los deleites, que no dejaban de encontrarme a cada paso; de modo que iba corriendo mi vida como la del más dichoso, el más rico y el más acompañado, pues para todos vienen las pesadumbres y los gustos, la salud y la enfermedad, el ocio y el entretenimiento, la miseria y la abundancia; porque la vida del más feliz y el más desgraciado está llena de sobras y faltas, alteraciones y serenidades, tristezas y alegrías, y con todo, se vive hasta la muerte.

Gozando de la quietud de mi casa, de la compañía dulce de mi madre y hermanas, de la conversación de mis amigos y de las adulaciones de mi tintero y de mi pluma, me estuve un año en Salamanca, hasta que con la licencia del eminentísimo cardenal de Molina, mi señor, vine a Madrid. Aposentóme—con admiración y susto de los contrarios y honrado gozo de los afectos—don Juan de Salazar en su casa; y con esta acción volcó muchos juicios y arruinó mil conjeturas poco favorables a nuestra amistad y confianza; corrimos en su coche paseos públicos, visitamos con ancha alegría a nuestros apasionados, con política estrecha a nuestros enemigos, y con reservada prudencia a los indiferentes en las noticias y acciones de nuestros trabajos y sucesos. Nuestra presencia y amistad produjo muchos desengaños, desató muchas dudas y puso respeto a no pocas jactancias y mentiras. Con esta diligencia, y la demos-

tración de la constancia inseparable de nuestro cariño, se serenaron las inquietudes y se enterraron todas las ideas y máquinas de los genios revoltosos, noveleros y desocupados. Pasé con mi amigo felizmente todo el verano, y pocos días antes de San Lucas me volví a Salamanca a cumplir mis juramentos y mis obligaciones (1); y al año siguiente, que fué el de 1736, después de finalizadas mis tareas, empecé a satisfacer varios votos, que había hecho por mi libertad y mi vida en el tiempo de mi esclavitud y mis dolencias. Fué el más penoso el que hice de ir a pie a visitar el templo del apóstol Santiago, y fué sin duda el más indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas y ridículas circunstancias de mi peregrinación echaron a rodar parte del mérito y valor de la promesa. Salí de Salamanca reventando de peregrino, con el bordón, la esclavina y vestido más que medianamente costoso. Acompañábame don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme a mi genio, muy semejante a mis ideas y muy parcial con mis inclinaciones; el que también venía tan fanfarrón, tan hueco y tan loco como yo, afectando la gallardía, la gentileza y la pompa del cuerpo y del traje, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detrás de nosotros seguían cuatro criados, con cuatro caballos del diestro y un macho, donde venían los repuestos de la cama y la comida, Atravesamos por Portugal para salir a la ciudad de Túy, y en los

---

(1) El curso universitario empezaba el día de San Lucas (18 de octubre).

pueblos de buenas vecindades nos deteniamos, ya por el motivo de descansar, ya por el gusto de que mi compañero y mis criados viesen sin prisa los lugares de aquel reino, que yo tenia medianamente repasado. Divertíamos poderosamente las fatigas del viaje en las casas de los fidalgos, en los conventos de monjas y en otros lugares, donde sólo se trataba de oír músicas, disponer danzas y amontonar toda casta de juegos, diversiones y alegrias. Convocábanse, en los lugares del paso y la detención, las mujeres, los niños y los hombres a ver el *Piscator*, y, como a oráculo, acudían llenos de fe y de ignorancia a solicitar las respuestas de sus dudas y sus deseos. Las mujeres infecundas me preguntaban por su sucesión, las solteras por sus bodas, las aborrecidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos; y detrás de éstas soltaban otras peticiones y preguntas raras, necias e increibles. Los hombres me consultaban sus achaques, sus escrúpulos, sus pérdidas y sus ganancias. Venian unos a preguntar si los querían sus damas; otros, a saber la ventura de sus empleos y pretensiones; y, finalmente, venian todos y todas a ver cómo son los hombres que hacen los pronósticos; porque la sinceridad del vulgo nos creen de otra figura, de otro metal o de otro sentido que las demás personas; y yo creo que a mi me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos y los brujos. Este viaje le tengo escrito en un romance, que se hallará en el segundo tomo de mis poesias, y en el extracto de pronósticos, en el año

de 1738, en donde están con más individualidad referidas las jornadas; aquí sólo expreso que sin duda alguna hubiera vuelto rico a Castilla, si hubiese dejado entrar en mi desinterés un poco de codicia o un disimulo con manos de aceptación; porque, con el motivo de concurrir a la mesa del ilustrísimo arzobispo de Santiago, el señor Yermo, el médico de aquel cabildo don Tomás de Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia y honradez, hablaba de mí en todos los concursos —claro está que por honrarme— con singularísimas expresiones de estimación hacia mi persona y mis bachillerías. Agregáronse a su opinión y su cortesanía los demás médicos, y no hubo achacoso, doliente ni postrado que no solicitase mi visita. Atento, caritativo y espantado de la sencillez y credulidad de las gentes, iba con mi dotor sabio y gracioso a ver, consolar y medicinar sus enfermos, los que querían darme cuanto tenían en sus casas. Agradecí sus bizarrías, sus agasajos, y les dejé sus dones y sus alhajas, contentando a mi ambición con la dichosa confianza y el atentísimo modo con que me recibieron. Mucho tendría de vanidad y quijotada este desvío en un hombre de mi regular esfera; pero también era infamia hacer comercio con mis embustes y sus sencilleces, no teniendo necesidad ni otro motivo disculpable.

Dejando contentos a los médicos, y muy distraídos de aquel error común que me capitula de enemigo grosero y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad, y consolados a los enfermos, aquietando a unos sus aprehensiones y realidades

con remedios dóciles, y persuadiendo a otros que la carestía de los medicamentos era el más oportuno socorro para sus dolencias, pasé a la Coruña, en donde me sucedió el aplauso y el honor de aquellos honrados genios con el mismo alborozo que en Santiago. Desde aquel alegre y bellísimo puerto de mar tomé el camino de Castilla por distintos lugares, en los que merecí ser huésped de las primeras personas de distinción, agasajándome en sus casas con las diversiones, los regalos y los cariños. En medio de estar ocupado con los deleites, las visitas y los concursos, no dejaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viaje fué la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino, con el almanak de aquel año, antes de volver a Salamanca, adonde llegué desocupado para proseguir sin estrañas fatigas las que por mi obligación tengo juradas. Cinco meses me detuve en este viaje, y fué el más feliz, el más venturoso y acomodado que he tenido en mi vida; pues, sin haber probado la más leve alteración en la salud ni en el ánimo, salí y entré alegre, vanaglorioso y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumplí el *cuarto trozo* de mi edad, que es el asunto de esta historia; y desde este tiempo hasta hoy, que es el día veinte de mayo del año de 1743, no ha pasado por mi aventura ni suceso que sea digno de ponerse en esta relación. Voy manteniendo, gracias a Dios, la vida, sin especial congoja ni más pesadumbres que las que dan a todos los habitadores de la tierra el mundo, el demonio y la carne. Vivo, y

me han dejado vivir desde este término los impertinentes que viven de residenciar las vidas y las obras ajenas, quieto y apacible, y ocupado sin reprehensión y sin molestia. Me ayudan a llevar la vida con alguna comodidad y descuido, la buena condición y compañía de mis hermanas y mis gentes, y mil ducados de renta al año; que con ellos y las añadiduras de mis afortunadas majaderías junto para que descansen mi madre y mis hermanas, ayuden a nuestros miserables parientes y den algunas limosnas a los pobres forasteros (1) de nuestra familia. Vivo muy contento en Salamanca, y con los propósitos de dar los huesos a la tierra donde respiré el primer ambiente, y a la que me dió los primeros frutos de mi conservación. Varias veces me ha acometido la fortuna con las proposiciones de bienes más crecidos y más honrados que los que gozo; pero conociendo mi indignidad y la mala cuenta que había de volver de sus encargos, me he hecho sordo a sus gritos, sus promesas y sus esperanzas. Hago todos los años dos o tres escapatorias a Madrid, sin el menor desperdicio de mi casa; porque en la de la excelentísima señora duquesa de Alba, mi señora, logro su abundantísima mesa, un alojamiento esparcido, poltrón y ricamente alhajado; y lo que es más, la honra de estar tan cercano de sus pies. Por los respetos de esta excelentísima señora me permiten las más de su carácter y altura la frecuencia en sus estrados, honrando a mi abatimiento con afabi-

(1) *Forastero:* «extraño, ajeno».

lísimas piedades. Los duques, los condes, los marqueses, los ministros y las más personas de la sublime, mediana y abatida esfera, me distinguen, me honran y me buscan, manifestando con sus solicitudes y expresiones el singular asiento que me dan en su estimación y su memoria. No he tocado puerta en la corte ni en otro pueblo que no me la hayan abierto con agasajo y alegría. El que imagine que este modo de explicar las memorables aficiones que debo a las buenas gentes, es ponderación o mentira absoluta de mi jactancia, véngalo a ver, y le cogerá el mismo espanto que a mí que le toco. Véngase conmigo el incrédulo pesaroso de mi estimación, y se ahitará de cortesías y buenos semblantes. Lo que más claramente descubre esta relación es una vanidad disculpable y un engreimiento bien acondicionado; porque sabiendo yo que no merece mi cuna, mi empleo, mi riqueza ni mi ingenio más expresiones que las que se hacen por cristiandad y por costumbre, no deja de hacerme cosquillas en el amor proprio de que esta casta de general y venerable agasajo se endereza a mi persona, a mi humildad y a mi correspondencia. También creo que me habrá dado tal cual remoquete cortesano la extravagancia de mi estudio; pero otros hacen coplas y pronósticos, y los veo aborrecidos y olvidados. Confiesen mis émulos y envidiosos que Dios me lo presta, y que yo me ayudo con el respeto y buen modo con que procuro hacerme parcial (1) a todo género de gentes; que yo

(1) *Parcial:* «sociable, que trata afablemente con todos».

también confieso que escribo estas escusadas noticias por darles un poco de pesadumbre y un retazo de motivo para que recaigan sobre mí sus murmuraciones y blasfemias. Guardo, con especial veneración, respeto y confusión mía, las cartas y la correspondencia con algunos cardenales, arzobispos, obispos, duquesas, duques, generales de las religiones y otros príncipes y personas de la primera altura y soberanía. Estas son las alhajas y preciosidades que venero especialísimamente, y las que mandaré a mis herederos que muestren y vinculen por única memoria de mi felicidad y para testigos del honor que sabe dar el mundo a los desventurados que procuran vivir con desinterés, abatimiento de sí mismos y respeto a todos. No me faltan algunos enemigos veniales y maldicientes de escalera abajo, aunque ya tengo pocos y malos; y siento mucho que se me haya hundido este caudal, porque a estos tales he debido mucha porción de fama, gusto y conveniencia, que hoy hace feliz y venturosa mi vida.

Esta es la verdadera historia de ella. Espero en Dios acabar mis días con la serenidad que estos últimos años. Estoy en irme muriendo poco a poco, sin matarme por nada. Discurro que ya no me volverán a coger las desgracias ni los acasos memorables, porque mi vejez, mis desengaños y mis escarmientos me tienen retirado de los bullicios y con el ojo alerta a las asechanzas y los trompicaderos; y si me vuelven a agarrar las persecuciones, consolaréme con la consideración de lo poco durable que será mi desdicha; porque la muerte ha de acabar con ella, y

ya no puede estar muy lejos. Y en fin, venga lo que Dios quisiere, que todo lo he de procurar sufrir con paciencia y cos resignación y con alegría católica, que este es el modo de adquirir una buena muerte después de esta mala vida.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE



COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

1-4.—*Poema del Cid.* Texto y traducción, por Alfonso Reyes, 1,20 ptas.

5-6.—LOPE DE VEGA: *Fuente Ovejuna.* Comedia. Edición revisada por Américo Castro, 0,60 ptas.

7.—M. KANT: *La paz perpetua.* Ensayo filosófico. Traducción, por F. Rivera Pastor, 0,30 ptas.

8-10.—O. GOLDSMITH: *El Vicario de Wakefield.* Novela. Traducción, por Felipe Villaverde, 0,90 ptas.

11-13.—LA ROCHEFOUCAULD: *Memorias.* Traducción, por Cipriano de Rivas Cherif, 0,90 pesetas.

14-15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española. *Relaciones contemporáneas*, 0,60 ptas.

16.—P. Mérimée: *Doble error*. Novela. Traducción por A. Sánchez Rivero, 0,30 ptas.

17-20.—Sthendal: *Rojo y negro*. Novela. Tomo I.—Traducción, por Enrique de Mesa, 1,20 ptas.

21-24.—Sthendal: *Rojo y negro*. Novela. Tomo II. Traducción, por Enrique de Mesa, 1,20 ptas.

25-26.—W. Goethe: *Las cuitas de Werther*. Novela. Traducción, por José Mor de Fuentes, revisada y corregida, 0,60 ptas.

27.—Antonio Machado: *Soledades, Galerías y otros poemas*. Segunda edición, 0,30 ptas.

28-29.—Cervantes. *Novelas ejemplares*. Tomo I.—«La Gitanilla» y «El amante Liberal», 0,60 ptas.

30-33.—L. Andreiev: *Sachka Yegulev*. Novela. Traducción del ruso, por N. Tasin, 0,30 pesetas.

34-35.—C. Castello-Branco: *Dos novelas del Miño*, Traducción del portugués, por P. Blanco Suárez, 0,60 ptas.

36-37.—Cicerón: *Cuestiones Académicas*. Traducción del latín, por A. Millares, 0,60 ptas.

38-40.—Villalón: *Viaje de Turquía*. Edición, por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos. Tomo I, 0,90 ptas.

41-43.—Villalón: *Viaje de Turquia*. Tomo II. Edición, por A. Solalinde, 0,90 ptas.

44-45.—Vladimiro Korolenok: *El día del juicio*. Traducción del ruso, por N. Tasin, 0,60 pesetas.

46-47.—*Novelas*, de Serafín Estébanez Calderón «El Solitario», 0,60 ptas.

48.—Leibnitz: *Opúsculos filosóficos*. Traducción de Manuel Garcia Morente, 0,30 ptas.

49-51.—Plutarco: Tomo I. *Vidas paralelas*. Traducción de Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida, 0,90 ptas.

52-54.—Abate Prévost: *Manon Lescaut*. Novela. Traducción del francés, por Enrique de Mesa, 0,90 ptas.

55-56.—Ruiz de Alarcón: *Los pechos privilegiados*. Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes, 0,60 ptas.

57.—Luis Vélez de Guevara: *El diablo cojuelo*, 0,30 ptas.

58-60.—George Eliot: *Silas Marner*. Traducción de Isabel de Oyarzábal, 0,90 ptas.

61-62.—Alejandro Kuprin: *El dios implacable*. Novela. Traducción del ruso, por N. Tasin, 0,60 ptas.

63-65.—Trindade Coelho: *Mis amores.* Cuentos. Traducción del portugués, por P. Blanco Suárez, 0,90 ptas.

66-68.—Madame de Stael: *Diez años en el destierro.* Memorias. Traducción del francés, por N. Azaña, 0,90 ptas.

69-70.—Tirso de Molina: *El condenado por desconfiado.* Comedia. Edición cuidada por Américo Castro, 0,60 ptas.

71.—Kant: *Lo bello y lo sublime.* Ensayos de crítica. Traducción del alemán, por A. Sánchez Rivero, 0,30 ptas.

72-73.—Alfredo de Musset: *Cuentos.* Tomo I. Traducción del francés, por L. Fernández Ardavín, 0,60 ptas.

74-75.—Leopoldo Alas (clarín): *El señor y los demás son cuentos*, 0,60 ptas.

76-77.—L. Sterne: *Viaje sentimental.* Traducción del inglés, por A. Reyes, 0,60 ptas.

78-80.—J. César: *Comentarios de la guerra de las Galias.* Traducción del latín, por J. Goya y Muniain; revisada y corregida, 0,90 pesetas.

81-82.—Antón Chejov: *La sala número seis.* Novelas cortas, traducidas del ruso por N. Tasin, 0,60 ptas.

83-84.—Garcilaso de la Vega: *Poesías*, 0,60 pesetas.

85.—Cayo Cornelio Tácito: *La Germania y diálogo de los oradores*. Historia. Traducción de D. Alamos Barrientos, C. Sixto y S. Ezguerra, revisada y rocogida, 0,30 ptas.

86-88.—E. About: *El rey de las montañas*. Novela traducida del francés por A. Sánchez Rivero, 0,90 ptas.

89-90.—A. Caron de Beaumarchais: *El Barbero de Sevilla*. Comedia. Traducido del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón, 0,60 ptas.

91-93.—J. Sandeau: *La señorita de la Seiglière*. Novela traducida del francés por Pedro Vances, 0,90 ptas.

94-95.—Cervantes: *Novelas ejemplares*. Tomo ii.—«La Española Inglesa», «Rinconete y Cortadillo» y «El Licenciado Vidriera, 0,60 ptas.

96-97.—Alfonso de Lamartine: *Graziella*. Novela traducida del francés por Juan José Llovet, 0,60 ptas.

98-100.—Massimo d'Azeglio: *Mis recuerdos*. Memorias. Tomo i. Traducido del italiano por E. de Echauri, 0,90 ptas.

101-103.—Massimo d'Azeglio: *Mis recuerdos*. Memorias. Tomo II. Traducido del italiano por E. de Echauri, 0,90 ptas.

104-105.—L. de Andreiev: *Los espectros*. Novelas breves, traducidas del ruso por N. Tasin, 0,60 ptas.

106-108.—Dante Alighieri. *El convivio*. Traducido del italiano por Cipriano Rivas Cherif, 0,90 ptas.

109.—Francisco Herezeg: *Las hermanas Gyurkovics*. Historia familiar. Traducido del húngaro por Andrés Révész, 0,30 ptas.

110-113.—Jane Auste: *Persuasión*. Novela. Traducido del inglés por M. Ortega Gasset, 1,20 ptas.

114-115.—G. Flaubert: *Tres cuentos*. Traducido del francés por Luis Bello, 0,60 ptas.

116-118.—Beaumarchais; *El casamiento de Fígaro*. Comedia traducida del francés por E. López Alarcón, 0,90 ptas.

119-120.—Fenelón: *La educación de las niñas*. Traducido del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga, 0,60 ptas.

121 y 122.—VARENKA OLESOVA, de Máximo Gorki, traducido dol ruso por N. Tasin, 0,60 pts.

123 a 125.—MIS RECUERDOS, por Massimo d'Azeglio. Memorias. Tomo III y último. Traducido del italiano por E. de Echauri, 0,90 ptas.

126 y 127.—EL LINDO DON DIEGO, comedia de Agustín Moreto Cabaña, 0,60 ptas.

128.—PATRIARCHA, de Filmer. Tratado de Política traducido del inglés por Pablo de Azcárate, 0,30 ptas.

129 y 130.—VIDAS PARALELAS, de Plutarco. Tomo II. Traducción del griego de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida, 0,60 ptas.

131 a 133.—EL HADA DE LAS MIGAJAS, por Carlos Nodier. Cuento fantástico, traducido del francés por Pedro Vances, 0,90 ptas.

134 a 137.—LOS MALASANGRE, por Giovanni Verga. Novela traducida del italiano por Cipriano Rivas Cherif, 1,20 ptas.

138 y 139.—NOVELAS EJEMPLARES de Cervantes. Tomo III: *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño* y *La ilustre fregona*, 0,60 pesetas.

140.—ENSAYOS PEDAGÓGICOS, de Tomás Arnold. Traducido del inglés por Lorenzo Luzuriaga, 0,30 ptas.


CoLibrì
COVER SYSTEM ®
Made in Italy
06-15 MIN
8 032919 991362
www.colibrisystem.com

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **TREINTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL O ANUAL
(CINCO PESETAS AL MES)

VEINTICINCO CENTIMOS CADA NUMERO

Los 140 números publicados desde julio de 1919 a enero de 1920 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, Mme. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA y ARNOLD

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones

MADRID
Sagasta, 22.

BARCELONA
C. de Ciento, 416.